

MUNDIAL

MAGAZINE



PUBLICACIONES
ALFRED & ARMAND GUIDO
6, Cité Paradis - Paris

LA CASA MAS IMPORTANTE PARA TRAJES A MEDIDA, DE PARIS

RIBBY

Trajes para
SEÑORAS y CABALLEROS

16, Boulevard Poissonnière, 16

- PARIS -



MODELO "COLETTE"

Sobre medida, forros seda, 225 francos.

Sección especial de trajes sin probar.
Ejecutamos de un modo perfecto los
trajes sobre medida para *Pro-*
vincias y *Extranjero*, con el
solo envío de una blusa y las medidas
--- de la altura de una falda. ---



MODELO "MIREILLE"

Sobre medida, forros seda, 250 francos.

Palabras del Doctor

.....

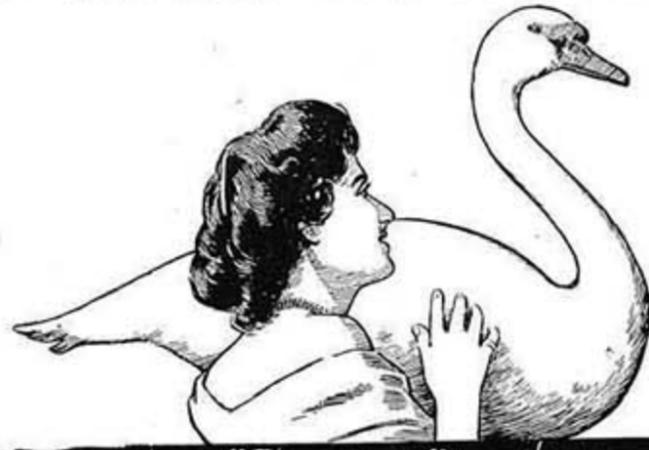
No se preocupe Vd.
La fiebre hace caer el pelo
pero con el
PETRÓLEO GAL
volverá à salir.



R. Ehrmann.

Pedidos al por mayor á **E. GAL**, fábrica de perfumería
MADRID

"SWAN SAFETY"



PORTA-PLUMA RESERVOIR CON PLUMA DE ORO Y PUNTA DE IRIDIO

MODELO REGULAR PARA HOMBRES
MODELO DE SEGURIDAD PARA SEÑORAS

MARIE TODD & Co, 78-80, High Holborn, LONDON :: A. K. WATTS, 106, rue de Richelieu, PARIS



ultimos PERFUMES de Paris
.. La Dugazon ..
.. Laim ..
.. La Rose Fay ..
de CH. FAY
9, Rue de la Paix · PARIS

Lincrusta-Walton F.^{sc}

10, Rue de la Pépinière, PARIS Tel.: 591-35
Exposition 5, Av. de l'Opéra Tel.: 237-86



TENTURES LAVABLES
Demander l'Album C.
LINOLEUMS

AGENTE EN RIO DE JANEIRO
(BRASIL)

Ed. SCHMIDT
117, Avenida Central

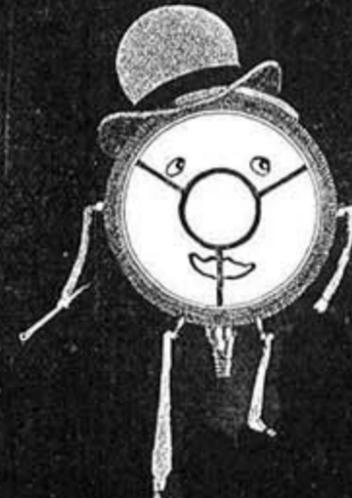
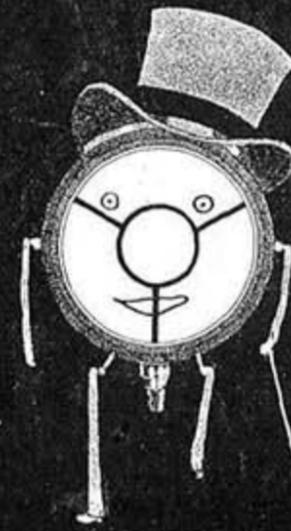


"BLÉRIOT"
KLAXON-MÉCANIQUE

FUNCIONA CON LA MANO SIN ACUMULADOR

57 BLÉRIOT, 14, 16, RUE DURET, PARIS XVI

Los Faros Blériot
andan solos



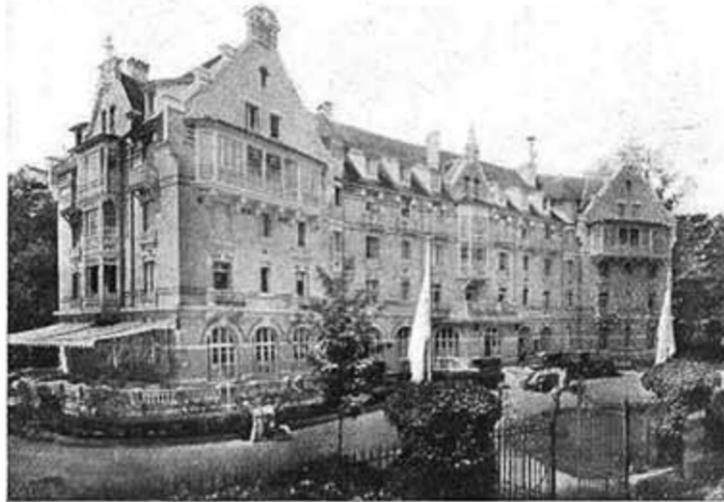
CATÁLOGO FRANCO — 16, rue Duret, PARIS

.. .. Elegante
Residencia de Campo

COMPIÈGNE

A distancia de hora
.. y media de Paris ..

Situada en la
linde
del bosque.
Servida
por trenes
expresos.



Excelentes
caminos
de
automóvil.

... HOTEL Y ...
RESTAURANT

ROND ROYAL

Lugar de reunión de
todas las elegancias.

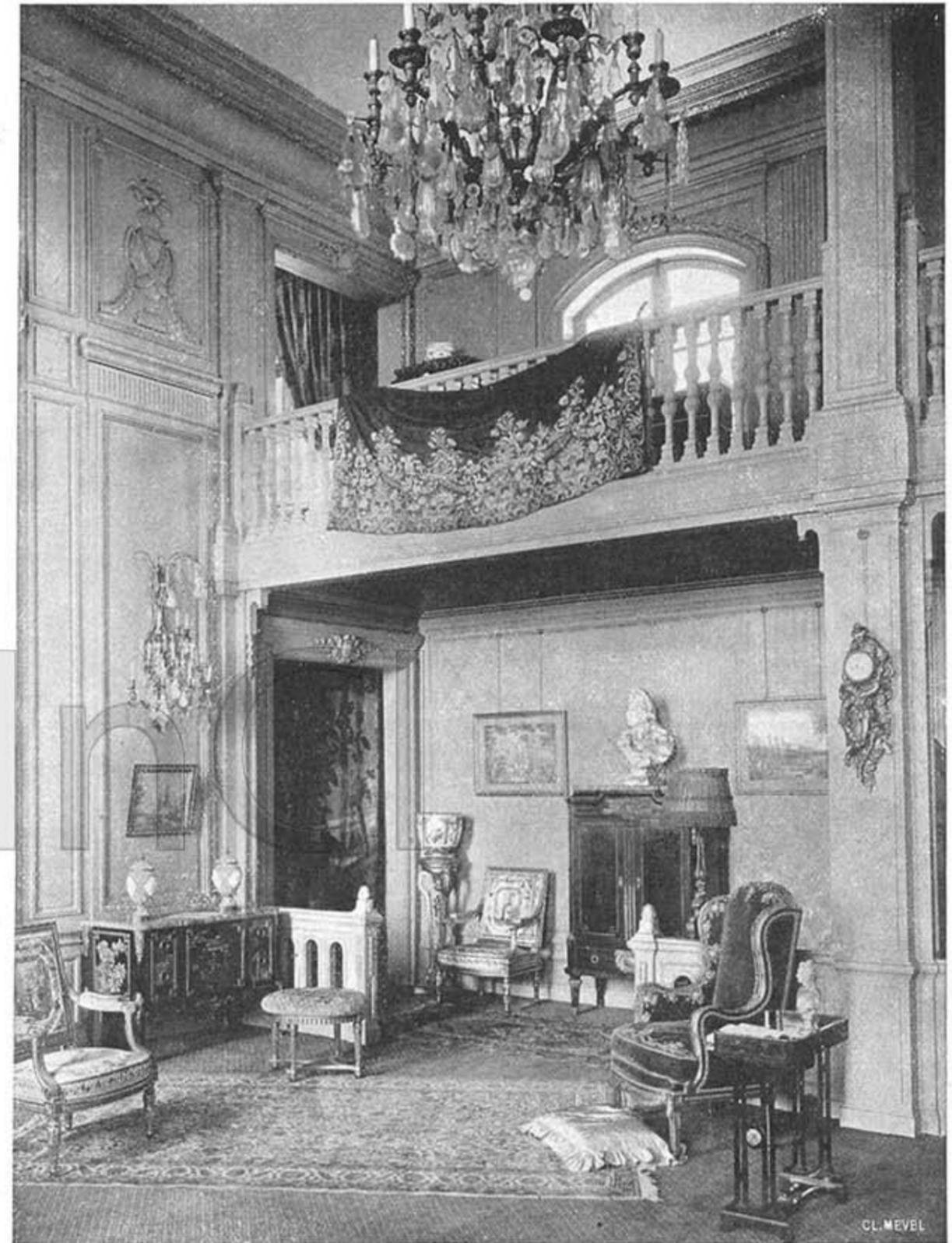
GANT NEYRET

MARQUE  DÉPOSÉE

17 Rue d'Uzès
PARIS

FABRICACIÓN FRANCESA
DE GUANTES DE PUNTO
Especialidad en guantes de seda pura

Se vende en todos los almacenes importantes.



Una Sala de Exposición de la Casa.

100, Faubourg Saint-Antoine, Paris.

MERCIER FRÈRES

MUEBLES, DECORACIONES

SUCURSAL EN LILLE

Proyectos sobre pedido.

179. Rue Nationale.



Para el higiene y
la belleza de la cara.

Risa & Souris
Crema de Belleza.

Risa & Souris
Polvos de Belleza.

PERFUMES DE
EXTRACTOS NATURALES

MURATI

PARIS



Foto Bourdier.

SOCIEDAD FRANCESA
:: DE ESCULTURA ::
DE ARTE EN MARMOL

Preferido por lo mejor de la Colonia Sud-Americana

GRUPOS, ESTATUAS, BUSTOS
:: PARA DECORACIONES ::
DE SALAS Y SALONES

Fuera de Concurso 1910

FIGURAS, VASOS, FUENTES
DE GRANDES DIMENSIONES
:: :: PARA :: ::
VESTIBULOS Y JARDINES

Catálogo ilustrado, precio 2 francos,
á las personas que lo soliciten

TRABAJOS DE MARMOLERIA, PRECIOS
Y PROYECTOS SEGUN PLANOS

Galerie Félix Cavaroc & C^{ie}, 10, Rue de la Paix, Paris

B.R.C

LUZ PARA
AUTOMOVILES

FAROS

GENERADOR ALPHA

DYNAMO

DEPOSITOS Y CONCESIONAROS

ARGENTINA { *BANQUE AUTOMOBILE 731 Maipú BUENOS AYRES*
A & G. CAHEN 1135, Carlos Pellegrini ..
LABORDE & C^{ie} 368, San Martín ..
RECHT & LEHMANN 815, Canello ..

ESPAÑA { *BLANC FRÈRES, 57, Calle de Alcalá MADRID*

PORTUGAL }
MEJICO *DE LOS RIOS, 153, Av. Hombres Ilustres, MÉJICO*

B.R.C

RODRIGUES, GAUTHIER & C^o
67, Boul^d de Charonne, PARIS.

POUDRE
GERMANDREE

Secret
de beauté



Pour embellir et soigner
la peau adhérence absolue
et discrète Parfum idéal

MIGNOT-BOUCHER Parfumeur 19, rue Vivienne PARIS

Exclusivo para todo el Brasil :
PERIANDROS, Sté Anme, PARIS

Agente en Rio de Janeiro :
J. H. SEABRA, rua de S. Pedro, 84-Sob^o

LA UNION Y EL
FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS,
:: FUNDADA EN 1864, EN PARIS, ::
:: :: RUE DE L'ARCADE, 59 ::

CAPITAL: 12.000.000 COMPLETAMENTE

:: :: VERTIDOS :: ::

CONJUNTO DE GARANTIA : 80.000.000

La compañía ha pagado desde su

fundación más de doscientos mi-

:: :: llones de siniestros :: ::

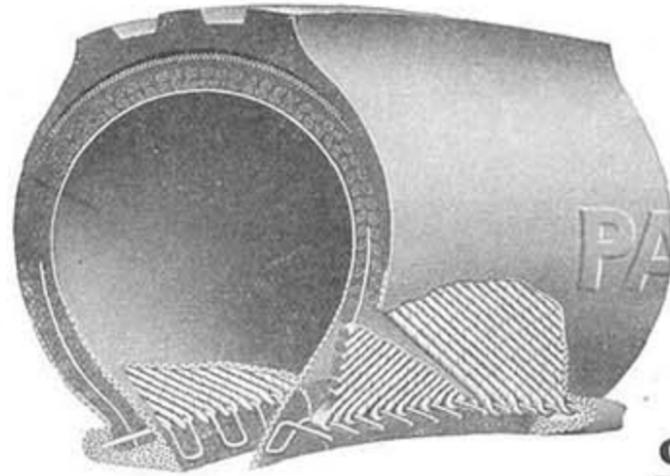
Seguros contra accidentes de todas

naturalezas : Automóviles — Do-

mésticos — Individuales — Respon-

:: :: sabilidades — Civiles :: ::

Condiciones especiales para seguros tempo-
rales á los extranjeros que residen en Francia.



De construcción diferente
é incomparable resis-
tencia son los neumáticos

con cuerdas

PALMER

152, avenue Malakoff, Paris

**GOERZ
TENAX-PACK**

Excamoteo
ideal
á la luz del día



60%
de economía
de peso.

El sustituto
mejor de las
placas de vidrio

Extra rápidas. Ortocromáticas. Anti halo.
No se enrollan

De venta en todos los comercios del ramo. Prospectos á quien los pida

Opt. Anst. **C. P. GOERZ** Akt.-Ges.
BERLIN-FRIEDENAU
VIEÑA PARIS LONDRES NUEVA YORK

Comprad los Bordados

Schweizer



franco de porte (y de derechos para
España) á domicilio directamente de
Suiza.

Trajes
desde Ptas. 17.90

Blusas
desde Ptas. 6.95

Trajes para Niños
Desde Ptas. 7.95

del mejor bordado suizo, sobre
batista vueta, tul, crespón,
marquiseite, lana y sobre sedas
novedad.

**Pedid muestras y
figurines franco.**

Nuestros trajes bordados se
venden sin confeccionar, pero
enviamos á quien lo desee los
patrones cortados, para todos
nuestros modelos y en todas las
medidas.

Schweizer & Co.

Lucerna A 78 (Suiza).

LIBRERIA FRANCO-ARGENTINA

DE

JUAN L. DASSO & Cia.

Casa fundada en 1880

815 - SARMIENTO - 825 - BUENOS AIRES

Unión tel. - 2352 - Libertad



Un detalle de la librería



Fachada del Establecimiento

Obras de Derecho, His-
... toria y Literatura ...
Textos para las Facul-
tades, Escuelas normales
y Colegios Nacionales.

Suscripciones á todas
las revistas y periód-
icos de España,
Francia y América.

Papelería comercial y de
lujo. - Artículos de escri-
... torio para regalos ...
Imprenta ... Litografía
.. Impresiones de arte ..

SOCIEDAD ANONIMA DE LOS ALTOS-HORNOS Y FUNDICIONES
TÉLÉPHONE : 932-22 DÉ Ad. télégr. FONDOSNE-PARIS

VAL D'OSNE

(HAUTE-MARNE)

DOMICILIO SOCIAL, ALMACENES DE COMPOSICION Y TALLERES

58, Boulevard Voltaire, PARIS

Administrador delegado : J. DURANTON, Igr^o E. C. P.
Grandes premios y Diplomas de Honor en todas las Exposiciones Universales.
« Hors Concours » y MIEMBRO DEL JURADO en las de Paris 1889 y 1900.

FUNDICION DE HIERRO, BRONCE DE ARTE
40.000 MODELOS

de Balcones, Balastradas, Rampas, Pilastras, Escaleras y
toda clase de fundiciones para construcciones.

Candelabros eléctricos y de gas, Brazos, Linternas y toda
clase de aparatos para alumbrado público y privado.

Antorchas decorativas, Grupos, Estatuas, Animales, Vasos y
Fuentes para jardines y patios, Fuentes y Pilas monumen-
tales para plazas públicas, etc.

Puertas de sótanos, Verjas y en general toda clase
de trabajos artísticos en ferretería y bronce.

Ventanas Metálicas corredizas, Piñones y Manivelas, sistema
en Francia y en el Extranjero.
Toda clase de Aparatos Hidráulicos, Compuertas, Clapatelas

Agencia y Depósito : A. MOTTEAU, 1272, Garay

BUENOS-AIRES



ALUMBRADO ELECTRICO DE AUTOMOVILES



DYNAMO FARO EYQUEM

191 a 195 BOULEVARD PÉREIRE, PARIS.

EL ESPEJO
LUMINOSO
ELECTRICO
EYQUEM
191 a 195
Boulevard Péreire
PARIS

Endiase Catalogo Franco
à quien lo Solicite.

Foto Manuel.

SUBLIME-SENSAT

El non-plus-ultra de los aceites de olivo - G. Sensat, hijos - Barcelona

Los Maravillosos
PERFUMES
GODET

Teléfono 582-33
PARIS-NEUILLY

Los concentrados de flores - Los solos que no manchan

SOUS-BOIS

El perfume de moda, fresco, persistente, inimitable
EXQUISITÉ

ENVOI de FLEURS

Las dos mejores creaciones de la perfumeria francesa



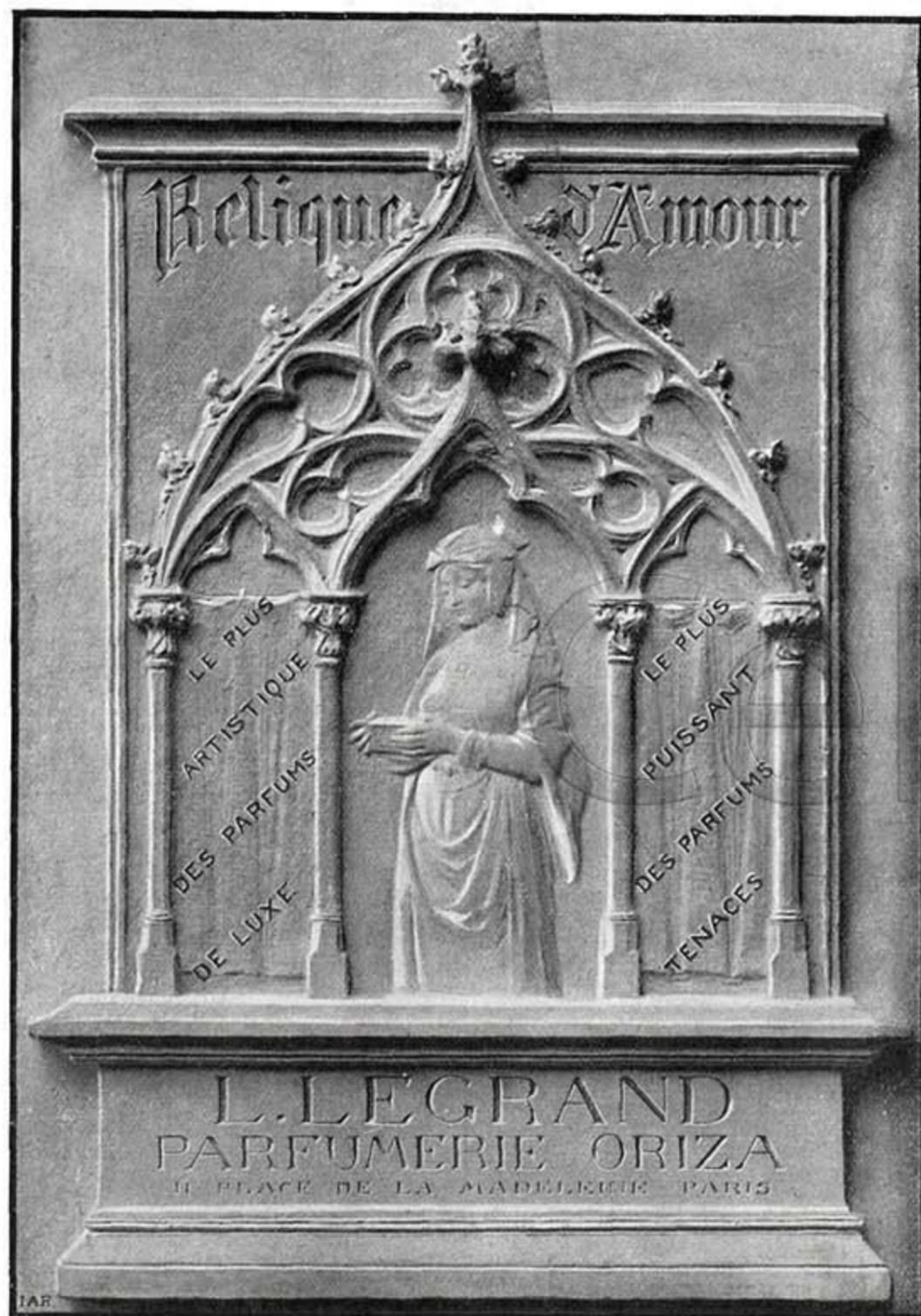
Para AVOIR de BELLES et BONNES DENTS
SERVEZ-VOUS TOUS LES JOURS de

SAVON DENTIFRICE VIGIER

Le Meilleur Antiseptique, 31, Pharmacie, 12, B^o Bonne-Nouvelle, Paris.

HOTEL-PENSION SAN RAFAEL
5, rue des Pyramides, 5
PARIS

Ascensor - Electricidad - Cuartos de baños
Calefacción central - Cocina excelente



¡ CUIDADO, SEÑORA !

Vd. empieza a engordar y engordar es envejecer. Tome pues, todas las mañanas en ayunas, dos grajeas de THYROIDINE BOUTY y su talle se conservará esbelto ó volverá a serlo.

MEDICAMENTO EFICAZ É INOFENSIVO exigiendo: Thyroidine Bouty.
Para recibir gratis el Folleto explicativo, dirijirse:
Laboratorios BOUTY, 3^{me} Rue de Dunkerque, PARIS.



LOS SAQUITOS PARA EL TOCADOR DEL Doctor DYS

Dan a la piel un frescor delicioso. Protegen la piel del aire vivo de los primeros dias de primavera, y conservan la belleza y la dulzura de la juventud. Envio franco del libreto explicativo, dando toda clase de detalles sobre los productos del Doctor Dys. Se suplica mencionar el nombre de "Mundial".

V. DARSY
54, Faubourg Saint-Honoré
PARIS

NEW YORK, 14, West 47 th Street.
S. PESSL. — VIENNE, 28, Körntnerstrasse.
BUDAPEST, 19, Váci utca.
G. LOHSE. — BERLIN W., Jägerstrasse.

Evitar las imitaciones.

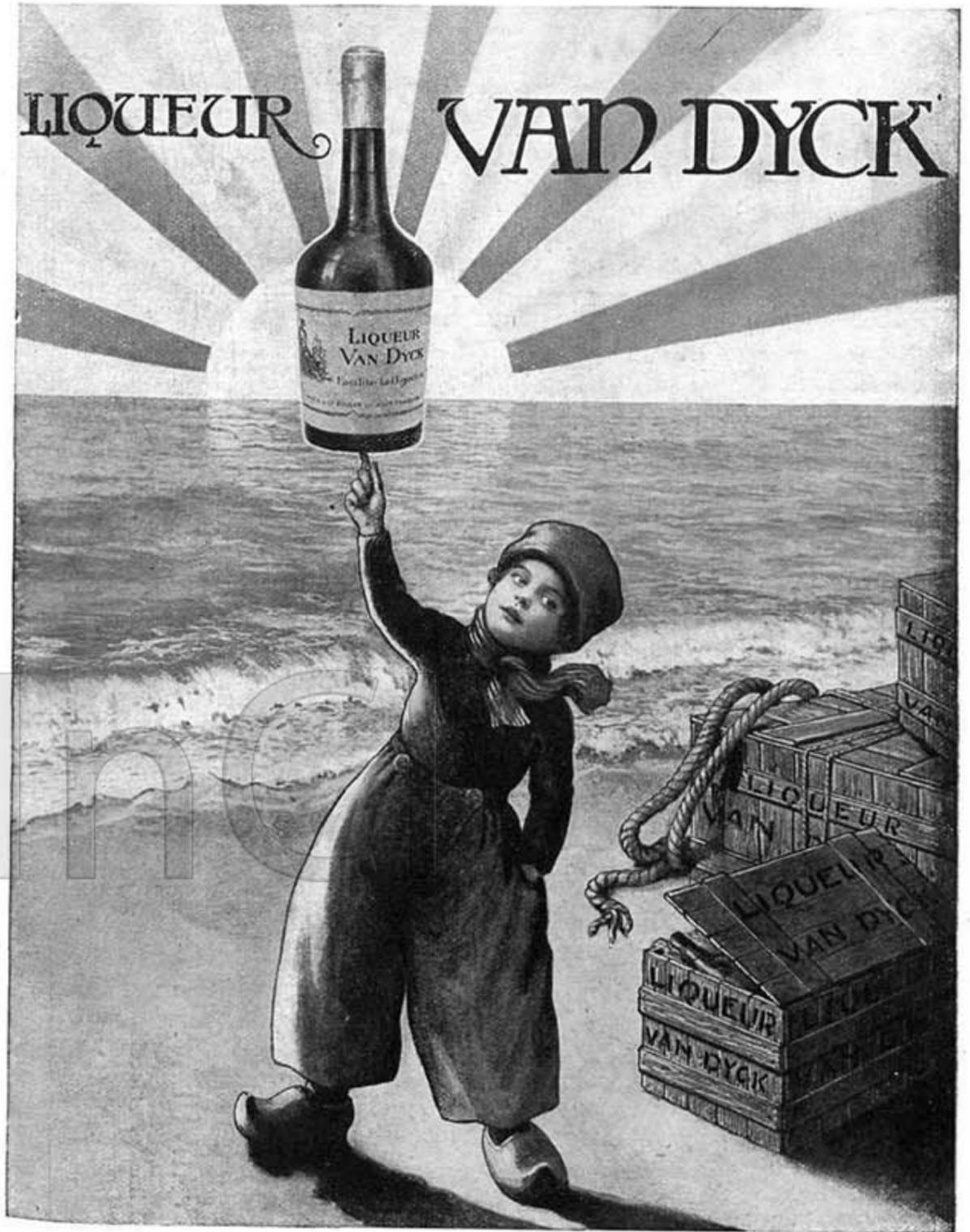
VERTIGE D'AMOUR

PARFUMERIE D'ESTRÉE
16 Rue S^t Croix de la Bretonnerie
PARIS

DEPOSITARIOS EN MONTEVIDEO:

Casa TOGORES — F. L. CABRERA, Suc., Sarandi 685-7

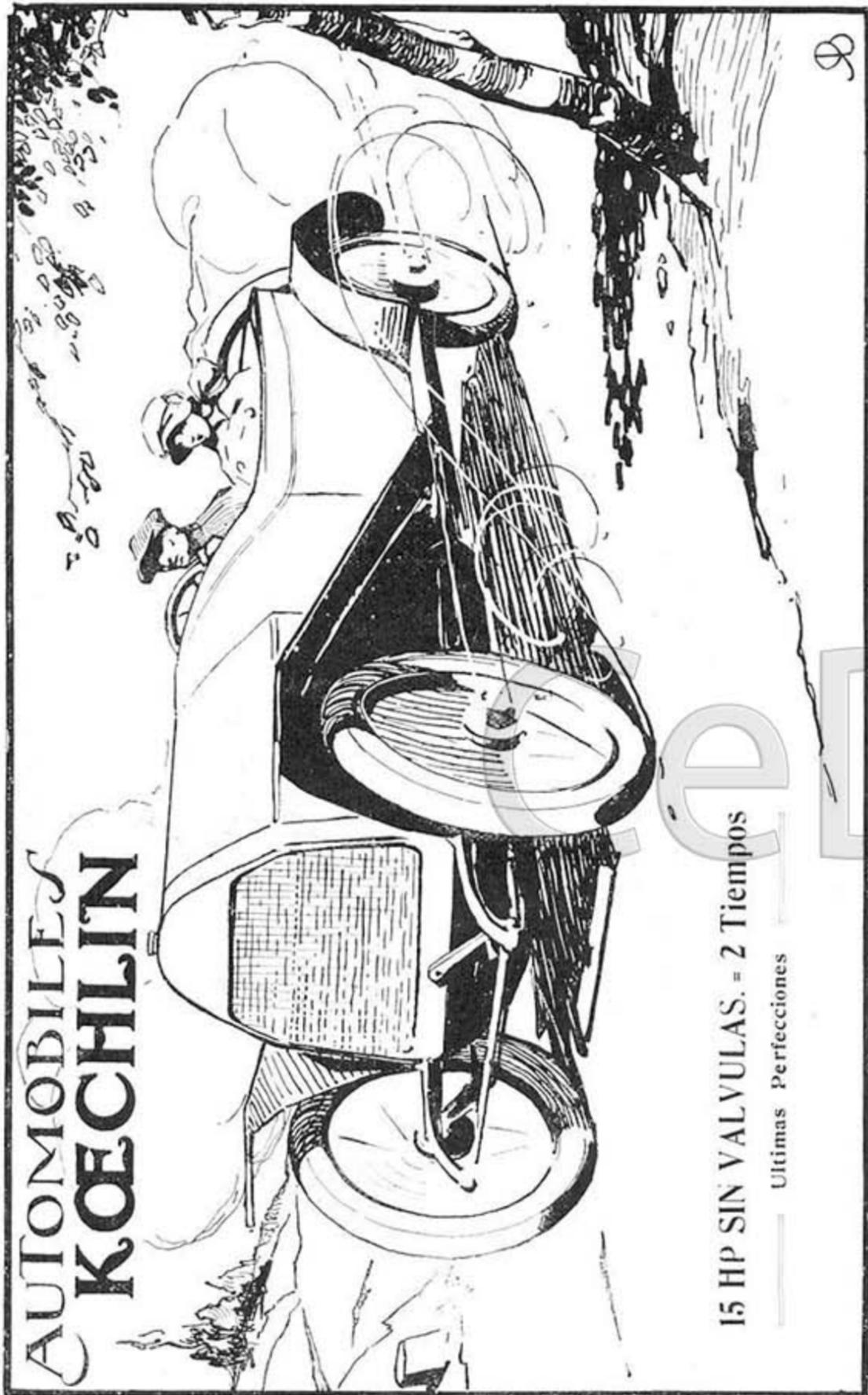
LIQUEUR VAN DYCK



78 bis, Avenue Henri-Martin
PARIS

DEPOSITARIOS PARA

ARGENTINA: CABEZAS, PAZOS & Cía, Suipacha, 14 y 26, Buenos Aires.
URUGUAY: B. & N. SOLARI, Salto.



**AUTOMOBILES
KOECHLIN**

15 HP SIN VALVULAS. = 2 Tiempos

— Últimas Perfecciones

RMSP. STEAM PACKET CO
THE ROYAL MAIL

VAPORES de LUJO

SALEN DE

SOUTHAMPTON Y CHERBOURG

CADA VIERNES

para

**BRASIL, ARGENTINA
Y URUGUAY**

Tocando en

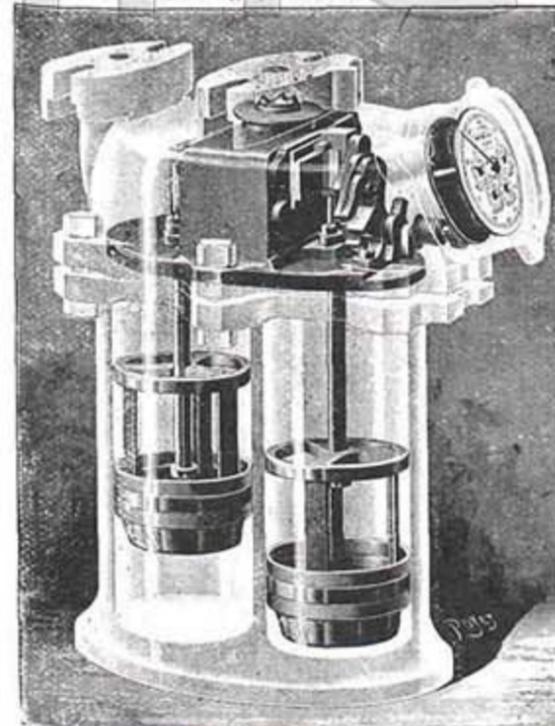
ESPAÑA, PORTUGAL Y MADERA

□ □

Agentes en París

Geo. DUNLOP & Co, 4, rue Halévy

ANTIGUA CASA MICHEL & C^o
Compañía para la Fabricación de Contadores
Y MATERIAL PARA TALLERES MOVIDOS A GAS
Sociedad anónima: Capital 9.000.000 de francos.
16 y 18, Boulevard de Vaugirard, París.
Dirección telegráfica: Compto-Paris.



Contador para Agua. Sistema Frager (Modelo 1883 bis).

**Pida V. á este Profesor
que lea su vida.**

Su maravilloso poder para leer vidas humanas á cualquier distancia, asombra á cuantos le escriben.

Miles de personas de todas las categorías sociales han obtenido beneficios de los consejos de este Profesor, quien dice á V. de lo que es V. capaz, como puede V. obtener éxito, quienes son sus amigos y sus enemigos, y le describe los buenos y malos períodos de su vida.



Su descripción de los acontecimientos pasados, presentes y futuros dejará á V. sorprendido. Cuanto le es necesario conocer es: su nombre (escrito por V. mismo) la fecha de su nacimiento y el sexo, cuyos datos le servirán para guiar su trabajo. No es necesario dinero. Menciónese el nombre de este periódico y obtendrá una lectura de prueba gratuita.

El Sr. Paul Stahman, experimentado Astrólogo de Ober Newsadern, Alemania, dice:

"El horóscopo que formó para mí el Profesor Roxroy, resultó completamente conforme con la Verdad, siendo un trabajo inteligente y concienzudo. Como yo mismo soy Astrólogo, examiné cuidadosamente sus cálculos Planetarios e indicaciones, encontrando que el trabajo era perfecto en todo, sus detalles, y que el mencionado Profesor conoce perfectamente los adelantos de su ciencia. Mr. Roxroy es un verdadero filántropo, y todo el mundo debería aprovecharse de los servicios del Profesor, pues en ello pueden obtenerse muchas ventajas."

La Baronesa Blanquet, una de las más inteligentes señoras de París, dice:

"Le agradezco su estudio completo de mi vida, que es verdaderamente de una exactitud extraordinaria. Ya había consultado antes á otros astrólogos, pero nunca como hasta ahora me han contestado con tanta verdad, ni me han dejado tan completamente satisfecha. Con el más sincero agrado le recomendaré á mis amigos y conocidos, por creer seguramente que hará una buena obra dando á conocer su ciencia maravillosa."

El Rev. G. C. H. Hasskarl, de Pensilvania, Estados Unidos, en carta al Profesor Roxroy le manifiesta:

"Es usted, á no dudar, el especialista y maestro más grande que existe de su profesión. Todo aquél que le consulte se maravillará de la exactitud de sus detallados estudios individuales y de sus consejos y recomendaciones. Aun los más escépticos, le consultarán una y otra vez, después de comunicarse con usted por vez primera."

Si quiere V. aprovecharse de esta oferta especial y obtener una revista de su vida, envíe sencillamente su nombre por entero, dirección, fecha del día, mes y año de su nacimiento (escrito muy claramente) indique su posición (señor, señora, señorita) y copie también el siguiente verso con su propia mano:

Su consejo es útil,
dice todo el mundo.
Para ser dichoso,
muéstreme V. el rumbo

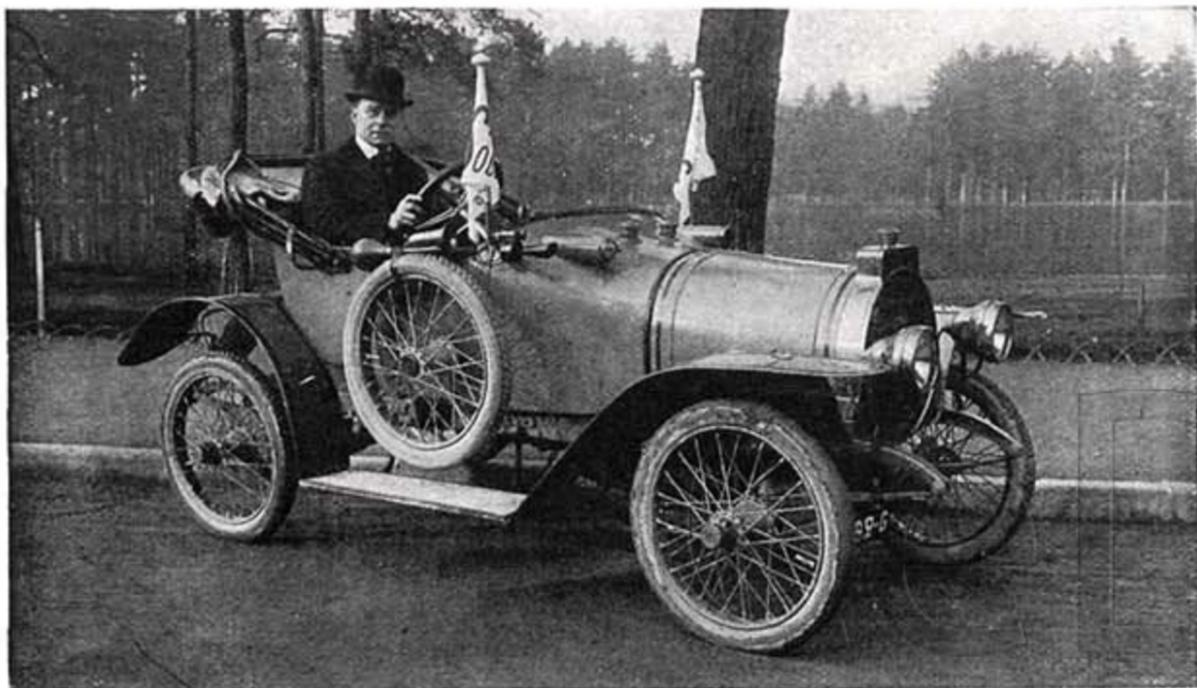
Si lo desean, pueden los comunicantes acompañar el equivalente de seis peniques en sellos del país, para cubrir el franqueo, trabajo manual, etc.

No se incluyan monedas en las cartas. Sirvanse cerciorarse de que la carta esté correctamente franqueada para Gran Bretaña, dirigida á ROXROY, Dept. 1427 B, 177a Kensington High Street, London, W., Inglaterra.

C. L. C.

Cochecitos, Coches y Motores.

Uno y cuatro cilindros
Sin Válvulas.



Cochecito tipo "Populaire" 6-8 HP. mono-cilindrico sin válvulas á *cardan* 3 velocidades, marcha atrás, carrocería Torpedo 2 asientos, capota protectora. Precio : **4.300 francos.**

Solidez - Economía - Rapidez - Silencio

ENTREGA RAPIDA DE MOTORES PARA CANOAS,
:: :: AGRICULTURA Y PEQUEÑA INDUSTRIA :: ::



Sociedad de Automóviles y Motores

de **COCKBORNE, LEUCHER, da COSTA**

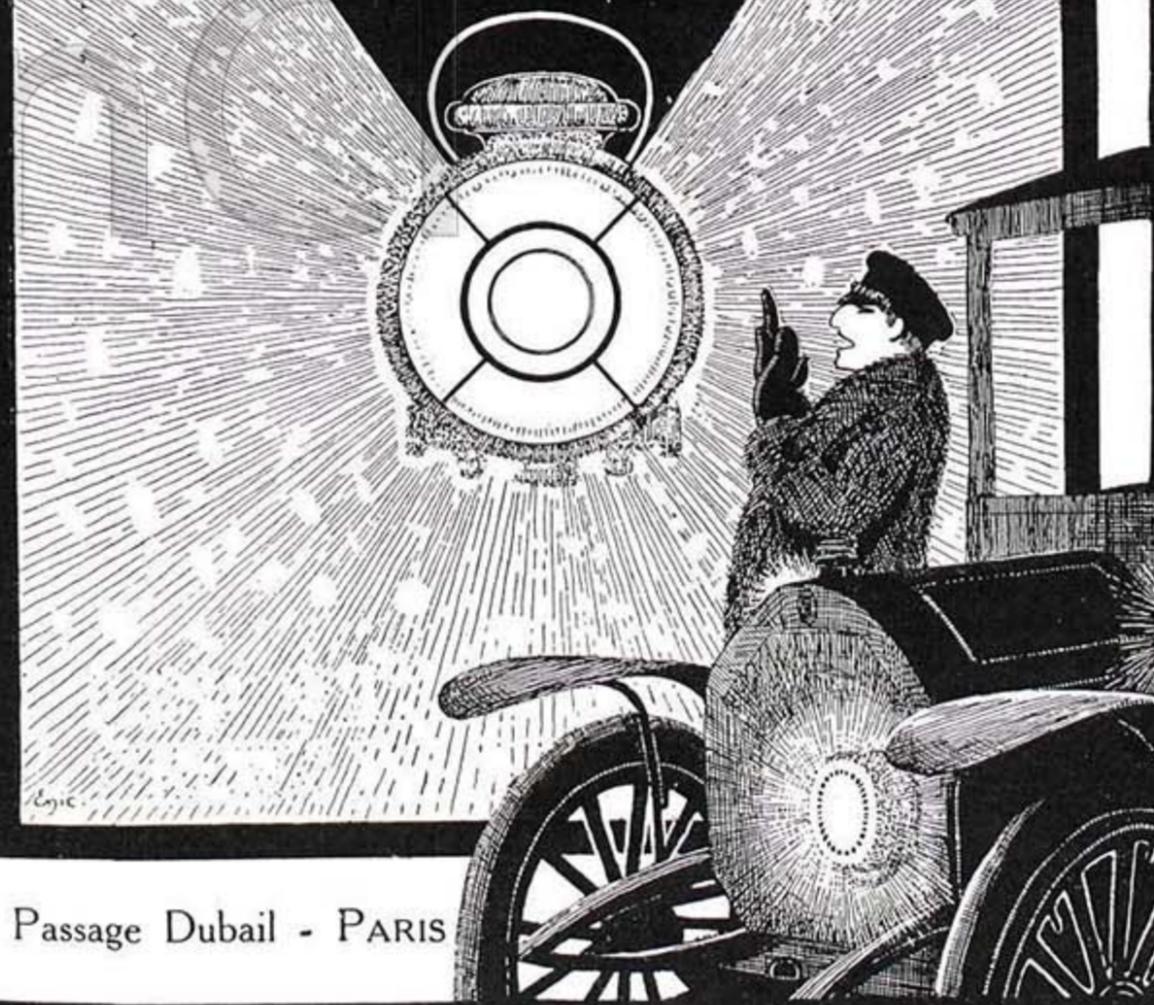
PARIS - 165, Avenue d'Italie - PARIS

Para informes y venta dirigirse al Agente Mundial **René HOLBET** Ingeniero,
18 bis, Rue Brunel, PARIS. Dirección telegráfica : **CELÉCÉ**

SE DESEAN AGENTES

— FAROS — DUCELLIER

— PARA —
AUTOMOVILES
— DE —
GRAN LUJO
Y CARRUAJES



25, Passage Dubail - PARIS

MONDIAL

MAGAZINE

Dirección telegráfica :
SANTAGUIDO-PARIS

Director literario :
RUBEN DARIO

Secretario de la Redacción :
CARLOS LESCA

TELEFONOS
Dirección y Administración :
Louvre **0-36**
Redacción y Publicidad :
Bergère **43-34**



Foto Feux.

ZAPATERIA DE LUJO **COSTA**
277, Rue Saint-Honoré, Paris ..



PERFUMERIA

EXTRA-FINA

T. JONES

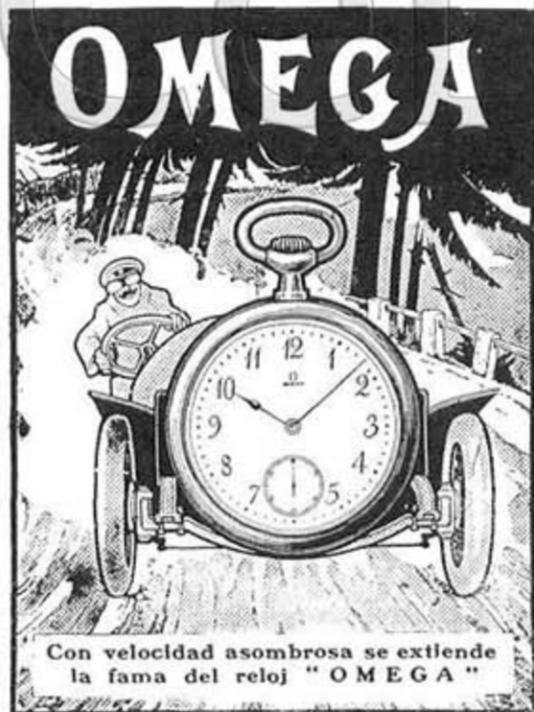
23, Boulevard
des Capucines
PARIS



Y EN TODAS LAS
BUENAS CASAS

Acaba de Aparecer :

VENI-VICI
PERFUME INCOMPARABLE



De venta en todas las
.. principales relojerías ..

SUSCRIPCIONES

FRANCIA
6 Meses.. .. 6 fr. 50 | Un Año. 12 fr.

EXTRANJERO
6 Meses.. .. 9 fr. 50 | Un Año. 18 fr.

NUMERO SUELTO
Francia. 1 fr. | Extranjero .. 1 fr. 50

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio todos los números extraordinarios que se publiquen.

AGENTES DE PUBLICIDAD PARA :

- ARGENTINA : Guinazú & Carranza. - Tucumán 1335. -- Buenos-Aires.
- ALEMANIA : Haasenstein & Vogler. -- Leipzigerstrasse, 31 & 32 - Berlin.
- BRASIL : Alfredo D. de Luzuriaga, Rua do Rozende, 58 A. - Rio-de-Janeiro.
- ESPAÑA : Empresa de Anuncios, Rialp. -- Rambla de Cataluña, 14 - Barcelona.
- FRANCIA : Hoteles y estaciones balnearias : "Société Européenne de Publicité", 11, Rue Drouot, Paris.
- INGLATERRA : South American. Press Agency Ltd, 1, Arundel Street. - Londres W. C.
- SUIZA : Robert Hug, Hauptpostbox 62^o6. -- Zurich.

Venta exclusiva y suscripciones para España, América latina é Islas Filipinas : Sociedad de Ediciones Louis-Michaud, 168, Boulevard Saint-Germain, Paris.

En PARIS, se encuentra de venta en todos los kioscos del Bulevar y en los Grandes Hoteles, así como en las principales librerías, igualmente que en nuestras oficinas, 6, Cité Paradis.



- ARGENTINA
- BOLIVIA
- BRASIL
- CHILE
- COLOMBIA
- COSTA RICA
- CUBA
- REPUBLICA DOMINICANA
- ECUADOR
- ESPAÑA
- FILIPINAS
- GUATEMALA



- HAITI
- HONDURAS
- MEJICO
- NICARAGUA
- PANAMA
- PARAGUAY
- PERU
- PUERTO RICO
- PORTUGAL
- REPUBLICA DEL SALVADOR
- URUGUAY
- VENEZUELA

SUMARIO

| | |
|--|-----|
| LA EXTRAÑA MUERTE DE FRAY PEDRO, cuento por RUBEN DARIO, ilustraciones de BASTE... | 3 |
| LA POESIA POPULAR EN ESPAÑA, por P. DE PEDROSO, ilustraciones de FALGAS... | 8 |
| PLEGARIA AL SILENCIO, poesía, por EDUARDO TALERO... | 17 |
| FABULAS DE ADIANTE... | 20 |
| MICTLAN TECUHTLI, cuento por ALFONS MASERAS, ilustrado por VISCAI. | 23 |
| ATENAS, por E. GOMEZ CARRILLO... | 28 |
| AGUAFUERTES DE ESPAÑA, por AMICHATIS, con ilustraciones de LARRAYA | 35 |
| PALABRA Y SILENCIO, por JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN... | 39 |
| MANUEL LAINEZ, por RUBEN DARIO... | 42 |
| ILUGIAS, poesía, por J. BOFILL Y FERRO... | 44 |
| LA LEYENDA DEL IDEAL, por ANTONIO G. DE LINARES, ilustrado por TORNE-ESQUIUS... | 46 |
| EL DOS DE MAYO, por JOSÉ LOPEZ DE FLORES... | 54 |
| ESTRAZILLA, continuación de la novela de JOSÉ ORTEGA MUNILLA... | 59 |
| LA CULTURA FISICA ¿ES UN DEPORTE?, por J. MORTANE... | 71 |
| LOS TORMENTOS DEL ENSUEÑO, por A. IBELS... | 77 |
| LOS PESCADORES DE SARDINA, por BLAY... | 82 |
| SUPERSTICION O CIENCIA, por MAX... | 87 |
| EL TEATRO EN PARIS, por E. GOMEZ-CARRILLO... | 91 |
| UN CARICATURISTA ARGENTINO... | 96 |
| EL CONCURSO LITERARIO DE "MUNDIAL" Y "ELEGANCIAS"... | 98 |
| ELEGANCIAS MASCULINAS... | 99 |
| JOAQUIN LEMOINE... | 100 |

(No se devuelven los originales.)

En el próximo número :

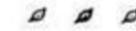
PERICO LIJA, cuento inédito de ANTONIO MACHADO. — LA MONTAÑA maravillosa, por FRANCISCO CONTRERAS. — EL AFILADOR, poema inédito de ARMANDO VASSEUR. — Un interesantísimo artículo de información titulado : EL TEATRO VISTO POR DENTRO.

Próximamente :

Versos y prosas de RUBEN DARIO, AMADO NERVO, RICARDO LEON, GOMEZ-CARRILLO, MAX, HENRIQUEZ UREÑA, etc.



Por RUBEN DARIO



I

Visitando el convento de una ciudad española, no ha mucho tiempo, el amable religioso que nos servía de cicerone, al pasar por el cementerio, me señaló una lápida en que leí, únicamente : *Hic iacet frater Petrus.*

— Este — me dijo — fué uno de los vencidos por el diablo.

— Por el viejo diablo que ya chochea — le dije.

— No — me contestó — por el demonio moderno que se escuda con la Ciencia. — Y me narró el sucedido.

Fray Pedro de la Pasión era un espíritu perturbado por el maligno espíritu que infunde el ansia de saber. Flaco, anguloso, nervioso, pálido, dividía sus horas conventuales entre la oración, las disciplinas y el laboratorio que le era permitido, por los bienes que atraía á la comunidad. Había estudiado, desde muy joven, las ciencias ocultas. Nombraba, con cierto énfasis, en las horas de conversación, á Paracelsus, á Alberto el Grande ; y admiraba profundamente á ese otro fraile Schwartz, que nos hizo el diabólico favor de mezclar el salitre con el azufre.

Por la ciencia había llegado hasta penetrar en ciertas iniciaciones astrológicas y quiriománticas ; ella le desviaba de la contemplación y del espíritu de la Escritura. En su alma se había anidado el mal de la curiosidad, que perdió á nuestros primeros padres. La oración misma era olvidada con frecuencia, cuando algún experimento le mantenía cauteloso y febril. Como toda lectura le era concedida, y tenía á su disposición la rica biblioteca del convento, sus autores no fueron siempre los menos equívocos. Así llegó hasta pretender probar sus facultades de zahorí, y á poner á prueba los efectos de la magia blanca. No había duda de que estaba

en gran peligro su alma, á causa de su sed de saber y de su olvido de que la ciencia constituye, en el principio, el arma de la Serpiente que ha de ser la esencial potencia del Antecristo, y que, para el verdadero varón de fé, *initium sapientiae est timor Domini.*

II

¡ Oh, ignorancia feliz, santa ignorancia !
¡ Fray Pedro de la Pasión no comprendía tu celeste virtud, que ha hecho á los ciertos Celestinos ! Huysmans se ha extendido sobre todo ello. Virtud que pone un especial nimbo á algunos mínimos de Dios queridos, entre los esplendores místicos y milagrosos de las hagiografías.

Los doctores explican y comentan altamente, cómo ante los ojos del Espíritu Santo, las almas de amor son de mayor manera glorificadas que las almas de entendimiento. Ernest Hello ha pintado, en los sublimes *vitraux* de sus Fisonomías de Santos, á esos beneméritos de la caridad, á esos favorecidos de la humildad, á esos seres columbinos, simples y blancos como los lirios, limpios de corazón, pobres de espíritu, bienaventurados hermanos de los pajaritos del Señor, mirados con ojos cariñosos y sororales por las puras estrellas del firmamento. Joris Karl, el merecido beato, quizá más tarde consagrado, á pesar de la literatura, en el maravilloso libro en que Durtal se convierte, viste de resplandores paradisiacos al lego guardapuerco que hace bajar á la pocilga la admiración de los coros arcangélicos, y el aplauso de las potestades de los cielos. Y Fray Pedro de la Pasión no comprendía eso...

El, desde luego, creía, creía con la fé de un indiscutible creyente. Mas el ansia de saber le azuzaba el espíritu, le lanzaba á la averiguación de secretos de la naturaleza y de la vida, á tal punto, que no se daba cuenta



— Este — me dijo —
fué uno de los vencidos
por el diablo.

ción del Eterno Padre. Y la última tentación sería fatal.

III

Acació el caso no hace muchos años. Llegó á manos de fray Pedro un periódico en que se hablaba detalladamente de todos los progresos realizados en radiografía, gracias al descubrimiento del alemán Roëntgen, quien lograra encontrar el modo de fotografiar á través de los cuerpos opacos.

de cómo esa sed de saber, ese desco indomitable de penetrar en lo vedado y en lo arcano del universo, era obra del pecado, y añagaza del Bajísimo, para impedirle de esa manera su consagración absoluta á la adora-

Supo lo que se comprendía en el tubo Crookes, de la luz catódica, del rayo X. Vió el facsimil de una mano cuya anatomía se transparentaba claramente, y la patente figura de objetos retratados entre cajas y bultos bien cerrados.

No pudo desde ese instante estar tranquilo, pues algo que era un ansia de su querer de creyente, aunque no viese lo sacrilego que en ello se contenía, punzaba sus anhelos... ¿Cómo podría él encontrar un aparato como los aparatos de aquellos sabios, y que le permitiera llevar á cabo un oculto pensamiento, en que se mezclaban su teología y sus ciencias físicas?... ¿Cómo podría realizar en su convento las mil cosas que se amontonaban en su enferma imaginación?

En las horas litúrgicas, de los rezos y de los cánticos, notábanlo todos los otros miembros de la comunidad, ya meditabundo, ya agitado como por súbitos sobresaltos, ya con la faz encendida ¡or repentina llama de san re, ya con la mirada como estática, fija en lo alto, ó clavada en la tierra. Y era la obra de la culpa que se añanzaba en el fondo de aquel combatido pecho, el pecado bíblico de la curiosidad, el pecado omnitrascendente de Adán, junto al árbol de la ciencia

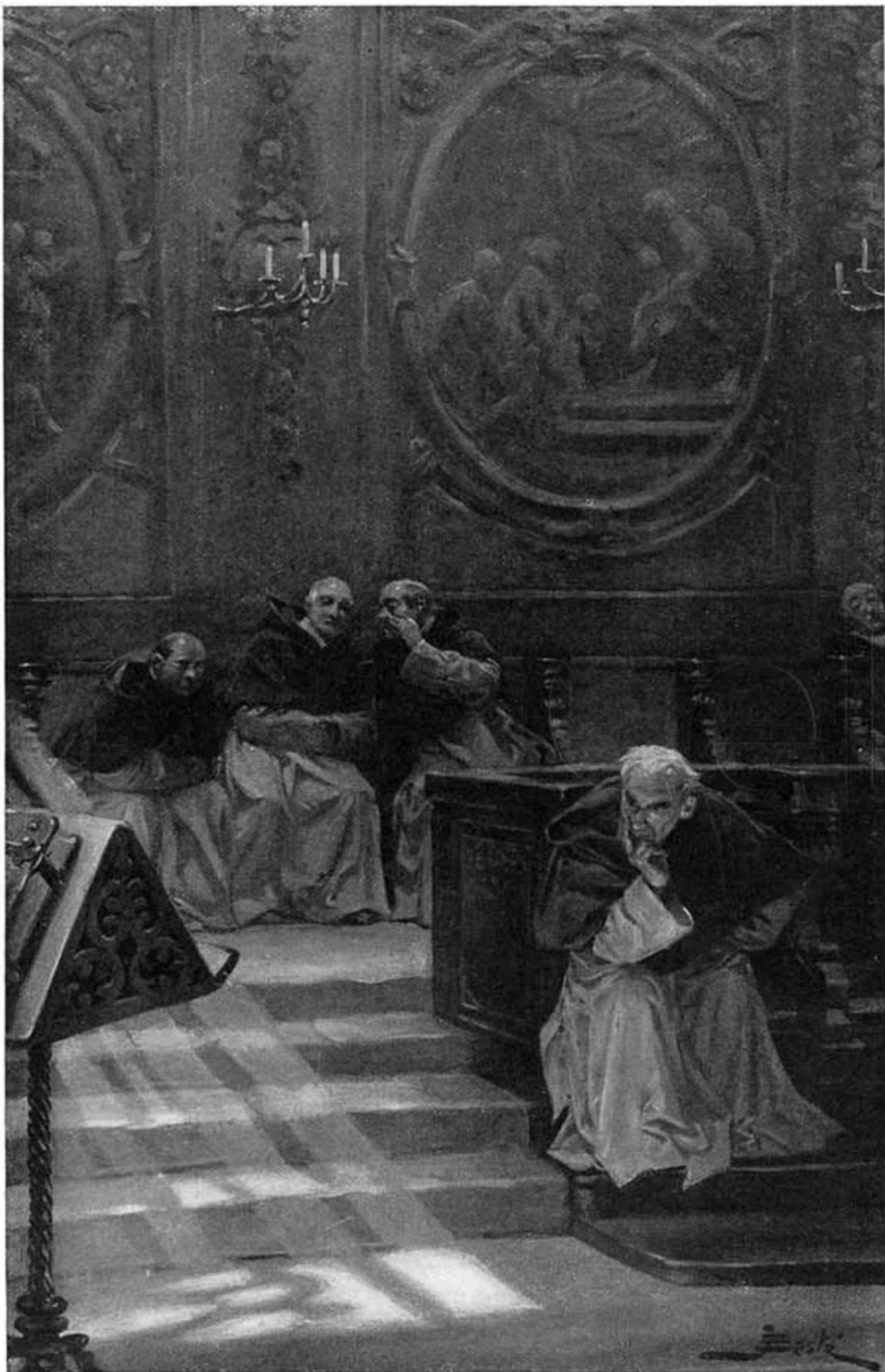
del Bien y del Mal. Y era mucho más que una tempestad bajo un cráneo... Múltiples y raras ideas se agolpaban en la mente del religioso, que no encontraba la manera de adquirir los preciosos aparatos. ¡Cuánto de su vida no daría él, por ver los peregrinos instrumentos de los sabios nuevos en su pobre laboratorio de fraile aficionado, y poder sacar *las anheladas pruebas*, hacer los mágicos ensayos que abrirían una nueva era en la sabiduría y en la convicción humanas... El ofrecería más de lo que se ofreció á Santo Tomás... Si se fotografiaba ya lo interior de nuestro cuerpo, bien podía pronto el hombre llegar á descubrir visiblemente la naturaleza y origen del alma; y, aplicando la ciencia á las cosas divinas, como debía permitirlo el Espíritu Santo ¿por qué no aprisionar en las visiones de los éxtasis, y en las manifestaciones de los espíritus celestiales, sus for-



...Y tenía á su disposición la
rica biblioteca del convento.

mas exactas y verdaderas?

¡Si en Lourdes hubiese habido un kodak, durante el tiempo de las visiones de Bernardetta! ¡Si en los momentos en que Jesús, ó su Santa Madre, favorecen con su presencia corporal á señalados fieles, se aplicase convenientemente la cámara obscura!... ¡Oh, cómo se convencerían los impíos, cómo triunfaría la religión! Así cavilaba, así se estrujaba el cerebro el pobre fraile, tentado



... Notábanlo todos los otros miembros de la comunidad, ya meditabundo, ya agitado...

por uno de los más encarnizados príncipes de las tinieblas.

IV

Y avino que, en uno de esos momentos, en uno de los instantes en que su deseo era más vivo, en hora en que debía estar entregado á la disciplina y á la oración, en su celda, se presentó á su vista uno de los hermanos de la comunidad, llevándole un envoltorio bajo el hábito.

— Hermano, le dijo, os he oído decir que deseabais una de esas máquinas, como esas con que los sabios están maravillando al mundo. Os la he podido conseguir. Aquí la tenéis.

Y, depositando el envoltorio en manos del asombrado fray Pedro, desapareció, sin que este tuviese tiempo de advertir que, debajo del hábito, se habían mostrado, en el momento de la desaparición, dos patas de chivo.

Fray Pedro, desde el día del misterioso regalo, consagróse á sus experimentos. Faltaba á maitines, no asistía á la misa, excusándose como enfermo. El padre provincial solía amonestarle; y todos le veían pasar, extraño y misterioso, y temían por la salud de su cuerpo y por la de su alma.

El perseguía su idea dominante. Probó la máquina en sí mismo, en frutos, llaves dentro de libros, y demás cosas usuales. Hasta que un día...

O más bien, una noche, el desventurado se atrevió, *por fin*, á realizar su pensamiento. Dirigióse al templo, receloso, á pasos callados. Penetró en la nave principal y se dirigió al altar en que, en el tabernáculo, se hallaba expuesto el Santísimo Sacramento. Sacó el copón. Tomó una sagrada forma. Salió veloz para su celda.

V

Al día siguiente, en la celda de fray Pedro se hallaba el señor arzobispo delante de, padre provincial.

— Ilustrísimo señor, decía éste, á fray Pedro le hemos encontrado muerto. No andaba muy bien de la cabeza. Esos sus estudios creo que le causaron daño.

— ¿Ha visto su reverencia esto? — dijo su señoría ilustrísima, mostrándole una revelada placa fotográfica que recogió del suelo, y en la cual se hallaba, con los brazos desclavados y una dulce mirada en los divinos ojos, la imagen de Nuestro Señor Jesucristo.

Rubén Darío



Sacó el copón. Tomó una sagrada forma. Saltó veloz para su celda.



LA POESIA POPULAR EN ESPAÑA

Por P. DE PEDROSO.

UN PUEBLO POETA. — LOS CANTARES.

Todos los que en nuestros días viajan por España están conformes en reconocer, que son muchas las razas, distintas unas de otras, que mantienen en su suelo sus diferentes provincias: á la arrogante reserva del Aragonés, oponen la expansiva locuacidad del Andalúz; al activo Catalán, el indolente habitante de Castilla la Vieja. Y en efecto, á primera vista, parece España tener regiones originales, donde los pueblos se formaran á parte, aislándose en una red de montañas ó de ríos, estrechándose en los lazos de un idioma que les es peculiar. Pero cuanto más se penetra en el carácter de los Españoles, tanto más se comprende que, bajo aspectos diferentes, la raza presenta gran homogeneidad. Pese á cualidades distintas, y á una diversidad más que real aparente, tiene en su conjunto rasgos esencialmente comunes, un fondo único que procede de sus orígenes, de su aislamiento, y de la larga lucha secular contra un mismo enemigo. La reserva de los unos se la dan su naturaleza severa, las rocas áridas, y las montañas desnudas que cierran su horizonte; la alegría de los otros no es sino el eco que devuelven á los rayos del sol, á la expansión encantadora de la naturaleza que les rodea; mas, todos, desde el morador de las sierras hasta el alegre Sevillano, tienen igual fiereza indómita, igual invencible valor, igual fé innata, y por último igual poesía en el fondo del alma; y quizás sea la poesía más que cosa alguna, la que sujeta aquellos pueblos por un mismo lazo, por un mismo culto de lo ideal; culto casi feroz que da al Español aquel carácter ardiente y apasionado, violento cuando se hiere su sensibilidad en sus afectos, en sus

deseos, en su honor. Nada más peligroso que tocar sus ilusiones; fijos con orgullo los ojos del alma y del corazón en su ideal, en su pasión, no dejará subsistir nada que vaya al encuentro. Esto es lo que le hace tan tenaz y apegado á sus ideas, á su país, á sí mismo. Rechazando cuanto es extraño á su personalidad, no quiere deber nada á los demás.

La manifestación de aquel culto hacia lo ideal, de aquellos sentimientos de continuas éxtasis en la raza, se vuelve á hallar bajo todos sus aspectos en los cantos populares conocidos bajo el nombre de *Cantares*. Los descendientes de aquellos que escribían sus leyes en versos, no han perdido su estro poético; puede decirse que depende del mismo idioma de que forma parte, tanto como del alma española; y sus cantos, de un carácter del todo original, improvisados por la nación entera en sus momentos de efusiones, constituyen el documento más preciado que pueda observarse en el alma misma de un pueblo.

Es cierto que todo país puede vanagloriarse de poseer una literatura más ó menos hermosa, más ó menos difundida entre las diferentes clases sociales, pero, sea la que fuere, siempre se compondrá de lo más florido de los literatos. Ninguna nación posee verdaderamente obras populares, es decir, obras escritas, no para el pueblo, sino por el mismo pueblo; no por un círculo de personas instruidas, sino por la nación entera, que se ha hecho ella misma autora al propio tiempo que cantadora de sus obras. Quizás antaño, los cantos de los aedes de Grecia, los himnos y salmos de los primeros profetas, tuvieron aquel mismo carácter de espontaneidad; quizás sus cantos eran sólo una improvisa-

ción, en la cual armonizaban la exaltación de su alma con el instinto arístico de su naturaleza. Pero aún aquellos poetas formaban entonces lo más escogido, y no constituían la masa del pueblo.

Las poesías españolas conocidas bajo el nombre de *cantares* ó *coplas* son meras manifestaciones entusiastas, breves poemas á veces contenidos en una cuarteta, compuestos en un momento de exaltación ó de melancolía por el Español, hecho á la música del verso, gracias á lo sonoro de su idioma y á la poesía por la extremada sensibilidad de su alma.

No hay que confundir aquellas *coplas* con ciertos *romanceros*, en su mayoría también anónimos, y que recogidos por tradición, podrían parecer tener un origen no menos sabio. No, la composición del menor romancero exige, por poco que sea, algún conocimiento de la poesía, un estudio previo, siquiera un trabajo momentáneo, mientras la *copla* no exige del Español ni estudio previo ni trabajo momentáneo; el labriego que vuelve del campo, el obrero cansado de su trabajo, el enamorado que suspira, tomarán de noche su guitarra, é inspirados por un sentimiento de dicha ó de tristeza, expresarán con los acordes de su instrumento los pensamientos que le embargan, el amor que sienten.

Las cuerdas de mi guitarra
Mis sentimientos repiten;
Si me ven sufriendo, lloran,
Si me ven gozando, rien.

En efecto, aquellas innumerables coplas no son sino un eco de la sensibilidad castellana, ninguna firma llevan, mas al pie de cada una podría ponerse: *El pueblo español*; pues nada encierra tantos rasgos característicos,

tantos estados de ánimo verdaderos, como aquellos cuatro versos con, que sin doble intención, sin ambición de escritor, sin el artificio del literato sometido á las exigencias de sus lectores. Expresan pensamientos sencillos, naturales, poéticos, á veces profundos, pero deslumbrantes de color local y de perfumada sencillez. Sinceros, cual lo es todo lo que espontáneo, dicen

todos los sentimientos del alma con sus más sutiles variaciones de alegrías y tristezas, de amor y de desecho, de cólera y de odio. Compónense de todos los suspiros, de todas las exclamaciones del alma española; asemejase su conjunto al ruido que hacen á distancia las olas del mar, con sus matices de estrepitoso resplandor y de desesperados sollozos, pues si el Español tiene sus alegrías francas y expansivas, nada más profundo que su tristeza, nada más triste que sus quejidos.

Sería imposible recopilar todas las coplas; hay millares de ellas; se dicen á millones; sólo algunas, más hermosas que las

demás, guarda la tradición, y constituyen el libro de los Cantares.

Cantar que del alma sale
Es pájaro que no muere;
Volando de boca en boca,
Dios manda que viva siempre.

¿ A qué época de la historia hay que remontarse para hallar el origen de aquellas composiciones? De nuevo decimos: ¿ Puede esto preguntarse á un pueblo que en los tiempos más remotos hacia de su código un poema? ¿ al autor de aquellos innumerables romanceros llenos de numen y de poesía? Aquella costumbre no nació en un tiempo determinado, es como innata en el carácter español, forma parte de su dicha, desuspe-



nas, de sus amores. Pero, « volando de boca en boca », por más que diga el poeta, la mayor parte de las coplas se perdieron en el trascurso de los siglos, ó por lo menos ¿ cómo atribuirle un origen fijo? Antes de principiar el siglo pasado, no existía ninguna recopilación de Cantares; sin embargo, algunos deben remontar á la época de Fernando é Isabel, si se tiene en cuenta su hechura aventurada y sus palabras anticuadas.

Un estudio detenido de aquella poesía popular ayudaría en gran manera al del carácter español; los psicólogos lo descuidan con harta frecuencia en el análisis del alma castellana, á la que imprime un giro especial, una pasmosa sutileza de ingenio, una facilidad poética, quizás desarrollada al extremo por una sensibilidad nerviosa, si bien exponiendo á la luz del día los sentimientos más íntimos. Por último, las coplas ofrecen más que una mera manifestación del entusiasmo ó del amor; se descubre en ellas lo que en ningún otro país se puede encontrar: la filosofía popular. Mas, antes de analizarlas, considerémoslas, en primer lugar, bajo su forma puramente literaria, para ver luego los géneros peculiares á las diferentes partes de España; así volveremos á hallar el acento, el sello especial impreso por la historia, y la naturaleza en sus diferentes regiones.

La forma más usual de los cantares es la simple cuarteta, cuya composición es relativamente fácil; se puede, por tanto, tomar como tipo característico de los cantares, si bien hay también muchos formados de tres y de siete versos. Esas cuartetos están hechas para ser cantadas con acompañamiento de guitarra, con el compás ordinario de las *petene-*

ras, las *jotas*, las *gitanas*, etc., y, sobre todo, de las *malagueñas* y *seguidillas*: esta última es más la forma clásica. Aunque la verdadera copla exige siete versos, las más de las veces se canta con la cuarteta ordinaria, repitiendo el primero y último renglón: es, por lo tanto, necesario, que la idea principal termine la copla, ya que se ha de decir tres veces.

Las coplas de siete versos exigen un poco más de trabajo de parte del autor, lo que da por resultado que muchos de los últimos resultan como sobrecargados: los tres versos de suplemento hacen pesada la copla, más á sus anchas con su cuatro alas bien desplegadas. Las de tres versos son á veces más ligeras aún que la cuarteta, y contienen fácilmente un pensamiento, una exclamación precisa. Nada más ameno que ésta:

Tus ojos son dos ven-
[tanas
A donde el querer se
[asoma
Cuando no cabe en el
[alma.

La composición de la cuarteta no es difícil, los versos tienen por lo general ocho pies, ritmo que viene instintivamente al oído del pueblo, acostumbrado á oírlo

desde la infancia. En cuanto á la rima, no hay que ser severo, basta que haya asonancia; es fácil encontrar ésta en multitud de palabras españolas terminadas por vocales sonoras; por cierto que sólo para dos versos se exige esa asonancia:

Dos besos tengo en el alma
Que no se apartan de mí:
El último de mi madre
Y el primero que te di.

Sin embargo, pese á su composición sencilla, la cuarteta exige primero una idea más ó menos clara, mejor ó peor presentada, cierta



elección de palabras y, por último, un arreglo poético cualquiera; naturalmente, esto requiere delicadeza de sentimiento, un vivo instinto estético, y, con frecuencia, extraña uno hallar en la misma masa del pueblo tanta poesía, armonía y á veces profundidad. Algunas de aquellas coplas constituyen verdaderos poemas, pintan toda una vida de amor, toda un alma con sus tumultos y sus pasiones, y se queda uno soñando ante el inmenso horizonte entrevisto á través de aquellos pocos renglones, á través de un solo suspiro, un suspiro de poeta, por cierto:

Olvidé á Dios por
[quererte,
Por ti la gloria per
[dí,
Y ahora me vengo
[á quedar
Sin Dios, sin gloria
[y sin ti.

¿ En qué poema del Dante ó de Virgilio hallaríanse expresados en tan pocas palabras tanto amor, tantas quejas y tanto dolor?...

No vaya á creerse que aquella poesía es peculiar de una sola región de la Península; España entera es su cuna; hasta las provincias que tienen su idioma ó dialecto como los países vascongados, Cataluña, Galicia y Valencia, tienen sus cantares originales. Pero las dos regiones donde parece que más se haya concentrado su producción, son Aragón y Andalucía, unión curiosa al saber que aquellas dos provincias son, por lo general, las que se citan como las más opuestas en sus gustos y en su carácter; pero esto prueba una vez más la homogeneidad de la raza entera, pese á las modificaciones de su temperamento. Si las coplas del Norte tienen un acento más severo, más penetrante, más abstracto quizás al lado de la exuberancia del Mediodía, donde hay más sol y alegría, por lo general, los mismos sentimientos animan á

la nación entera, y los mismos caracteres se hallan por doquier.

En cuanto á la música, es imposible dejarla á un lado, ya que está ligada con la poesía, de que es sostén y acompañamiento. Si bien muy sencilla, sin grandes artificios, es siempre muy sostenida y cadenciosa, cada género tiene un ritmo muy determinado que se marca, no obstante la diferencia de las melo-

días; para el baile, la bandurria se une á la guitarra, pues también se baila la seguidilla, reminiscencia de los tiempos antiguos en que las tres artes se aunaban. Las

seguidillas tienen un ritmo alegre y rápido, y en sus notas ninguna monotonía; al contrario de las malagueñas son vivas y alegres, con cierto acento de bolero ó de fandango en su compás.

Sobre aquellos aires más ó menos clásicos, se improvisan las palabras. Los días de fiesta, en las alegres reuniones del Domingo, cuando

reina el júbilo y el amor se despacha á su gusto, el estro poético estimula al pueblo; y cuando ya cansados de bailar paran los paillos, y se dejan á un lado los tamboriles, las arrogantes bailadoras que, el puño en la cadera, erguida la cabeza, con una mueca desdeñosa en sus labios de carmín, acaban de cautivar á algún majó, van á descansar y á oír las exclamaciones de amor, los gritos de admiración que levantan á su alrededor su talle esbelto y combado, su gracia suelta y lenta. Entonces, circula de mano en mano la guitarra, y cada uno canta á su vez. Aquél cuyo corazón rebosa, se levanta y dice los sentimientos que le embargan, los pensamientos que le animan; se dirige á aquélla á quien ama, exalta los acontecimientos del día ó el héroe de la fiesta, y, á veces, cuando uno de



ellos ha sabido dar en la nota justa que se armoniza con toda la asamblea, cuando las vibraciones de su alma han sabido corresponder con las de los oyentes, la copla se dice otra vez, se repite, y « volando de boca en boca, Dios quiere que viva siempre ». La mayoría de los cantares hablan de amor; sin embargo, muchos abordan cualesquiera temas, pues este pueblo poeta, sea cual fuere la ocasión, sabe siempre hallar alguna idea original, ó cuando menos chistosa.

Sumamente difícil fuera hacer una verdadera clasificación de las coplas, ya que todos los sentimientos del alma, todas las condiciones humanas se expresan en ellas; pero en fin, agrupándolas con cierta amplitud, se pueden dividir en lastimeras y alegres, religiosas, morales y filosóficas, y por último amorosas, con todas las pasiones que con ellas se relacionan.

Antiguamente, había también las estudiantinas, pero desde que desaparecieron aquellas corporaciones, sus cantos también desaparecieron. Por lo general, eran coplas cómicas sobre las condiciones de su existencia y la pobreza del estudiante:

Tres meses ha que no como;
Me tiene abatido el hambre;
Me pongo en las piernas plomo,
Porque no me lleve el aire.

Es curioso notar que, en esta clasificación, no hay por qué intercalar la poesía burlesca; hay coplas chistosas, « saladas », como dice el Español, mas no realmente cómicas, como parecería exigirle una obra popular; en el fondo, el Español es grave, no tiene el genio

bufón, pese á la exuberancia abiertamente manifiesta en las coplas meridionales. También son muy escasas las coplas descriptivas; si el Español disfruta de la naturaleza, es en su interior que la contempla, en el bienestar que le dan los cálidos rayos del sol, ó el resplandor y el perfume de sus flores, es en la expansión de su actividad propia que la comprende; entonces cantará su dicha, la alegría que tiene de vivir para amar, pero sin atribuir tal bienestar á las bellezas cuyo encanto siente.

En una palabra, sus pensamientos son más bien subjetivos y se concentran en él mismo; el objetivo en él se confunde con los sentimientos que necesita desahogar exteriormente, y cantar cual el pájaro en la enramada.

Las coplas lastimeras y tristes son más especialmente peculiares á las malagueñas; su carácter parece ser herencia del Moro. Setecientos años de dominio no han podido quedar

sin rastros en el suelo español, y las quejas que el Arabe deja

oir sobre las arenas del desierto, aún tienen su eco en la tierra andaluza, con los ayes dolientes y lúgubres de sus malagueñas. Comienzan por gemidos modulados é interminables, que poco á poco se apagan, cual largo suspiro, para empezar de nuevo; luego, de repente, el alma que así gime principia á contaros sus penas, y con voz vibrante deja desbordar su dolor en quejas amargas, para volver después á sus ayes desesperados. Nada más triste que aquellos cantos oídos en lontananza; infunden al corazón no sé qué melancolía, compuesta de extraña tristeza, común á los



Aragón.

países ardientes de la pesadez y la serenidad de la naturaleza parecen embotar el alma:

Al dolor y á la esperanza
Los encontré en mi camino
La esperanza me dejó
Y el dolor sigue conmigo

En lo profundo del mar
Voy á sepultar mi pena,
Porque mi pena es tan grande
Que ya no cabe en la tierra.

A una piedra de la calle
Fui y le conté mi dolor;
Mira lo que le diría
Que la piedra se partió.

Tristeza me ponen triste,
Tristeza salgo á buscar;
Veremos si con tristesas,
Tristeza podré olvidar.

Casi se podrían relacionar por el ritmo los cantos flamencos con las malagueñas; un tanto semejantes á los lamentos orientales, tienen, empero, algo más rudo, menos monótono, y por lo general las canta el pueblo bajo, los gitanos; para conservar su carácter, exigen voces duras é incultas, sonidos contrariados y salvajes.

Las coplas que inspirara la fé, sin ser muchas, son, empero, muy difundidas. Es, sobre todo en los días de gran solemnidad religiosa, cuando la deja desbordar el pueblo, al paso de las procesiones. Las de Semana Santa ofrecen ocasión propicia para las efusiones religiosas. En Sevilla, por ejemplo, cuando, de vez en cuando, los que llevan aquellos inmensos pasos de madera labrada (escena de la Pasión de tamaño natural) descansan de su pesada carga dejándola en el suelo, cuando ha callado la charanga, y que sólo siguen lloviendo las flores desde lo alto de los balcones sobre la Virgen y los Santos, entonces se alzan voces que salen de la

muchedumbre, y cantan, con tono flamenco, coplas al Crucificado, á la Virgen, á los Apóstoles:

Hermosa como ninguna
Purísima Concepción,
A tus pies tienes la Luna,
Sobre la cabeza el Sol,

El Viernes Santo, á las dos de la madrugada, al salir la procesión de la Macarena, la más popular de todas las cofradías, son manifestaciones de un entusiasmo desbordante, de verdadero delirio religioso. He visto á algunas gentes del pueblo, cantando á la Virgen, fijos los ojos en los suyos, iluminado el semblante en éxtasis de amor. Las fiestas de Navidad dan también origen á aquellas improvisaciones, que tienen el candor medioeval, y hacen pensar en la sencillez de los milagros y de los misterios, unida á la efusión espontánea de un corazón lleno de fé:

Lo ha dormido entre sus
[brazos
Aquella que lo parió,
Y su canto era tan dulce
Que pudo dormir á Dios.

Por lo general, las cuartetos religiosas ex-

presan más bien admiración, ternura y éxtasis, sin profundidad en su concepto, sin gran horizonte intelectual. La fé española, sincera é inquebrantable, se fija en las manifestaciones exteriores, en las formas y en su belleza más bien que en su principio.

Entre las « coplas filosóficas » y « morales » se halla un verdadero código de consejos y de verdades que, difundidos así en el pueblo, deben á no dudarlo mantener en él el culto de la verdad, del bien y de lo bello. Unas se refieren á las facultades del alma, á los peli-



Murcia.

gros de la vida ; otras nos enseñan el camino de la virtud y la derecha del corazón, al condenar el vicio y las pasiones. Muchas hasta han llegado á ser proverbios, refranes, circulan entre el pueblo que las repite á cada paso, sin guitarra ni melodía. ¿ No es éste el mejor medio de hacer brotar las ideas grandes y nobles, de mantener en el ánimo ardiente y violento del Español el culto á la virtud ? He aquí algunas cuartetas que resultan del análisis del alma humana hecho por el pueblo, de la continua observación de los hombres entre sí ; demuestran cuan difundido está el sentido común entre el vulgo, cuan psicólogo es el ojo humano sin haber estudiado las profundidades metafísicas, y, por último, cuan poca erudición hace falta para conservar la derecha del corazón, único camino que conduce á la verdad :

Si á cada cual en la frente
Le escribiesen su aflicción,
Muchos que nos dan envidia
Nos darían compasión.

Mis amigos me desprecian
Porque me ven abatido ;
Todo el mundo corta leña
Del árbol que está caído.

Nada contiene el mundo
Que sea durable,
Excepto la inconstancia,
Que es la constante.

El tiempo y la ilusión
Son dos amigos fieles ;
Despiertan á los que duermen,
Y duermen á los que velan.

Caminaba la ausencia
Por un camino,
Y el olvido seguía
Sus pasos mismos.

Como las esperanzas
Son los laureles,

Que sin dar fruto á nadie
Siempre están verdes.

De las potencias del alma
La memoria es la cruel,
Pues que causa el mayor mal
Recordando el mayor bien.

Al lado de estas cuartetas filosóficas y morales, que bajo una forma más ó menos

adornada de imágenes encierran verdaderos preceptos, las hay menos graves que ocultan, empero, observaciones muy ingeniosas, y denotan una verdadera inclinación al sarcasmo y á la sátira :

La mujer es un conjunto
De malo y bueno ;
En su postrera obra
Dios echó el resto.

El demonio son los hombres,
Según dicen las mujeres ;
Y están deseando algunas,
Que el demonio se las lleve.

Mi suegra me quiere
Porque le guardo el tejado ;
No sale la pobre vieja
Las tejas que le he quitado.

En el reloj del mundo
Suena la hora ;
Amor es la campana
Y el diablo la toca.

Granada.

Al lado de meras manifestaciones de la fé y de principios morales, las coplas, en su conjunto, ofrecen otra categoría de estudio. Forman un compendio de las costumbres españolas ; nos hacen tocar con la mano los mismos hábitos del pueblo, poniendo á la luz del día el fondo de su corazón y de su inteligencia. Innumerables son las coplas amorosas, y nos hacen asistir á aquella constante novela de la humanidad entera, es muy cierto, pero que se hace más armoniosa y sincera bajo los ardientes rayos del Mediodía, bajo los cielos que permanecen eternamente azules. Como quiera que el amor no tiene leyes, y que los más enamorados son los más locos... no haré distinciones en aquellas coplas sin fin que emanan de todas las profundidades del corazón, ya que



Es amor una senda
Tan sin camino,
Que el que va más derecho
Va más perdido.

Tengo á la vista centenares de coplas, donde el amor aparece bajo todas sus formas. ¿ No es preciso

Que las nubes lloren,
Que el sol brille,
Que los viejos se quejen
Y los juvenes amen ?

Y todos los Españoles aman, y todos han hablado del amor, ora solitarios al pensar en su novia, ora cuando al anochecer se van á cantar debajo de su ventana :

A media noche, tus ojos
Se asomaron al balcón ;
Y al verlos, cantó el sereno :
Es media noche y hay sol.

Los ojos de mi morena
Son lo mismo que mis males ;
Grandes como mis fatigas,
Negros como mis pesares.

¿ De qué serviría citar más coplas ? no hay sino las que expresan el éxtasis amoroso, la admiración exaltada ; mas aquella admiración da origen á su parásito inevitable : los celos, terrible pasión que nace del amor y que con él crece. Nadie es más celoso que el Español, porque nadie es más violento en su pasión, más ardiente en sus afectos, para los cuales no puede soportar la menor contrariedad, el menor enfriamiento :

Desempedraré tu calle
Y la cubriré de arena,
Para mirar las pisadas
De los que rondan tu reja.

Por último, al lado de tantos verdaderos afectos, de lazos tan firmes, de tantos celos y cólera, se alza el desprecio y todas las pasiones que tiene el amor en su cortejo : acá echada por tierra lo que más allá exaltaba, arrastra en su odio lo que desecha en su amor, entregándose á todas las contradicciones, á todas las locuras, cuya causa es aquella pasión, locuras que hasta la poesía admite en sus dulces armonías, porque vienen del corazón del hombre y de sus más hondos dolores.

Más tarde, cuando la civilización habrá invadido al mundo, que España se habrá transformado, y que el novio no irá ya á afrontar la intemperie de las estaciones para velar debajo de la ventana de su prometida, en

tonces, al abrir el libro de los Cantares, se hallarán las antiguas costumbres de el amor, rebosando del corazón, no podía quedar encadenado, sino que, impaciente y lleno de ardor, iba á cantar de noche, cual Romeo ó Don Juan cerca de Julieta ó de Elvira. Durante días, seguí en Toledo la novela de dos enamorados. Todas las noches, en una de las calles próximas á la inmensa Catedral, « él » venía hacia las diez ó las once oculto bajo larga capa y ancho chambergo : primero llegaba lentamente, luego se apresuraba al acercarse, deslizándose siempre á lo largo del muro, para que su sombra ni siquiera turbara la pura claridad de la luna que inundaba la calle. A veces, aguardaba largo rato, paseando de acá para allá, hasta que, por fin, un ligero estremecimiento de la ventana y una blanca mano que pasaba entre los barrotes, le avisaba que todos descansaban, y que « ella » le aguardaba para hablar de su amor ; y la plática duraba tiempo, oía yo el murmullo de las voces sin distinguir las palabras, pero para saber lo que decían, no tenía más que abrir el libro de los Cantares, pues el lenguaje que se desliza entre los negros barrotes, se sorprende al paso en las coplas que canta la nación entera, eco de cada cual en particular, que llega á ser la voz de todo un pueblo :

ELLA

Fuiste mi primer amor,
Y me enseñaste á querer,
No me enseñes á olvidar,
Que no lo quiero aprender.

EL

Tú tienes mi corazón,
El tuyo me lo has de dar,
Que el que roba corazones
Con el suyo ha de pagar.

ELLA

Suspiros que de mí salgan,
Otros que de tí vendrán,
Si los suspiros se hablan
Qué de cosas se dirán !

EL

Si en las noches de mi ausencia
En tu reja sientes ruido,
Es que van á saludarte
Amorosos mis suspiros.

Así es que, las noches en que estaba ausente, oía yo en lontananza hasta muy tarde, en la noche, un aire de guitarra, una melodía lánguida y triste, mientras que en la ventana enrejada, una sombra clara escuchaba in-

móvil al que así hablaba de lejos. ¿Qué fué de ellos? No lo sé. Durante dos días, « él » no vino, y yo huí lejos de Toledo y de su cuadro antiguo, lejos de sus ruinas y de sus bellezas que me arrojaron, pero había sido testigo de la historia de cada día, de la novela que cada noche se renueva en las estrechas y sombrías calles de la poética España.

Y, en breve, cuando ya no exista la España de hoy; cuando hayan transcurrido los años llevándose consigo los últimos vestigios de la personalidad del pueblo, para

transformarlo según la fórmula uniforme de la civilización moderna; cuando se haya vuelto artificial, esclavo del dinero y sujeto á las máximas que agotan el arranque espontáneo del corazón; entonces se buscarán los sentimientos verdaderos y sinceros, y los hallarán escrito de manos de un pueblo ignorante en el libro de los Cantares. Quizás, entonces, como á todo lo que ya no existe, se le echará de menos, pues así está hecho el mundo: ¡desprecia lo que posee, y siente lo que ha perdido!

(Ilustraciones de Falgás.)

MIRANDO AL CIELO



Bajo la fronda de la verde copa
Del almendro que crece en la terraza,
Vocinglera y vivaz cubre la herbaza
De pajarillos la parlera tropa.
Tiende el turbión su mortecina hopa
En las tinieblas de la noche, y traza
Círculo de terror que despedaza
Con hirviente soplido lo que topa.
Al nuevo albor, los campos cultivados
Reflejan el color de los desiertos
Por diabólicos silfos azotados;
Y en la hojarasca del almendro, yertos,
Yacen los pajarillos esponjados
Con los turbios ojillos entreabiertos.

CESAR CANCIO



Iría al Silencio.....

A Joaquín V. González.

Padre nuestro que estás en las serenas
Cumbres de eternidad blanca y dormida,
Abuelo de las hadas y sirenas
Que fascinas el alma del suicida.

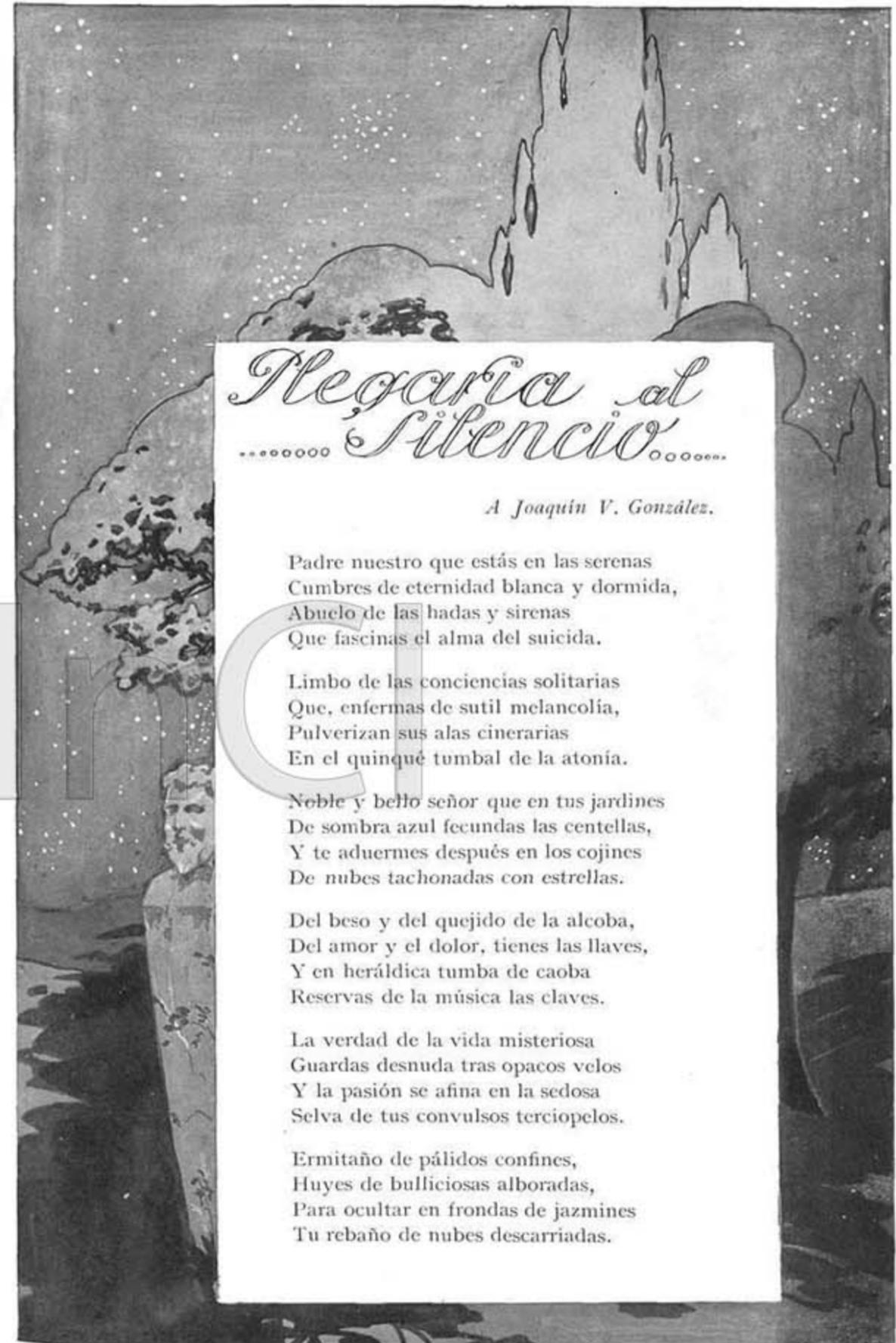
Limbo de las conciencias solitarias
Que, enfermas de sutil melancolía,
Pulverizan sus alas cinerarias
En el quinqué tumbal de la atonía.

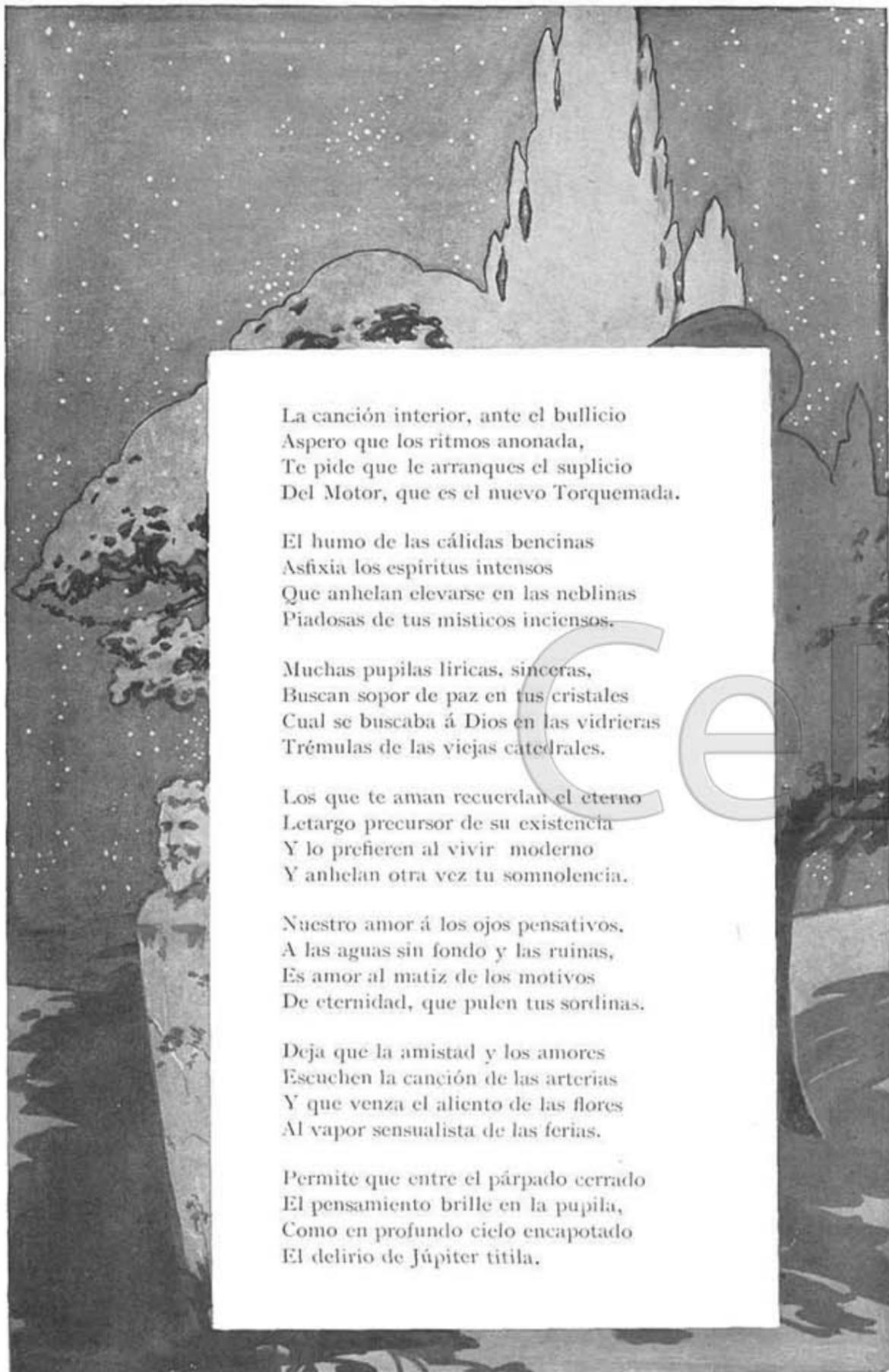
Noble y bello señor que en tus jardines
De sombra azul fecundas las centellas,
Y te aduermes después en los cojines
De nubes tachonadas con estrellas.

Del beso y del quejido de la alcoba,
Del amor y el dolor, tienes las llaves,
Y en heráldica tumba de caoba
Reservas de la música las claves.

La verdad de la vida misteriosa
Guardas desnuda tras opacos velos
Y la pasión se afina en la sedosa
Selva de tus convulsos terciopelos.

Ermitaño de pálidos confines,
Huyes de bulliciosas alboradas,
Para ocultar en frondas de jazmines
Tu rebaño de nubes descarriadas.





La canción interior, ante el bullicio
Aspero que los ritmos anonada,
Te pide que le arranques el suplicio
Del Motor, que es el nuevo Torquemada.

El humo de las cálidas bencinas
Asfixia los espíritus intensos
Que anhelan elevarse en las neblinas
Piadosas de tus místicos inciensos.

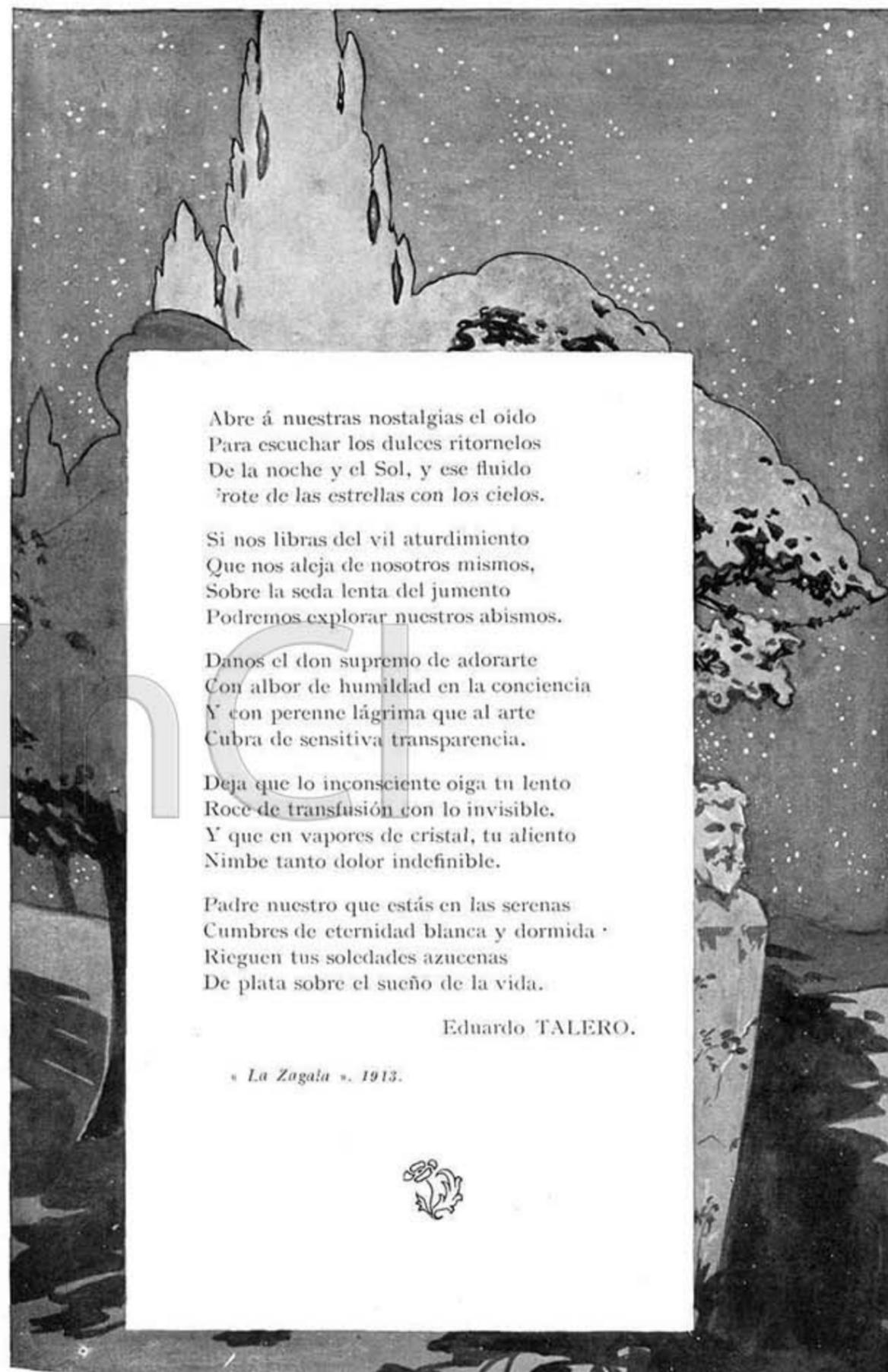
Muchas pupilas líricas, sinceras,
Buscan sopor de paz en tus cristales
Cual se buscaba á Dios en las vidrieras
Trémulas de las viejas catedrales.

Los que te aman recuerdan el eterno
Letargo precursor de su existencia
Y lo prefieren al vivir moderno
Y anhelan otra vez tu somnolencia.

Nuestro amor á los ojos pensativos,
A las aguas sin fondo y las ruinas,
Es amor al matiz de los motivos
De eternidad, que pulen tus sordinas.

Deja que la amistad y los amores
Escuchen la canción de las arterias
Y que venza el aliento de las flores
Al vapor sensualista de las ferias.

Permite que entre el párpado cerrado
El pensamiento brille en la pupila,
Como en profundo cielo encapotado
El delirio de Júpiter titila.



Abre á nuestras nostalgias el oído
Para escuchar los dulces ritornelos
De la noche y el Sol, y ese fluido
'rote de las estrellas con los cielos.

Si nos libras del vil aturdimiento
Que nos aleja de nosotros mismos,
Sobre la seda lenta del jumento
Podremos explorar nuestros abismos.

Danos el don supremo de adorarte
Con albor de humildad en la conciencia
Y con perenne lágrima que al arte
Cubra de sensitiva transparencia.

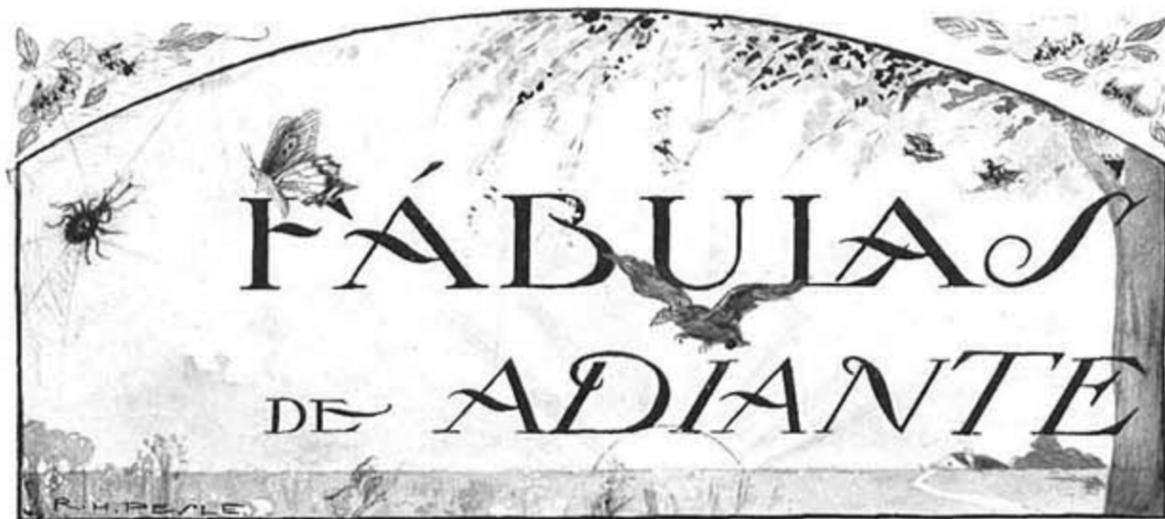
Deja que lo inconsciente oiga tu lento
Roco de transfusión con lo invisible,
Y que en vapores de cristal, tu aliento
Nimbe tanto dolor indefinible.

Padre nuestro que estás en las serenas
Cumbres de eternidad blanca y dormida
Rieguen tus soledades azucenas
De plata sobre el sueño de la vida.

Eduardo TALERÓ.

« La Zagala », 1913.





LAS DOS TEMERIDADES.

El sol rinde á las plantas. Los yerbazales, desfallecidos, se encorvan, queriendo beberse el agua de sus propias raíces. Millares de insectos se entregan zumbando al amor y á la matanza.

En su red, tendida de hoja á hoja, una diminuta araña vigila, prestas sus ocho patas, avizores sus ocho ojos.

Cae una mariposa, hay lucha, y la red se agita violentamente.

Pero la mariposa es demasiado grande, demasiado fuerte, y en uno de sus forcejos ha roto los hilos y ha escapado.

¡ Ha escapado por el cielo con la araña áuestas !

Y yo, conmovido, mirando á la desierta red, mirando al cielo, he dicho :

— ¡ La temeridad del loco !

Al poco rato, otro drama.

Un avispon zumba agresivamente, cazando para sus larvas.

De pronto, se lanza sobre una mosca vulgar y la hace presa, y se encorva encima de ella juntando el abdomen y el tórax, y la arranca patas y alas...

Y en esto, otra mosca vulgar, sin darse cuenta del peligro, viene á pararse junto al avispon, corriendo indiferente sobre los despojos de su compañera.

Yo me digo :

— ¡ La temeridad del imbécil !

Los hombres de ahora, sin dejar de ser muchas veces temerarios, deben librarse de estas dos temeridades. Pero antes deben ser temerarios locos, que no de la muchedumbre inmensa de los temerarios imbéciles.

EL GRITO DE LOS GRITOS.

Yendo por una arboleda, vi á un muchacho que subía á un olmo á robar nidos.

Las crías, asustadísimas, sacando del nido sus cuellos desnudos, sus ojos reventones, sus picos blandos, queriendo volar y no pudiendo, chillaban en su lengua :

— ¡ Madre ! ¡ Madre !

— ¡ Baja ! ¡ baja ! — dije al ladroncete, enseñándole los puños, mientras mi perro, cuello arriba, con cólera de mi cólera, le enseñaba los dientes. — ¡ Baja ! ¡ baja !

El muchacho, asustadísimo, bajó del olmo temblando, dentellando, desgarrándose la blusa ; echó á correr, llora que te llora ; creía que le seguían ; gritaba :

— ¡ Madre ! ¡ Madre !

Las crías gritaban :

— ¡ Madre ! ¡ Madre !

Los ecos repetían :

— ¡ Madre ! ¡ Madre !

Y yo, pobre de mí, viéndome sin más que mi perro en el mundo, pensé cerrando fuertemente los ojos para no llorar, pensé en el camposanto de mi aldea, y grité con la garganta desgarrada :

— ¡ Madre ! ¡ Madre !

LA VIBORA Y EL GAVILAN.

Una víbora duerme al sol. El gavilán la ha visto : se acerca, le da un alazo, la aturde, le rompe el cráneo, y se la lleva colgando del pico.

Cerca de la peña en que estaba la víbora, un padre mira fijamente á su hijo y, levantándose, con voz penetrante, le habla así :

« Ten un sentimiento vivo de la justicia ; que la justicia sea el motivo grande de la vida que te he dado, hijo de mi alma. Pero cuando veas que un usurero está á matarse con un picapleitos, ó un ama de rameras con un chulo, ó un rastacuero con un tacaño, ó un cacique con otro cacique, ó un vividor con otro vividor, no pienses que sus luchas á muerte tienen nada que ver con la justicia, y haz lo que hemos hecho ahora : ¡ Déjalos que se maten ! »

El gavilán se aleja con su víbora ; se aleja, se aleja ; y ya los dos enemigos no forman más que un mismo punto negro en el espacio.

LA MORAL DE LAS MORALES.

Una fuente sale dando un salto de la oscuridad de la tierra brilla, brinca, cae, se queja riendo, reposa un instante, bebo de su agua de un beso largo, veo en su agua las primeras estrellas del cielo, y tiembla, corre, ríe, se esconde, se le oye correr riendo, correr, correr...

Y viene la noche.

En medio de esta noche, mi alma fugitiva se mece al murmurio de esta agua, que baja por el monte, dando saltos de niño.

Yo quisiera ser como esta agua, que la beben y no se detiene á pedir que la paguen nunca, que crece sin volverse á pedir nada, que es fresca, limpia, inocente y segura de sí.

Yo quisiera ser como el arroyo, que no se vuelve atrás para saber quien lo ha bebido.

Yo quisiera bajar adonde tengo que bajar ; yo quisiera bajar como esta agua, recogiendo, tembloroso, las estrellas, las brumas y las flores.

¡ Qué bien mece á mi alma este murmurio alegre !

LA ENDIOSADA RANA.

Un filósofo errabundo, amigo de hombres

y de animales sin distinción de creencias, se paseaba lentamente bajo los astros.

Miraba al cielo, colgaba y descolgaba equis de los astros que veía, y también de los que no veía, y se reía en paz sobre su larguísima barba blanca, cuando en esto sintió que los pies se le hundían en algo blandengue.

Dejó al cielo en el cielo, apartó la barba á un lado, se miró á los pies, y pudo ver que los había metido en un fangal.

Entonces, siempre con su risa angélica, miró alrededor de los pies, y no vió sino fango ; y, sobre el fango, una rana incipiente que croaba exaltadísima.

— ¿ Qué haces ahí, con tanto cantar ? — la dijo el filósofo abocinando las manos.

— ¿ Qué hago ? — respondió la rana, inflándose por verse más grande en el fangal.

— ¿ Dices qué hago ? Miro en el brillante fango el firmamento ; miro la luna y las estrellas ; me miro á mí misma sobre todas las cosas. En cuanto cierro los ojos, todas ellas se van, para dejarme dormir ; en cuanto los abro, todas ellas, para rendirme culto, se vienen á mis pies, y canto. O qué ¿ te parecía que no tengo que cantar, viéndome rodeada de tantas maravillas hechas para cuando abro yo los ojos ? Dentro de poco empezará á rodearme el sol, y también cantaré. No hay como mi canto. ¡ Mi boca es grande !... Y tú barbotas ¿ qué haces ahí, con tanto mirar ?

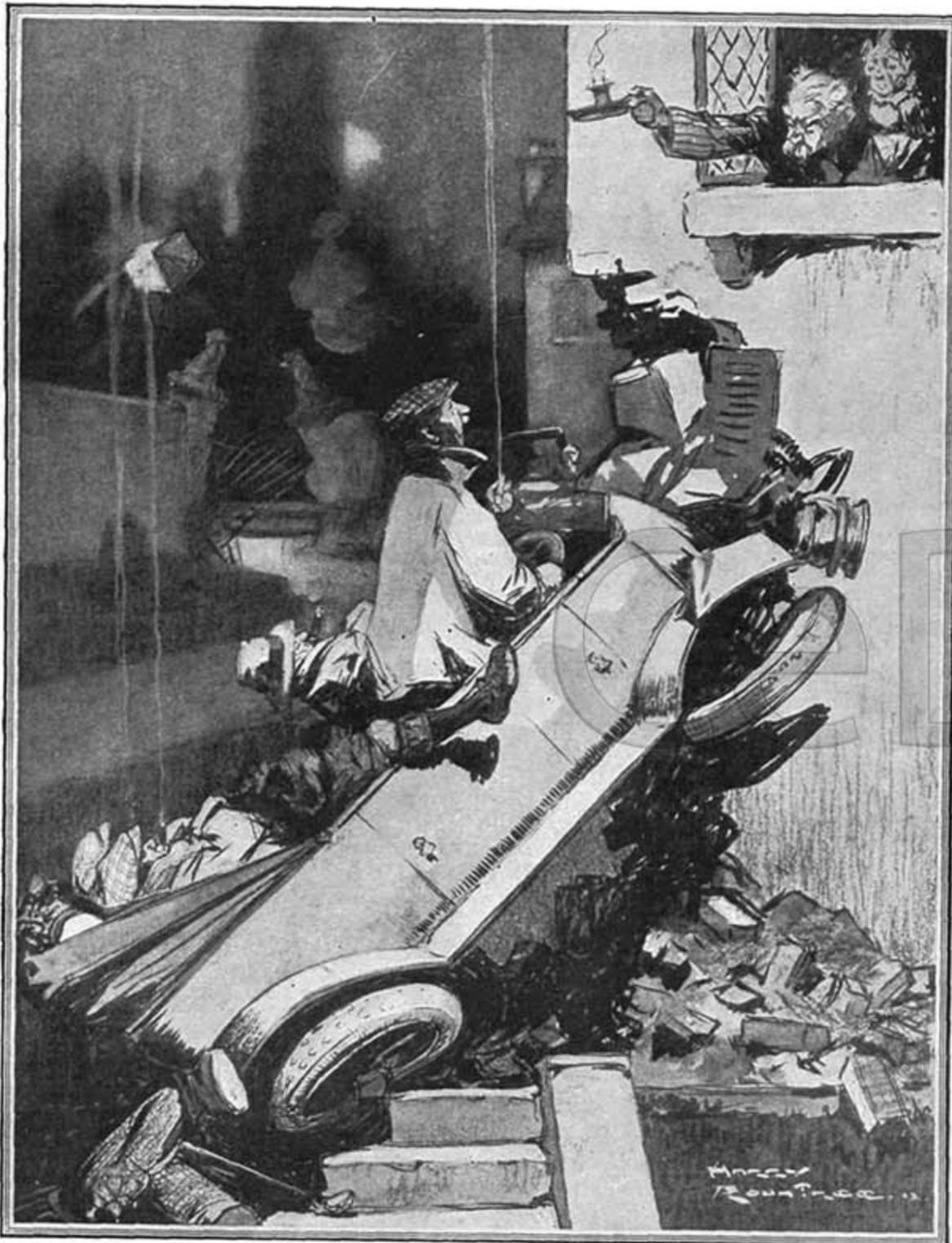
— ¿ Yo ? Rodearte.

— Me lo figuraba.

¡ Cuántos hombres y mujeres hay — dijo entre sí el filósofo, tapando con la barba la vista de los pies y descolgando una equis : — ¡ Cuántos hombres y mujeres hay, que hacen lo que esta reventona rana : ver lo de arriba mirando hacia abajo, creer que todo les rodea, achicar lo todo en su persona, endiosarse en su brillante fango !



CONTESTAR AL QUE PREGUNTA,
por HARRY ROUNTREE.



— Ud. dispense... ¿Sabría Ud. decirme si vamos bien para la calle de San Roque

(The Sketch.)



Al oscurecer, la horda hizo alto y acampó en el llano. Pero eran tantos, los emigrantes, que después de cerrada la noche llegaban todavía grupos de rezagados. Las mujeres dejaban los chiquillos que traían á cuestas, se echaban silenciosamente en el suelo, y se quedaban inmóviles. Los hombres se tendían sin soltar el arco, y formaban círculos alrededor de las lanzas clavadas en el suelo como en pabellón. Aquí y allá se encendían hogueras.

En su tienda portátil, hecha de pencas de palma, y que puesta en el suelo semejaba una choza, Titul Xiú estaba atento á las mil voces dispersas de su pueblo. Un gran penacho de plumas coronaba su cabeza sólida, cuadrada, con luengos cabellos y grandes orejas, de las que pendían dos discos de oro. En su rostro pintado de blanco y de vermellón, sus ojos negros brillaban con hierática luz. En su pecho, las cuentas de sus múltiples collares dibujaban policromas constelaciones. Titul Xiú callaba.

A su lado, tendida en un lecho de hojas tiernas de cocotero, Ajutla dormitaba ya. Llevaba tantos joyeles, tenía en la cara tantos dibujos, é iba peinada con tanta profusión de adornos, que, de no haberla conocido, la errante multitud la hubiera creído una diosa. Ya como tal la veneraban todos, por su dul-

zura, por su belleza, por el mágico hechizo de su mirada y de su voz. El cacique la oía respirar junto á su lecho, y con lentos ademanes imponía silencio á sus próximos servidores.

Pero un sordo clamor se elevaba del campo: una mezcla de voces, de lamentos, de choques metálicos y rudos, de chirridos. La horda estaba hambrienta. Hacía más de cuarenta días que caminaba anhelante, ora por arenales ardientes y páramos rocosos, ora por montes fríos y mesetas desoladas, sin encontrar apenas viviendas que pillar, ni frutas ó granos que comer, ni venados que perseguir. Hallar un arroyo era una algarrabía; dar con un galápago, era un festín. Los que guardaban aún harinas y frutas secas, las devoraban en silencio: los que cazaban un ave la presentaban á Titul Xiú, quien les daba siempre la mejor parte; los que alcanzaban cocos ó piñas vendían las cortezas, y ganaban con ello dijés de oro y cuentas de piedra; había mujeres que amamantaban á sus hijos, y se escondían para que no las vieran roer tallos y raíces; algunos lloraban; muchos merodeaban entre los dormidos; otros acariciaban la esperanza del sacrificio de un compañero para poder comer; todos estaban hambrientos, extenuados.

Venían de más allá de Taguzgalpa, del país de los lagos azules y de las rocas bermejas. Un viejo cacique les había echado de sus tierras, hacía años. Y, desde entonces, habían vivido como salvajes nómadas y sin patria, esperando en vano recuperar sus ha-

ciendas. En tanto, habían nombrado jefe á Titul Xiú, para que les aconsejara y les gobernara. Días de sequía habían venido, días de hambre y de desesperación. Titul Xiú les rogó tuvieran confianza en él, que él les haría dueños de un gran imperio. Pero era necesario sufrir todavía más, y empezar á andar al través de selvas, de montes y de desierto. Y así lo hacían.

Cada cual llevaba su hato á cuestas. Los siervos de Titul Xiú cargaban con la litera de Ajutla, y con los palos y ramajes de la tienda cacical, que ostentaba en lo alto, como divisa, el plumaje entero de un ave blanca, con las alas extendidas. Los viejos se envolvían en toscas mantas de algodón, y las mujeres en tejidos de hilachas de cacto. Los hombres no habían olvidado ninguna de sus armas: hondas, varas, arcos, espadas de pedernal, montantes, lanzas, rodela; ni tampoco sus atambores y bocinas, por si habían de entrar en algún pueblo como conquistadores. Pero las armas se enmohecían ya, y la vanguardia no tenía fuerzas para redoblar ni para soplar. Aquí, los niños, desnudos, estaban ateridos de frío; allá, las viejas adobaban trapos y penachos para cubrirse; acullá, los hombres discutían y se peleaban por un pedazo de torta seca, ó por un puñado de maíz.

Titul Xiú salió de su tienda y se quedó inmóvil, con los brazos cruzados. Las grandes plumas que coronaban su cabeza le servían de dosel, pues bajaba la frente, meditativo. Pensaba en su pueblo fiel, en su pueblo amado, que era su gloria y su orgullo. Y lo encomendaba á los auspicios de un dios, al que todos temían y adoraban, porque tanto podía colmarles de desgracias como de mercedes.

Prendidas en un velo de azur, tremolaban las estrellas. Un soplo constante de aire agitaba los penachos de la multitud, y avivaba las hogueras. Ya las gritas cesaban; ya los cuerpos rendidos se amoldaban al árido suelo. El silencio, nuevamente, se enseñoreaba del paraje. Pero no duró. Al eco de una palabra, la horda se levantó como un solo hombre.

— ¡ Agua ! ¡ Agua !

— ¡ Un cenote ! ¡ Dimos con un cenote !

Unos cuantos hombres se habían aventurado más allá, y habían descubierto un gran pozo. Después de apagar su sed, corrieron á avisar á sus hermanos.

— ¡ Agua ! ¡ Agua !

Era el grito de salvación. Si el hambre les hacía sufrir, la sed les torturaba. Hacía ya días que no habían encontrado fuente ni arroyo alguno; las escasas provisiones de agua se habían agotado. Muchos dormían



Cada cual llevaba su hato á cuestas.

con la boca abierta, para absorber el relente de la noche; algunos masticaban yerbas amargas, para engañar el paladar; otros se provocaban las lágrimas, y las dejaban resbalar hasta los labios. Era un suplicio la sed. Titul Xiú la soportaba también, mudo, paciente, absorto en la meditación.

Todos corrieron á la desbandada hacia el lugar del cenote. El tumulto fué rápido. Hubo dormido que se despertó á las múltiples pisadas de sus compañeros. Las mujeres tiraban de sus hijos, arrastrándoles. Los viejos, rezagados, lloraban de gozo y de pavor. La avalancha crecía como un torrente; la gritería era inmensa. El cacique se quedó casi solo. Entonces, despertó suavemente á Ajutla, y le preguntó si quería caminar hacia allá, hacia el pozo salvador.

— ¡ Mira como se van sedientos y alborozados !

Ajutla abrió los ojos, divisó apenas las estrellas, sonrió dulcemente, y se durmió de nuevo.

A la mañana siguiente, cuando el sol se elevó sobre el nuevo campamento, la horda prorrumpió otra vez en alaridos de gozo. Desde la meseta en que había pasado la noche, alrededor del cenote, divisábase un valle anchísimo, desnudo de vegetación, pero surcado por dos riachuelos que se unían hacia poniente. Junto á uno de esos brazos de agua, elevábase un cuerpo de cuatro edificios que semejaba una fortaleza; más allá veíase otro; y otro aun junto á un montículo; y uno también en el confin del valle, semejantes cada uno á cuatro sarcófagos colosales, dispuestos en cuadrilátero, islas de piedra macizas y amarillentas, surgientes en el desierto. Titul Xiú adivinó: eran los templos abandonados de Mictlan.

Y antes que el pueblo errante avanzara hacia ellos, dijo con firme voz, para que todos le oyeran:

— Este valle que contempláis es Mictlan, el lugar de la muerte, el lugar del reposo. Acercaos á él con respeto, con devoción, en silencio. No turbéis el sueño de los que descansan ahí. Pensad que tenéis ante vuestros ojos la ciudad de los suplicios eternos. Quienes llegan á ella, no regresan jamás. Es ésta la morada santa de Mictlan Tecuhtli, el dios del lugar del reposo.

La multitud, después de oír tales palabras, descendió al valle con solemne y devoto recogimiento.

Titul Xiú fué con ella, dando la mano á Ajutla, cuyos ojos estaban anegados de ensueño. Ambos pensaban en su cercano día de bodas. Y cada vez que se miraban, se

sonreían en silencio: él, con sus labios aureolados de vermellón; ella, con todo su rostro pintado de azul, de oro, de rojo y de blanco. Su pequeña boca se contraía bajo el arco fulgente que pendía de su nariz, y que acariciaba levemente su redondeado mentón. Y él combatió en su alma la tentación de estrecharla entre sus brazos, porque había prometido á Chac Mool, dios del fuego, que Ajutla no sería su esposa, sino después que su pueblo se hubiese aposentado como dueño y señor de la tierra misteriosa, á la que él le debía conducir. La prometida de Titul Xiú era hija de un poderoso cacique, al que la horda errante había combatido. Ajutla era todavía una niña, cuando fué presa en rehenes. Titul Xiú la encontró tan bella que la quiso para sí, prometiéndose que en su hora sería su compañera. Y, desde entonces, la tuvo siempre á su lado, adorándola como á una diosa, y ofreciéndole cuantos tributos y dones le prodigaba su pueblo.

— ¿ Dónde vamos ? — preguntó ella.

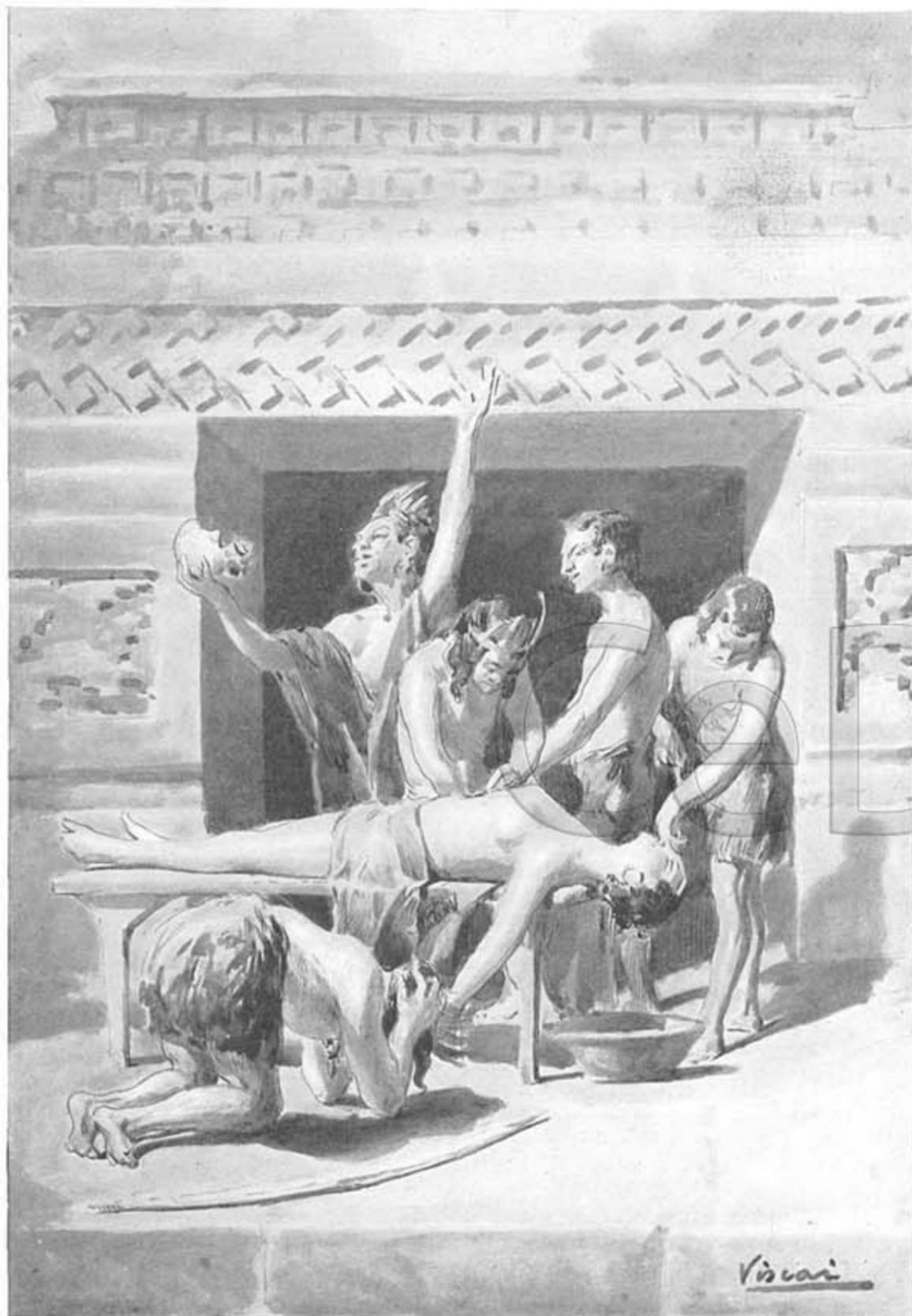
— Si en vez de conducir tantos hombres extenuados y tantas mujeres sin aliento, capitaneara un ejército apto para el combate, pediría á Chac Mool y á Mictlan Tecuhtli que me abrieran las puertas del Yucatán, para hacerte soberana de Chichen Itza, la santa ciudad del imperio maya. Pero no me es dable formular tal voto. Y ya que podemos consultar al gran sacerdote de Mictlan, no prosigamos sin saber de antemano lo que el dios nos reserva.

La horda no tardó en llegar, con gran temor y silencio, ante el mayor de los templos. Ya el sol tenía ardores tropicales, y enrojecía las grecas de los muros y las losas de las escalinatas. La multitud se posternó, con gran fervor, ante aquellas piedras sagradas, impenetrables al parecer. Titul Xiú y Ajutla se adelantaron hasta el atrio, besaron las losas, y se quedaron en oración. Entonces, por una puerta baja y oscura, apareció el gran sacerdote Usul, con un gran penacho de plumas blancas y una ancha túnica, blanca también. Sus largos cabellos canos caían sobre sus espaldas; en su frente pintada de azul había una estrella dorada; y con sus manos secas y amarillentas sostenía un cráneo lleno de grafías y dibujos misteriosos. Dijo Usul:

— Bienvenidos seáis al umbral de esta casa. Mictlan Tecuhtli no os olvidará. El velará por la paz de vuestros huesos, después de haberos protegido en vida. Pero decidme: ¿ qué ofrenda le traéis ?

Titul Xiú contestó:

— Somos un pueblo errante que busca aposento definitivo. Chac Mool se me ha aparecido y me ha prometido el dominio de una



Bajo el impávido sol, brilló el cuerpo virgen, con todo el esplendor de su belleza.

gran ciudad, que todos nosotros hemos de edificar. Hace ya largos días que caminamos á la ventura, sin otro sostén que la esperanza, sufriendo hambre, sed y fatiga.

El sacerdote le interrumpió :

— Desde nuestro santuario tenebroso os hemos divisado. No prosigas, Titul Xiú, pues sabemos perfectamente quienes sois y á donde vais. Pero Mictlan Tecuhtli exige de tí y de tu pueblo un sacrificio precioso, sin el cual moriréis en el desierto, como bestias hambrientas, sin protección ni amparo.

Y por la misma puerta aparecieron dos sacerdotes más, con largos cabellos negros flotando sobre sus túnicas negras, y sosteniendo cada uno, con sus manos rígidas, un gran montante de pedernal con gavilanes de oro.

Usul añadió :

— No os alejaréis de aquí, sin haber ofrecido á Mictlan Tecuhtli el corazón de Ajutla.

Titul Xiú besó los pies de Usul, y se quedó extático con la frente en las gradas de la escalinata. Ajutla, á su lado, abrió extrañamente los ojos; pero estaba inmóvil. El pueblo lloraba.

Y el sacrificio se cumplió. El gran sacerdote aplicó los labios sobre el cráneo que sostenía, y pronunció unas palabras rituales. En tanto dos hombres desnudos, completamente tatuados, trajeron ante la puerta del templo una recia tabla, con cuatro pies de metal y una cratera de piedra, en la que veíase, esculpida, la imagen del dios del lugar del reposo.

Sin decir palabra, Ajutla se desnudó. Titul Xiú no osaba mirarla. Y el pueblo seguía llorando, lleno de pavor y de religiosidad. Bajo el impávido sol brilló el cuerpo virgen, con todo el esplendor de su belleza. Sobre la pureza de sus líneas púberas, los collares y anillos y brazaletes refulgieron en gamma multicolor. Y sus párpados luengos apagaron el resplandor de sus ojos, cuando la multitud

dejó oír, en aquel trágico silencio, su unánime sollozo.

Titul Xiú seguía orando; el gran sacerdote también. Los dos hombres desnudos arrancaron los joyeles de la víctima, y los entregaron á Usul; después, tomando en brazos á Ajutla, la extendieron sobre la tabla y la rociaron con un óleo santo. Los dos negros sacerdotes levantaron sus armas. Y cuando una de ellas hubo truncado el delicado cuello, la otra partió el esternón con un certero golpe. Después, Usul avanzó su escuálida y huesosa mano dentro del pecho abierto, arrancó el corazón, palpitante todavía, lo puso en un vaso, y entró en el templo con los ojos cerrados, para ofrecerlo al dios terrible de las tinieblas y de la muerte.

Entonces, los otros sacerdotes cubrieron el cuerpo sangriento y mutilado con una estofa de púrpura, y se lo llevaron cantando alabanzas á Mictlan Tecuhtli, en cuyo seno reposaría para siempre la dulce, la bella, la inocente Ajutla. Pero antes, el pueblo quiso rendir un tributo de adoración á la que su cacique había escogido para ser su gloria y su galardón: unos rasgaban con furia su ya destrozada vestimenta; otros sacrificaban sus cabelleras; otros se arrancaban tiras de piel del brazo y de la cara; algunos se mutilaban las manos; un guardia de Titul Xiú hundió la lanza en el vientre de su primogénito.

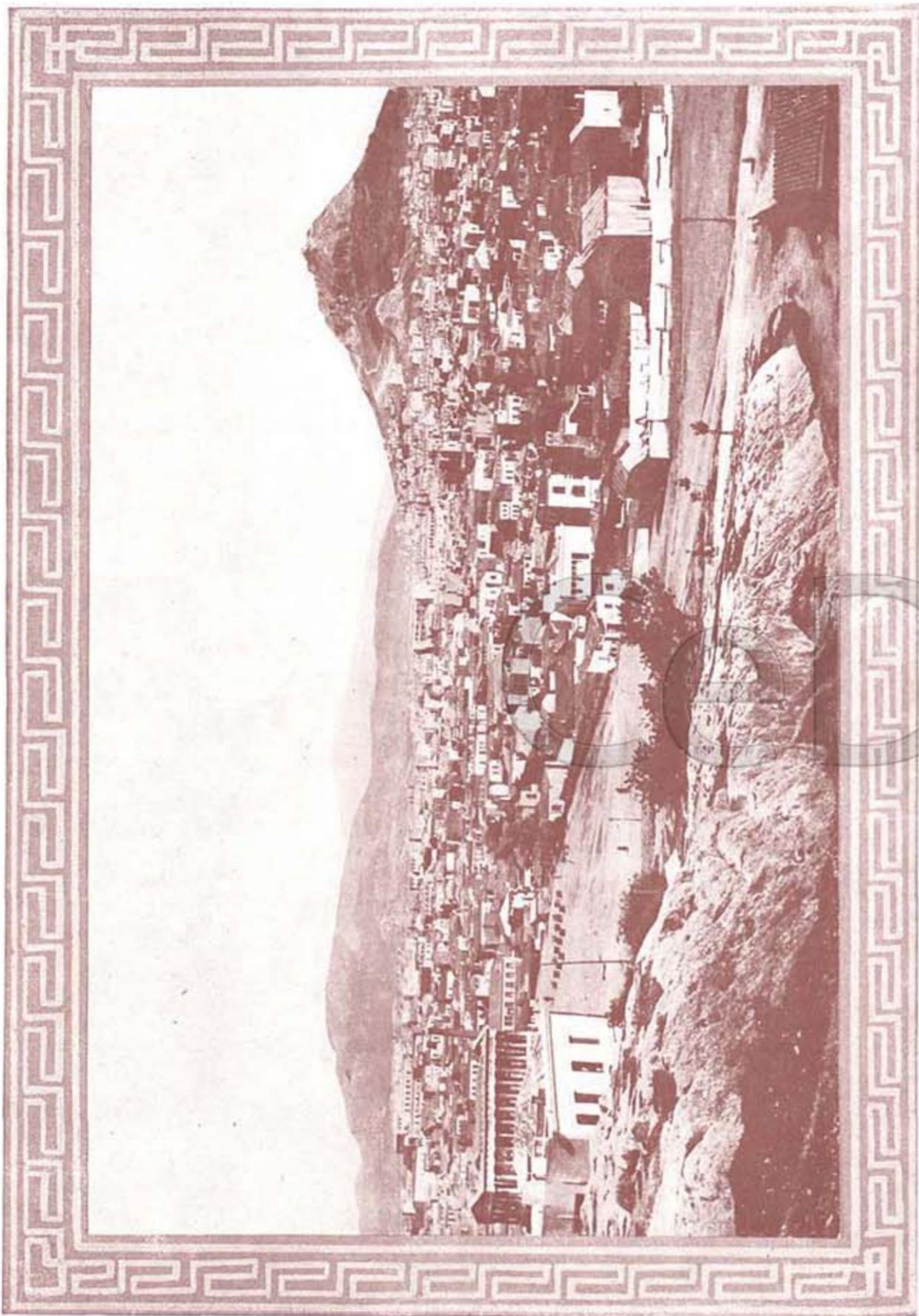
Los sollozos del pueblo llenaron el valle, pero nadie pudo sorprender una sola lágrima en los ojos de Titul Xiú, cuyo rostro, pintado de blanco y de vermellón, tenía la impasibilidad de un dios.

Años después, la gran ciudad de Uxmal, fundada por la horda errante, bajo la advocación del corazón de Ajutla, floreció gloriosamente con los auspicios de Mictlan Tecuhtli.

Alfonso Maseras

(Ilustraciones de Viscari.)





Por encima de los techos Romanos y sus torres, sus crecencias del Acrópolis.



« Atenas cambia, Atenas se transforma... Seis años hace que oigo decir esto. Y sin embargo, cada vez que la suerte me permite venir á pasar aquí un par de semanas, la divina ciudad me aparece siempre la misma. ¿ Qué importa, en efecto, que algunos grandes edificios nuevos levanten sus blancas fachadas en donde antes no se veían sino casitas vetustas?... ¿ Qué importa que las amplias avenidas extiendan de día en día, más lejos, sus verdes paralelas de tamarís?... ¿ Qué importa que muchos rincones de los antiguos barrios desaparezcan?... Atenas no tiene necesidad de ser, como otras capitales de Oriente, un lugar de pintorescas romerías. Su prestigio clásico en la pureza de su paisaje divino, bajo su cielo de eterna belleza, le basta. Y aunque un día, que todavía está lejano, las calles del centro la convirtieran en un «pequeño París», siempre, al abrir sus ventanas, los peregrinos apasionados del Atica podrían ver, por encima de los flamantes techos de pizarra, las líneas imperecederas del Acrópolis y las columnatas eternas del Partenón. « Yo no vengo aquí sino para contemplar ese espectáculo increíble » — decía, hace sesenta años, Ernesto Renán, deteniéndose, una tarde de primavera, ante el panorama sublime. Los demás peregrinos del Atica pensamos lo mismo cada vez que, en la penumbra ateniense, descubrimos á lo lejos las blancas siluetas milenarias. Entre las últimas llamaradas del poniente, el templo de la diosa se destaca, augusto y desventrado, cual si el incendio que consumió hace siglos su flanco santo volviera á encenderse un instante. Como yo vivo ahora en las tiberas secas de Hisos, entre el Stade blanco y la blanca Academia, no veo desde mi balconcillo ni los Propileos, ni el templo de la Victoria, ni el santuario de Erecto. Sólo veo el Partenón, sólo veo la

santa casa de Atenas. En la claridad agonizante, aún distingo su columnata incompleta. Y luego, cuando la sombra invade el espacio, cuando las cimas del Himeto se tornan tenebrosas, cuando en el cielo empiezan á parpadear las primeras estrellas, aún veo, si cierro los ojos, el edificio santo. Mas entonces ya no me aparece tal cual lo han dejado los siglos, sino tal cual lo vieron los contemporáneos de Fidias y de Aspasia; es decir, completo. ¡ Oh, la belleza de estas soñaciones nocturnas, durante las cuales el pasado augusto se convierte en realidad presente! Evocando una estampa hecha según los planos de Marcel Lambert, contemplo el Acrópolis en su animación juvenil de hace dos mil quinientos años, con las seis inmensas columnas de los Propileos, con la capilla armoniosa de la Victoria sin alas, con el Erecto, con el Partenón... Y, más arriba, veo á Pallas que, apoyándose en su lanza, domina la ciudadela, mientras el desfile infinito de los siglos va diciendo: ¡ Bendita seas, diosa de los ojos claros; bendita seas en tu eterno poderío y en tu divinidad eterna!...

Y cuando quiero abandonar mi excelso observatorio para vagar por las calles, cualquier camino me lleva á un lugar sagrado. Por ahí voy al templo de Teseo, que se conserva intacto en su majestad harmoniosa... Por el otro lado me encamino hacia el arco triunfal de Adriano bajo el cual pasaron las legiones... Por el costado opuesto llego á las ruinas soberbias del santuario de Júpiter... Luego, cuando el comercio de los dioses me cansa, no tengo necesidad sino de andar unos pasos por la vieja ruta del Pireo para hallarme en el cementerio del Cerámeco, entre los hombres de hace dos mil quinientos años. Toda la Atenas de Pericles y de Aspasia, en efecto, duerme aquí su sueño de mármol, sin quejarse, hablándonos siempre el sublime



Un rincón de la antigua ciudad bizantina.

lenguaje de la razón, del ritmo y de la belleza. Las inscripciones que grabaron los poetas en las piedras, en efecto, no lloran casi nunca, y cuando lloran, es sin gemir ni gesticular. « Aquí yace un hombre que se va del mundo lo mismo que vino » — dice un epitafio. Y mejor que las letras, las figuras de los relieves hablan, al que pasa, de resignación tranquila. « Detente, viajero — murmura cada estela — y contempla la última jornada de la vida ». Los muertos no son sino los supremos viajeros que se ausentan del mundo para no volver. A cada paso vemos aparecer á Caronte, impasible, en su actitud algo desdeñosa y algo fatigada. Su barca tiene, en la proa, un ojo abierto ante el infinito. Los que han de atravesar el Aqueronte, se embarcan, sin repugnancia siempre, á veces sin dolor, á veces con alegría. « Triste servidor de Plutón — dice el Diógenes de Leónidas de Tarento — recibeme en tu esquife aunque ya esté cargado de sombras : lo que llevo como equipaje, es mi lámpara y mi frasco de aceite ». Los que se embarcan entristecidos, no sienten temores tenebrosos de un más allá de misterio. Lo único que les apena, es tener que renunciar á la vida y á sus placeres. Entre los epigramas funerarios de la Antología, que forman como un cementerio ideal

con tumbas de los cinco grandes siglos griegos, hay epitafios que rien y epitafios que lloran ; pero no epitafios desesperados. « La espera de la muerte — dice Paladio — es una dolorosa ansiedad, de la cual sólo la misma muerte nos libra. No lloremos, pues, á quien sale de la vida, ya que después de la tumba no hay sufrimiento ninguno ». El sufrimiento está en abandonar lo que se ama. Mas esto mismo tiene su dulzura. En el Reproche á Mimnermo, Solón dice : « Que la muerte no venga sin hacer derramar algunas lágrimas, y que mis amigos, al verme partir, se entristezcan y lamenten ». Sólo que esta consoladora tristeza debe ser majestuosa, tranquila, digna.

¿ Qué no es digno en Atenas ? La misma ciudad moderna tiene una gracia harmónica, que no existe en ninguna otra capital del mundo. Los arquitectos venidos del occidente con ideas bárbaras, pueden tener proyectos sacrílegos ; los ingenieros del norte pueden traer concepciones de utilitarismo delictuoso ; los mismos griegos de almas de mercaderes pueden pensar en hacer de su suelo sagrado un nuevo Manchester millonario. Eso no importa. Apenas á la sombra del Partenón, las líneas se afinan. El milagro eterno de Palas, que antaño hizo brotar un



Uno de los monumentos del Acrópolis.

olivo en una roca, hace ahora surgir una ciudad escultural en un campo trazado por albañiles modernos. Hay que ver desde las alturas del Acrópolis la metrópoli nueva de Grecia, para darse cuenta de su singular elegancia dentro de su odiosa simetría. Las amplias avenidas extienden sus líneas paralelas de un extremo á otro, sin desviarse en ningún punto. Las manzanas, todas iguales, son de una uniformidad matemática. De trecho en trecho, un jardincillo pone una nota verde en la implacable blancura del conjunto. Porque la capital del rey Jorge es blanca sin mancha, blanca como un juguete nuevo, blanca cual las aldeas árabes, que esconden su pintoresca sordidez bajo la cal immaculada, blanca, marmórea y reverberante. El mismo asfalto de las calles está cubierto por una capa de polvo, que brilla bajo el sol, como las arenas liliales de la playa faleriana. Y se ve que todo es nuevo, que todo está recién hecho, que todo acaba de ser pulido por los albañiles. En ninguna parte surge la huella del tiempo. Las casas más antiguas cuentan medio siglo. Los árboles de los bulevares apenas han tenido tiempo de acostumbrarse á un suelo tan seco. Pero todo esto, que en otro país chocaría con su americanismo tirado á cordel, aquí corresponde á

la más sagrada tradición. La Atenas de Otto I, en efecto, fué hecha del mismo modo que la Atenas de Pericles. Los que tienen frescas sus lecturas universitarias, lo recuerdan doctamente, diciendo : « Entre los antiguos, las poblaciones no se formaban con lento y natural desarrollo. En un solo día se señalaba el lugar del templo conforme á las indicaciones del oráculo, y se marcaban los límites de la ciudad. Antes que las leyes, se hacían los planos urbanos. El mismo Licurgo no pensó en legislar, sino después de haber delineado los barrios de su Esparta ». Los barrios de la Atenas actual fueron delineados por arquitectos de la Alemania católica, traídos por la reina Amelia, y deseosos de probar la supremacía del gusto germánico. En medio pusieron una plaza con un edificio muy grande. De esa plaza, como del eje de una rueda, hicieron partir los radios principales de la vida municipal. Y para demostrar que, aunque bárbaros, sabían respetar el recuerdo de la antigüedad, bautizaron las calles nuevas con nombres antiguos. Los atenienses, luego, se encararon de poblar de palacios esas calles.

Y no hay que decir que tales palacios son odiosos. ¿ Por qué han de serlo ? ¿ Porque están al lado de las ruinas antiguas ? Al

contrario. La suprema perfección de lo clásico les da un prestigio que en otra parte no tendrían. Cuando todo un pueblo ve en un motivo arquitectónico la expresión propia de sus ideas estéticas, ese motivo toma la importancia moral de un sentimiento religioso. Las columnas del museo Nacional, aun siendo copias de antiguos y bellos ejemplares, no serían sino un remedo. Mas cuando esas mismas columnas aparecen repetidas en cada esquina; cuando las vemos, menos numerosas pero no menos sencillas, en la fa-



El templo de Tesco, intacto en su majestad.

chada de la Universidad; cuando las volvemos á ver más altas en el frontón de la Biblioteca; cuando aparecen á nuestra vista en la logia superior de la Escuela Politécnica; cuando las encontramos al subir la escalinata del Congreso; cuando las descubrimos, á través de las enramadas del jardín regio, en la terraza de Palacio; cuando aun en las casas particulares y en los edificios comerciales se yerguen, siempre esbeltas, siempre blancas, siempre puras, no podemos dejar de estimarlas en conjunto. Sus propias proporciones discretas las hacen amables. Se ve que no quieren rivalizar con sus divinas abuelas del Partenón, ni aun con sus hermanas modestas de Corinto. Lo único que desean, es que no se les niegue el abolengo. «Somos vástagos degenerados de la gran estirpe — parecen decir — somos humildes descendientes de una familia sagrada. Nuestro nombre nos pesa. Cuando los que bajan del Acrópolis nos contemplan, comprende-

mos que nos desprecian.» Y esta misma humildad les concede un derecho sagrado á la admiración y al respeto.

Y lo que pasa con la ciudad, pasa también con sus pobladores. Los que comparan á Palamás con Homero, á Nirvanás con Esquilo, á Venizelos con Pericles, exclaman:

— ¡ Oh, diferencia!

Pero, cuando huyendo de comparaciones de valores absolutos se analiza simplemente el alma eterna de la raza, se comprende que esta gente de hoy, aun degenerada, aun em-

pequeñecida, es la misma gente de ayer. Si; la Grecia actual es la Grecia de antaño, y los griegos modernos son los griegos de siempre. En la guerra de Macedonia podrían encontrarse ejemplos de heroísmo, que hacen pensar en las hazañas de las Termópilas. Permitidme que os recuerde uno de ellos.

Al principio de la guerra, los defensores de Janina no eran sino 17.000. Luegon fueron más de 50.000. Todos los soldados que pudieron huir, con sus armas, después

de las derrotas de Monastir y de Florina, se refugiaron en la gran fortaleza. Y los griegos, que sabían, sin embargo, lo imposible que era tomar la ciudad sitiada por asalto, se consolaban de su larga campaña de pacientes sitiadores, realizando actos de arrojo dignos de ser cantados por Homero. El telegrama de Atenas, á que me refiero, nos relata uno de estos actos.

El teniente Kalaris — dice este telegrama — hallábase en la tienda de campaña de su padre, el general Kalaris, herido de cuidado. Las noticias de las acciones llevadas á cabo por sus compañeros de la tercera compañía del séptimo regimiento, aumentaban hora por hora su fiebre. «Curadme pronto — decía al medico — curadme pronto, porque no quiero dejar que mis soldados peleen sin mí».

Al cabo de una semana de cama, como los boletines anunciáranle un combate terrible, decidió volver al frente de sus tropas,

sin esperar que sus heridas se cicatrizaran. El médico, consultado, declaró que de ninguna manera podía consentir en tal locura.

— ¿Qué hago? — preguntó el teniente. Y su padre, el general, contestóle:

— Haz lo que te ordene tu corazón de soldado.

En el acto, el oficial montó á caballo y, lleno de entusiasmo, lanzóse á la pelea. Una bala le atravesó la frente. Cuando el coronel del regimiento se presentó al general Kalaris para anunciarle la muerte heroica de su hijo, el viejo héroe homérico exclamó:

— ¡ Que traigan su cadáver!

Y al encontrarse ante su muerto adorado, hablóle de esta manera:

— El día de hoy, hijo de mi alma, es un día de luto para el padre; pero es un día de regocijo para el general. ¡ Teniente Kalaris, no habéis hecho sino vuestro deber! ¡ Que vuestra memoria sea honrada!

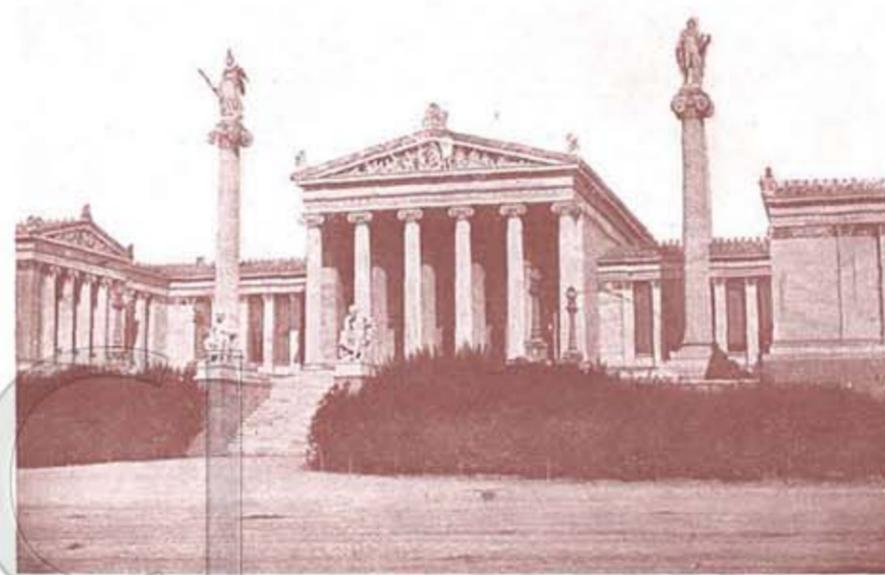
Luego, como el coronel le dijera que acababa de hacer un gran sacrificio, contestóle:

— No hay grandes sacrificios cuando se trata de servir á la patria.

Ahora bien, los que así hablan, los que así luchan, los que así mueren ¿son ó no son dignos descendientes de los griegos de la antigüedad? Yo, en mi ánima, aseguro que no encuentro en la Iliada ningún rasgo más bello que el de este viejo guerrero, que grita de regocijo y de orgullo ante el cadáver del joven héroe caído ante los muros de la nueva Troya.

Y si de los campos de batalla nos llegan acentos épicos de la calle y de las plazas suben hasta nosotros, en Atenas misma, otros rumores que parecen venir del fondo de los siglos. Todos esos hombres que peroran y gesticulan en las terrazas de los cafés, tienen el alma aventurera de Ulises y de Jason. Todos son conquistadores de vellocinos reales ó ideales. Interrogadles uno por uno y veréis que, ó vuelven de algún pueblo lejano, ó se preparan á embarcarse. Salir del pueblo,

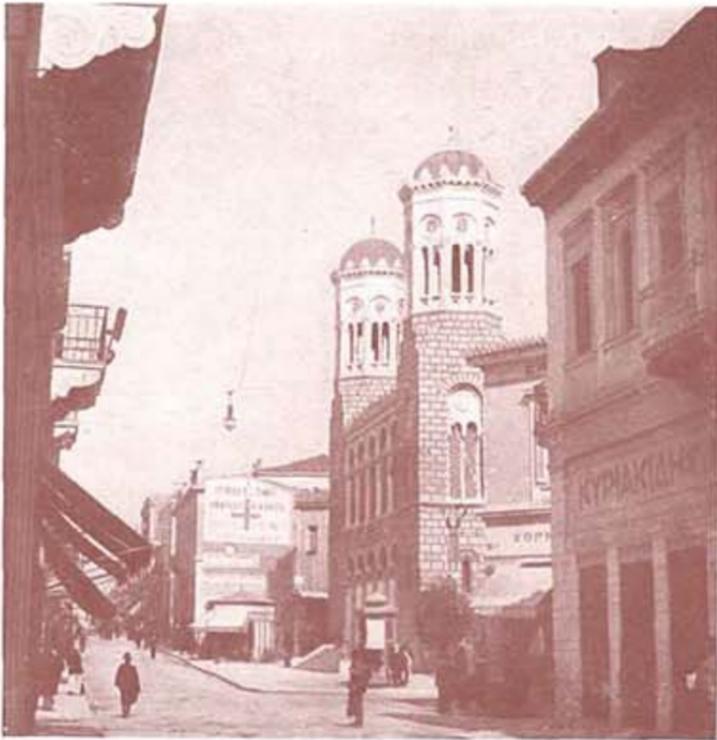
salir del país, cruzar los mares, ver naciones nuevas, oír palabras desconocidas, aguzar el ingenio para abrirse paso, ganar dinero, escribir á los amigos que se quedan en la patria contándoles sus personales odiseas, soñar en la admiración que sus parientes tendrán por ellos cuando les vean regresar llenos de oro: tales son los ideales de los buenos hijos de Ulises. Pero, por encima de todo eso, hay en sus almas un sentimiento más ó menos vago y muy hondo y muy arraigado, que no puede llamarse patriotismo, sino he-



Las columnas aparecen en cada esquina.

lenismo, y que consiste en acariciar el ensueño del engrandecimiento épico de la nación. En Oriente, sobre todo, las poblaciones griegas viven hipnotizadas por este ensueño. Sintiendo superiores como inteligencia á todas las demás castas levantinas, se creen llamados á dominarlas, á absorberlas, á civilizarlas. ¿Qué son esos hombres de turbante ó de fez sino los antiguos bárbaros? Ellos, en cambio, ellos, los hijos de la Hélade eterna, son los seres sutiles por excelencia. Aun en tiempo de la dominación turca, esta convicción era general. Las familias bizantinas que no abandonaron Constantinopla á la llegada de Mahomed II vencedor, se adueñaron poco á poco de todos los puestos importantes del imperio. Cada magnate otomano que se respetaba tenía un secretario heleno. Y si durante la guerra de independencia todos los compatriotas de Capo d'Istria hubieron, como es natural, de emigrar de Stambul, el éxodo fué bastante corto para que, diez años des-

pués del reconocimiento de la independencia, un diplomático contara en el barrio de Fanar, de Constantinopla, cincuenta mil griegos, todos conspiradores y todos convencidos de que un día, tal vez no muy lejano, el imperio de Bizancio renacerá de sus cenizas. En cuanto á la población helénica de las costas del Asia Menor, de la Rumelia, del Egipto, de las islas, de todo el Oriente, en fin,



Las calles elegantes en su simetría.

tan numerosa es, que los ministros pueden decir, sin exagerar, que el pueblo que gobiernan no está en su mayoría dentro, sino fuera del territorio nacional.

Para este pueblo, la guerra que ahora ensangrienta el suelo de Turquía es una guerra de independencia. Todo el Oriente es suyo. En todo el Oriente vive, desde hace siglos y siglos, como en fragmentos disgregados de la patria. Y cuando, más ó menos tarde, regrese á Atenas por la venerable ruta de Falero, para traer sus trofeos á la diosa tutelar de Acrópolis, no tendrá dificultad ninguna en reconocer el suelo sagrado de sus abuelos. Porque nada en los campos ha cambiado, nada, nada. Los turcos deben de haber arrancado algunas arboledas, y los siglos pueden habersecado algunas fuentes. Mas el conjunto de la tierra es idéntico. Tales



En medio pusieron una plaza

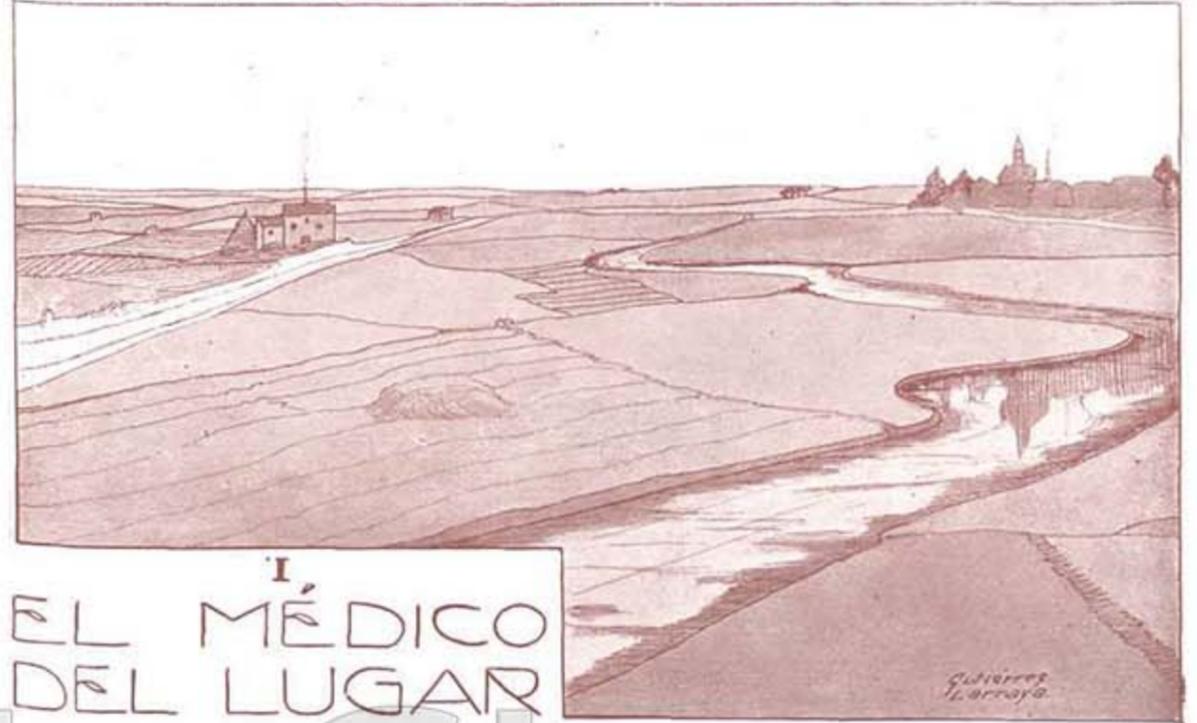
cual los antiguos los describen, encontramos hoy estos campos. Si hace dos mil años la abundancia de árboles hubiera sido efectiva, no habrían tenido necesidad los atenienses de dictar las numerosas leyes que protegían los olivares. Los propietarios de granjas no podían destruir más de dos olivos cada año, so pena de verse condenados á pagar terribles multas. Eso, cuando se trataba de sus pro-

prios árboles, pues los olivos de las plantaciones que los templos alquilaban eran sagrados, y el que los despojaba de una de sus ramas veíase condenado al destierro. Además, no hay sino recordar las cuentas que hacia Demóstenes en el proceso contra Focnipo, para comprender lo poco que esta tierra producía. Cuando tratábase de ganar doce dracmas diarias, un campesino tenía necesidad de explotar más de una legua de terreno. Los labradores del Atica envidiaban la riqueza de Tebas. La belleza del cielo no podía consolarles de la sequedad estéril del suelo.

Pero este suelo estéril es un suelo divino. Y por verlo de nuevo, los millones de griegos que viven en las tierras del antiguo imperio bizantino, arriesgan ahora heroicamente su vida.



AGUAFVERTE DE ESPAÑA



I EL MÉDICO DEL LUGAR



que parecían disminuir en altura con el peso de los años. Semejaba un señor feudal adusto y recogido, que contemplase impávido y sin protesta la devastación de sus antiguos dominios. Tan sólo sentíase, en aquellos lugares tranquilos, algún rumor de vida, que eran temblores de muerte, cuando en la noche callada y en el día brillante pasaban, devorando la llanura, los trenes veloces, lejanos y desconocidos. De rato en rato, la nota plañidera de una jota rompía el silencio. Era como quejido exhalado por la tierra en su dolor.

Serpeando, atravesaba el llano un camión con honores de carretera que, á ratos, convertíase en camino de herradura, de tránsito esquivo y peligroso. A su borde crecía el pueblo. Parecía una planta salvaje de tallo largo y tortuoso, en el que florecían las

casas humildes. Durante el día, asomaban á las viejas puertas los viejos moradores. Eran como estatuas de hornacina; sombras de cuentos de tragedia, en espera de la noche, para vagar por la llanura pavorosa en cabalgata de terror.

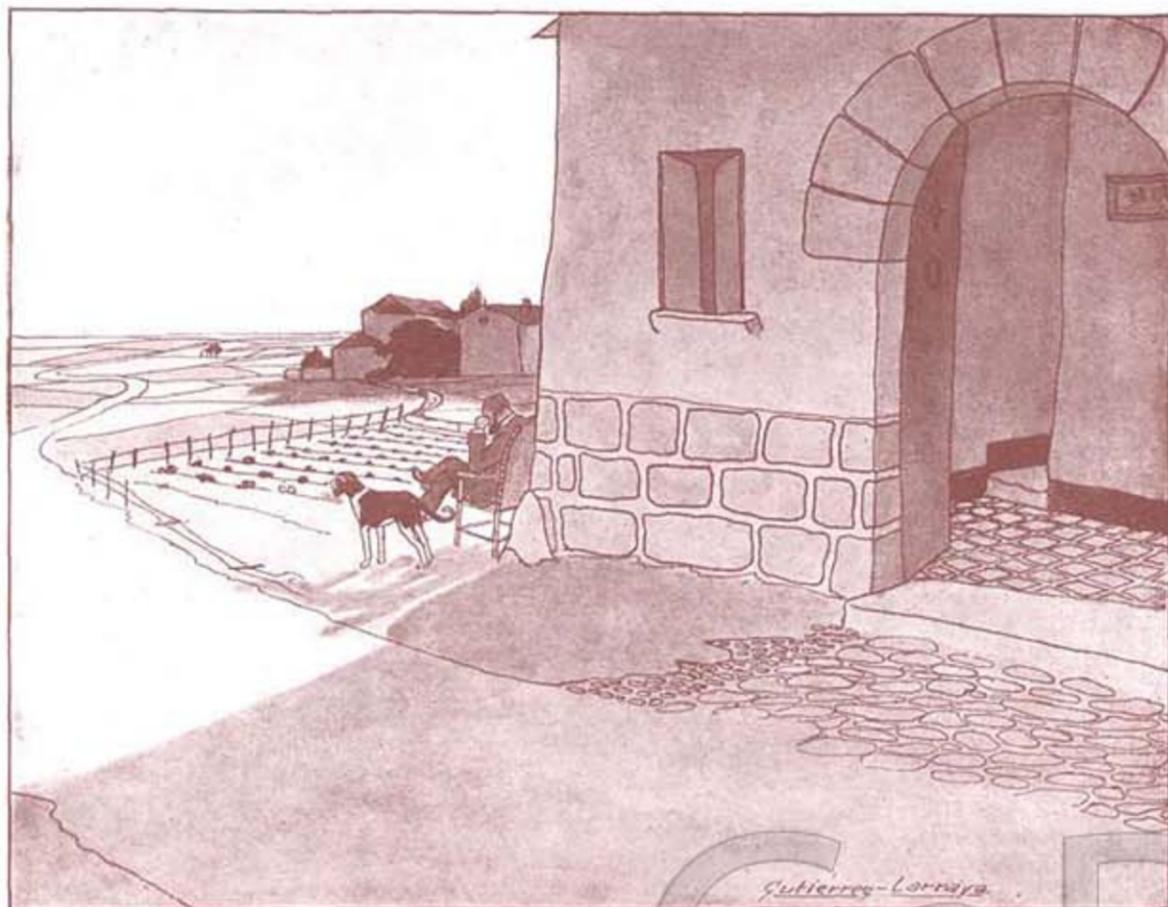
Separada de las sórdidas casas, como temiendo el contagio de su pobreza, se alzaba la morada de Don Pedro de Ortuño y de Carvajal, médico de la villa y hombre ya cincuentón, del que se contaban los más raros lances, y de los que siempre salió con galas de triunfo. Vivía rodeado de un prestigio de leyenda y brujería. Cuando le vi, en mi visita de viandante curioso, estaba sentado junto al remanso de la alberca que regaba su huerto. A sus pies, un mastín, ducho en lides de caza y único compañero del viejo solterón, oteaba la carretera interminable con ansias de anunciar, aullando, la llegada de caminantes.

Ante el grupo, pasaban los campesinos en regreso de las faenas. Rendían al médico el homenaje de un saludo breve y cortés.

— ¡Boas tardes, Don Pedro!...

— Buenas las tengas.

Respondía secamente, y el perro acompañaba con un gruñido sordo los pasos del huertano, que se alejaba, hasta perder su si-



Estaba sentado junto al remanso de la alberca que regaba su huerto.

luctuosa en la puerta de su morada antigua y huraña como cueva de penitente.

Callaba el médico, como ahogado su espíritu por la ola de silencio que invadía el ambiente.

Era la hora propicia para filosofar, y filosofaba con el pensar de todos los viejos, que son comentarios á sus recuerdos. Están próximos á rendir el último tributo, y sienten ansia de juzgarse y meditar el curso que debieran haber imprimido á su vida... Don Pedro debía recordar... Contemplaba su vida muerta. Ya no era nadie. Al abandonar la ciudad, donde cursó su carrera, dejó su vivir ruidoso y esperanzado. Al caer en el pueblo, lo hizo con la pesadez del cuerpo muerto que ansia descanso en la madre eterna. Fué primero dejadez en sus estudios, lo que le hizo entrar en aquel casal triste como un olvido de amor; fué después un egoísta apego á lo que iba ganando con sus sudores; fué más tarde el odio intenso que de él se apoderó, hacia los que triunfaban lejos en la alegría del mundo.

Vivía allí como una piedra. Eso era él: piedra abandonada en la llanura de la vida. Todo lo sacrificó á la tranquilidad de su no

ser. Ya no pensaba en nada, ni en política. ¿Para qué? El periódico de la capital ya le surtía de noticias y comentarios, que le abreviaban sus raciocinios para juzgar las cosas de España.

Tampoco estudiaba el médico del lugar. El carro de la ciencia paróse en el umbral de aquella casa, y no volvía á buscar nuevas. Los campesinos del pueblo muerto ya tenían bastante con el saber que destilaba el enmarañado cerebro del viejo Ortuño. Entre cazar en su coto y jugar al tresillo en la rebotica de Don Diego, acompañado de mosén Antón y del tío Lorenzo, el alcalde, repartía sus ocios... Claro que degeneró su espíritu de luchador — lo confesaba — pero el mundo es jardín de acomodamientos. Donde fueres haz lo que vieres. Así reza el refrán, y así obraba. A los redentores no les va bien en su vida llena de alharacas. El siempre mostró más afición á la paz burguesa, que á la agitada lucha de los encauzadores de almas... ¡ Piedra! ¡ Piedra! repetía. Así vivo bien, sin penas, sin penas grandes que hagan resaltar las alegrías problemáticas...

Muerta estaba su alma como aquel páramo extenso é inerte; muerta como la llanura

seca y agostada; fiel espejo de ella, parecía ya que sólo agitaban su espíritu impresiones fugaces y dolientes, impresiones rápidas como aquellos trenes lejanos y desconocidos que, al pasar, dejaban una estela de humo que ascendía presuroso.

Aulló el mastín mirando á lo largo del camino. Lejana, como una esperanza, se veía una nube de polvo. En ella se destacó un jinete. Caballero en brioso alazán, acercábase, á todo correr, un campesino. El mastín seguía aullando, y Don Pedro escudriñó con su mirada fría y severa, como de inquisidor ante un reo, la silueta que se acercaba.

— Malo es que vengan con tal prisa — refunfuñó — ¡ trabajo tenemos!...

El jinete llegó, y después de apearse precipitado, dijo con palabras que tenían la intensidad de una plegaria:

— ¡ Señor médico, la pequeña se muere!... tiene aquel mal del que la sanó usted el otro año... Se retuerce como una condenada, como si tuviera los diablos en el cuerpo... ¡ Yo creo que los tiene señor!... ¡ Venga usted y la sanará!...

Y el de Ortuño repuso cachazudo:

— ¿ Ir yo?... Estáis muy lejos...

Y el campesino replicó demandante:

— Mi caballo os llevará en un vuelo.

Pero el médico resistióse firme:

— Tengo que ver antes á otros enfermos...

— No serán tan graves, señor de Ortuño, no serán tan graves...

Y el de Ortuño ahogó en sus labios la respuesta. Quiso decir: « Pero pagan mejor ». Algo debió comprender el campesino, y repuso:

— Ya os daré en prenda mi salario, mi viñedo, mi sangre...

— No ofrezcas lo que dar no puedes. Nada te pido — interrumpió el viejo doctor. — Aún debes lo del otro año... Han de venir malas las cosechas, y me quedaria sin ver blanca...

El campesino volvía á rogar:

— ¡ Señor!... Pediré por los caminos é iré en peregrinación al Pilar, que nunca niega nada á sus hijos...

— Pídele á él que te sane la enferma y nada tendrás que agradecerme... ¡ La Virgen no cobra en cosechas!...

Ante la blasfemia, quedó suspenso el campesino, pero volvió al ruego:

— ¡ Señor!... ¡ Señor!... ¡ Compasión!...

— ¿ Y á mi quién me compadece? Ve al médico de Cinco Villas, es joven, dicen que sabe mucho, y quiere que le hagan alcalde... El la salvará...

El labriego comenzó un rosario de denuestos, y el viejo Ortuño, impávido y sereno como ante un perro que ladrase á su paso, volvióse de espaldas, encerrándose en la casona. El mastín ladró impetuoso, y fué tras el dueño. Alejóse el dolorido campesino, renegando, maldiciente...

Moria el sol en el lejano monte, dejando en triste paz la llanura árida. De un campanario descendían voces de esquila humilde, llamando al ángelus. Y en el atrio de la pequeña iglesia, el buen mosén Antón comenzaba su oración santa de hermandad y cariño.



Es una calle de pueblo castellano.

Cae el sol, pomposamente, incendiando el ocre mortecino de los guijarros. Las casas,



II. HORA DE SIESTA

como temiendo los rayos de fuego, semejan pordioseros agazapados en el borde del camino, sin dejar rastro de sombra. Es una fogarada de luz y de color. A lo lejos se oye una carreta, que chirría al paso del apacible

buey. Un gallo rompe el silencio con su cacareo retador. Se abre una puerta mostrando al sol sus maderas pintadas de verde. Por ella sale un gañán: lleva la hoz al hombro, y cubre su cabeza un amplio sombrero de esparto.

Anda vacilante unos pasos, limpia el sudor de su frente, y sigue calle arriba por la escasa sombra de las casas. Parece, en su caminar, una mancha gris como un gusano. Al pasar ante la pequeña iglesia, descubre su cabeza y se santigua.



Está el poblado junto á la cinta de plata de un río. Semeja un pueblo de Belén por lo quieto y silencioso. Unos olivos forman un pequeño bosque, que es como oasis en la llanura. El sol besa tristemente las blancas paredes y las tejas rojas, convirtiendo en oro los pajares. De una chimenea asciende una espiral azulada, que es como incienso oloroso que se diafaniza y desaparece.



III. ATARDECER



IV. UN HIDALGO EN LA CIUDAD

La frente del hidalgo que sentado está junto al balcón en sillón de vieja vaqueta de Córdoba, parece querer romper el cristal. En la cámara, donde aquél se encuentra, es todo silencio y quietud: parece la celda de un monasterio medioeval, trasladada, por arte de encantamiento, al centro de ciudad moderna. Sobre una mesa de patas salomónicas hay abierto un libro. Es el *Amadis de Gaula*, y entre sus hojas, como señal de lectura, florece un pétalo de rosa. En la pared, tras el cristal de un retrato que ya amarillea, otro pétalo igual al del libro reposa sin aroma.

El hidalgo, que ya no es doncel, deja pasar las horas como el cortejo de una procesión que no interesa, y, al volver sus ojos hacia el libro, dibuja en los labios una sonrisa bella y triste, como saludando algo que es rancio como sus blasones, noble como su libro, y triste como los pétalos de rosa muertos, emblema de recuerdos y de andanzas galanas.

AMICHATIS.

(Ilustraciones de Gutiérrez-Laraya.)

Talabrazo y Silencio

por
Juan Zorilla de San Martín



ALGUIEN (acaso haya sido yo mismo) dijo una vez: Nunca me he arrepentido de haber callado... ¡Y cuántas otras he tenido que arrepentirme de haber hablado!

O mucho me equivoqué, ó la mayoría de los hombres dicen en su corazón otro tanto.

« Cuantas veces estuve en medio de los hombres, me volví menos hombre. Eso lo experimentamos todos los días, cuando hablamos demasiado. » Así habla Kempis.

Y Pascal: « Muy á menudo, todas las desgracias de los hombres nacen de no saberse estar quietos en su aposento. »

Está bien. Conviene saber ahora, por sí ó por no, lo que de tales juiciosas sentencias debemos deducir.

¿ Adoptaremos la resolución de interponer siempre el silencio entre nosotros y los demás hombres? »

Más fácil es, dice el mismo Kempis, callar siempre, que no propasarse en palabras...

Sí, es verdad: es más fácil para unos; menos difícil para otros. Que bien se nos alcanza lo muy relativo de aquella facilidad. Es tan fácil para el hombre locuaz el ser locuaz, como para el silencioso el ser silencioso. « Esperemos, dice Carlyle, que nosotros, los ingleses, conservaremos largo tiempo nuestro *grand talent pour le silence*. »

¡ Nuestro gran talento para el silencio! El talento no es otra cosa en este caso, según barrunto, que el temperamento, la índole, la disposición, ó como quiera llamarsele, formada por causas varias, y que no debe confundirse con el carácter, que es fuerza

en la voluntad. Esta, la voluntad educada, ejerce su acción sobre el temperamento; si ella domina, tenemos el carácter; si triunfa el temperamento, nos encontramos con la pasión.

Pero no siempre está en nuestra mano el seguir el camino más fácil; el más difícil ó contrario á nuestro temperamento se nos impone á veces.

« No es siempre el caso, dice Pascal, de examinar si se tiene vocación para salir del mundo, sino si se tiene para quedar en él. Como no se consultará si uno es llamado á salir de una casa apestada ó incendiada. »

No estando, pues, en nuestra mano el silencio ¿ nos inclinaremos al célebre aforismo de Fichte: « digamos la verdad, y que se hunda el mundo »? Yo de mí sé decir, que siempre lo he encontrado sólo eniático. ¿ De qué verdad habla ese hombre que así grita? ¿ Acaso, la opinión que no se forma sobre tal ó cual cosa es la verdad? Entonces, el universo mundo se hundiría varias veces por semana, si ya no es por minuto. Y debemos alegrarnos, de que el equilibrio de los planetas no dependa de las verdades que digan ó dejen de decir los habitantes de este nuestro, que no es tan gran cosa, que digamos, en la cósmica armonía.

Un autor rioplatense, que acaba de escribir un libro, nos aconseja: « Cuando sintamos la necesidad de decir algo que creamos favorable al progreso de las ideas, ó al reconocimiento de la verdad, no debemos permanecer callados, pues más vale exponerse á la censura ajena que al propio menosprecio. »

No veo del todo claro en ese consejo. Es indudable, que el hombre de verdad debe temer más la propia censura que la ajena; pero no

se trata de eso, sino de saber precisamente si el callar nos acarrea el propio menosprecio, por el solo hecho de callar, cuando sentimos la necesidad de decir algo que creemos favorable al progreso, etc., etc. Por lo que á mí toca, estoy persuadido de que nada ha estorbado más el progreso de las ideas, y formado más escépticos, que las malas defensas de la verdad, ó su proclamación extemporánea, á tontas y á locas.

Si ha de valer el sentir de Alfredo de Vigny, reproducción literal del inglés, *seul le silence est grand, tout le reste est faiblesse*, y si hemos de tomar en cuenta la impresión de Emerson, poca fé debemos tener en la eficacia de la humana palabra: « Entra tanto de destino en la vida, dice, tanto de impulso irresistible, de temperamento y de ingénitas inspiraciones, que yo dudo podamos, por nuestra propia experiencia, decir algo útil á nadie. » Esa duda no ha impedido á Emerson, dicho sea de paso, enseñarnos muchas cosas, algunas de ellas muy útiles, por cierto, en varios volúmenes de letra menuda.

Yo diré, por mi parte, lo que no juzgo del todo inútil á mis semejantes sobre este particular.

El respeto ó aprecio que el hombre tiene de sí mismo, puede medirse por el que tiene de su propia palabra. « La desnudez del alma, dice Bacon, no es menos indecente que la del cuerpo; un poco de reserva y de circunspección en las palabras, en las maneras y en las acciones, atrae el respeto. » Y dice el libro de los Proverbios: « Quien guarda su boca guarda su alma; mas el que es inconsiderado en el hablar sentirá males. »

« La lengua del hombre, dice otro, es órgano sagrado; el hombre se define á sí propio en filosofía como palabra encarnada. »

Y digo yo ahora: quien malgasta su palabra la deprecia; y el que deprecia su palabra se menosprecia á sí mismo; pero el que la niega por egoísmo ó avaricia, si bien ahorra, porque lo que hemos dicho ya no es nuestro, y lo que uno sabe solo tiene siempre mayor valor, esa economía de nuestra riqueza moral acumulada no siempre es una virtud, y puede llegar á ser un vicio. Y tan es esto verdad, que el silencio no ha sido nunca una obra cristiana de misericordia, mientras que el dar buen consejo lo es, y muy meritoria.

« No retengas la palabra en tiempo de salud, dice Salomón en el Libro de los Proverbios; no encubras tu sabiduría en su hermosura. » Y más adelante: « Alégrase el hombre en la sentencia de su boca; y la palabra á sazón es muy buena. » Y por fin: « Mejor es el hombre que encubre su igno-

rancia, que el que esconde su sabiduría. »

La soberbia suele ser callada, tanto como la santidad, y aún más. También la estupidez suele serlo tanto ó más que el genio. La palabra, pues, en sí misma, es del género neutro.

« Desgraciados de nosotros si no tuviéramos otra cosa que lo que hablamos y tenemos á la vista », dice uno; « tener palabras es no tener nada », dice otro; pero también dice uno de entre ellos: « Grecia, á no ser por las palabras que habló, no existiría. »

La palabra es el elemento constructivo por excelencia de la humana sociedad, y es también el destructivo por excelencia; es el agente que reúne y armoniza las almas por la verdad y el amor, y es el que las disgrega y desconcierta por la mentira y el odio; es título de gloria y de deshonra, buen arcángel alado, y bestia perjudicial también, la más perjudicial de las bestias que vuelan. « El que hierde con la lengua, dice San Juan Crisóstomo, hace una herida más profunda que el que hierde con los dientes. » « Algunas palabras dignas de recordación, dice en cambio Joubert, pueden ser bastantes para ilustrar un grande espíritu. »

El hombre, planta que piensa y habla, emite en la palabra la sutil esencia de sí mismo, de que se forma el ambiente moral que respiramos, como da la planta su misteriosa emanación al ambiente físico de que nos nutrimos, como dan las cosas su color al universo que vemos. El color es el espíritu de las cosas.

El hombre, como la planta, como los objetos visibles, emite más ó menos su espíritu en la palabra, según su propio carácter ó personal naturaleza. Hay hombres que no hablan, como hay flores que no huelen; hay personas casi invisibles, como hay cosas incoloras, que se confunden con el medio en que viven, con la tierra, con el cielo, con las demás cosas. Hay otros, en cambio, que se ven y se oyen, porque son luminosos y sonoros por naturaleza.

Fero así como el visible no está del todo impedido de ocultarse en gran parte, evitando el desentono de su ser con el ambiente, jamás el invisible podrá serlo tanto que haga completamente impenetrable la envoltura de su espíritu; ésta es más ó menos transparente, pero siempre lo es algo; se le ve por los resquicios.

Pensar es vivir, y vivir, en el mundo sensible, es arder, sonar, ser visible, palpable. Confucio exclama: « ¿ Ocultarse el hombre? ¿ Cómo es posible que el hombre se oculte? » « Los pensamientos, dice en otra parte, llegan á nuestro espíritu, y salen de él por vías que

nunca hemos dejado abiertas voluntariamente. »

El ambiente social se forma de esa vida de los espíritus que es palabra interior, y que, quieras que no, tiene una perpetua emanación sensible en el éter infinito.

Lo que importa, pues, al hombre, así por propio interés como por el ajeno, que también refluye en él en definitiva, no es tanto cuidar de su palabra, que, como su mirada, ó su actitud, ó su movimiento, es una forma de emanación de su ser pensante y afectivo, cuanto el velar por la formación de lo que éste emite en cualquier forma: *ser planta benéfica*.

« Si no quieres que se sepa que has hecho una cosa, dice Emerson, no la hagas. »

Hay un medio eficaz, á lo que á mí se me alcanza, para hablar, sin tener que arrepentirse de haber hablado: no tener que arrepentirse de haber pensado, imaginado, sentido, deseado. Hay un recurso eficaz para no sentirse menos hombre por haber estado entre los hombres: ser hombre intenso, muy arraigado en sí mismo, tan dueño

de sus raíces como de sus flores y frutos. También existe un medio para no salir de su aposento: salir con aposento y todo, ser uno con él, vivir en él perpetuamente, como el caracol.

Haz silencio en tu pensamiento, y lo habrá en tu boca; hazlo en tu imaginación, y tus miradas serán silenciosas.

Tienes que aventurarte á salir de ti mismo, si has de vivir humana vida. Sal en buena hora, pero no te ausentes demasiado, no te pierdas de vista jamás. Vive en presencia de ti mismo y, sobre todo, en presencia del Señor, tu Dios. Haz centinela en tu pensamiento, ten á raya tu fantasía, no la dejes sola con el Deseo, no sea que conciba criaturas locas que te deshonren. Ten siempre luz encendida en tu corazón, para que los deseos no se formen en la oscuridad, como los hongos venenosos.

Y entonces habla á tus hermanos según tu carácter.

Que no sólo el silencio es grande; lo es incomparablemente más la palabra vigilante y bien nacida.

Juan Villalobos



CABEZAS



MANUEL LAÍNEZ

Al partir de Buenos Aires á Europa, en un viaje que habría sido de reposo si no continuase una infatigable y resistente actividad, el Sr. Manuel Láinez ha sido objeto de una manifestación tan unánime como sincera, en homenaje á su labor eficaz y valiente, á su carácter decidido, á su talento que nadie discute, y á su constante voluntad de hacer el bien á su patria, la República Argentina.

Y ese hombre eminente ha sido y es, ante todo, un hombre de pluma, un periodista, un brillante y formidable periodista. Por más de un punto sería comparable á Courier; y en su país podría decirse de él, lo que en Francia del terrible *bonhomme* Paul-Louis: «... aucun écrivain, depuis Voltaire, n'avait mis autant d'esprit au service d'autant de malice ». Maestro en epítetos, profesor de esgrimas verbales, hercúleo al par que fino sagitario de campañas políticas, hábil hasta hacer en veces á Aquiles levantar el pie, para darle en el propio talón.

Es, ante todo, un escritor de un alcance y cultura excepcionales; mas sus energías han ido á la acción periodística y parlamentaria, en un medio en donde toda intelectualidad de valer, así sea la de un Sarmiento ó la de un Mitre, la de un Andrade ó la de un Lugones, tiende á lo positivo y factible en una constante corriente de progreso.

Treinta y cinco años de luchas de prensa son tarea que, completada con ocho de labor senatoria, han formado la base fuerte en que se afirma una figura prestigiosa, un varón egregio á quien ha podido hacer este no prodigable elogio, otro maestro del diarismo, Mariano de Vedia: « Hombre de pensamiento y hombre de lucha, os trazasteis un programa y lo realizasteis por vos mismo ».

Se inició de joven en la diplomacia, mas no era para él el rumbo de la Carrera. Su vigor combativo fué al entrevero de los partidos, y con el gran Alsina tuvo su bautismo de fuegos políticos. Pero era en el campo periodístico donde encontraría su verdadero ambiente, y en donde debía lograr, paso por paso, su bastón de mariscal. *La Tribuna*, *La Tribuna Nacional*, y sobre

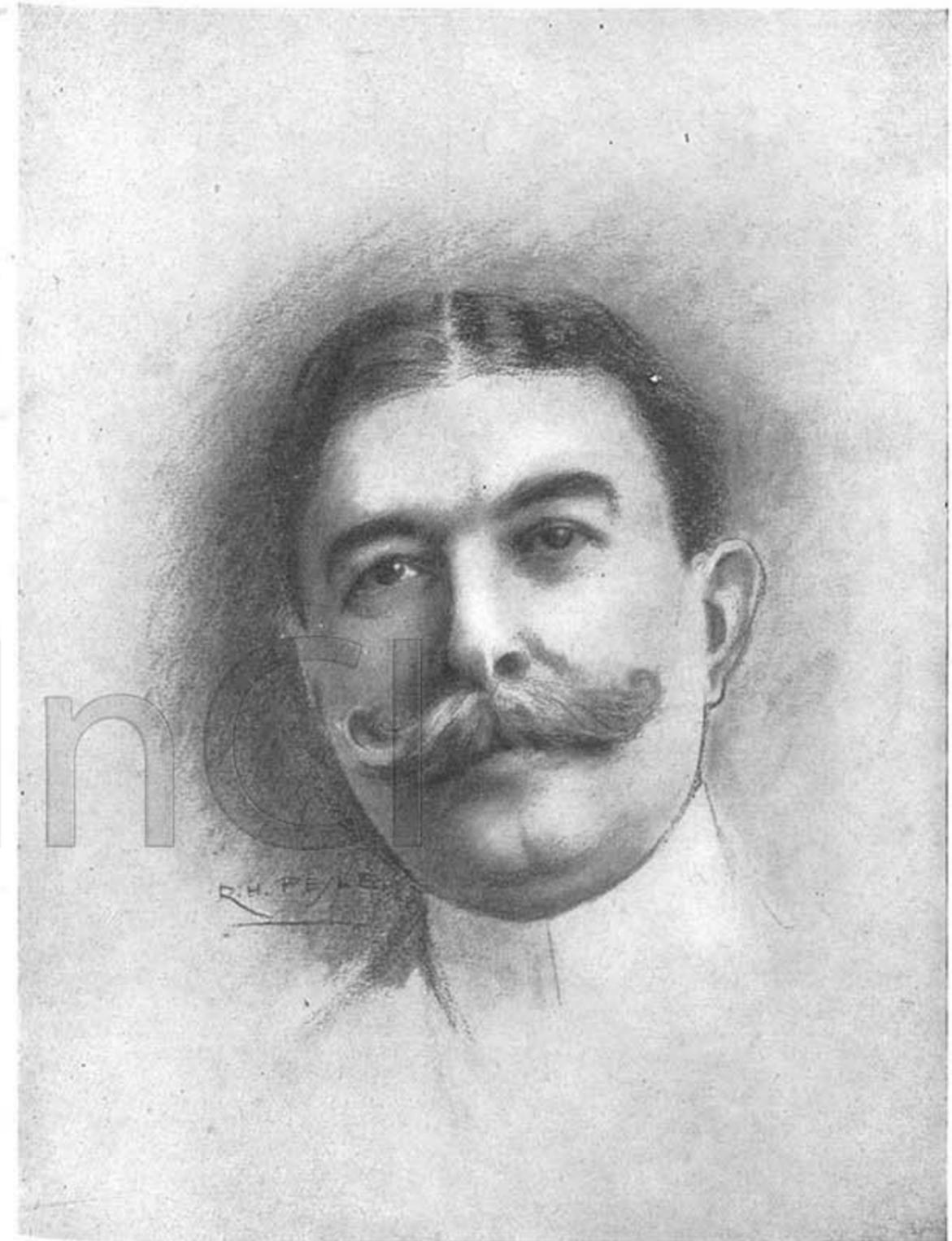
todo *El Diario*, que fundara y animara con su espíritu y alientos, han sido los órganos en que ha hecho vibrar el más flexible, sólido y agudo de los talentos, haciéndose considerar, temer y aplaudir. Y más de una vez sostuvo, en todos terrenos, caballerosamente, su firmeza personal, de tal guisa, que vigorosos y dignos contrarios de antaño fueron después sus estimadores y sus amigos.

Si el Sr. Láinez se hubiese dedicado mayormente á las puras letras, habría sido un autor de amenidad y elegancia, de observación y de sutileza. Su sentido crítico es rápido y definitivo, y su aticismo alternado de picantes pimientos criollos es de un efecto destructor, por la charge, ó por el descubrimiento de los humanos lados flacos, en el dominio de la sátira y en el aprovechamiento de la oportunidad.

Como hombre, sin las acritudes de un Clemenceau, pongamos por ejemplo cercano, es un *charmeur*, y un conversador con quien M. Bergeret, á su paso por Buenos Aires, pudo alternar, sin riesgo de descubrir el « pinguino autóctono », de que hablara en ocasión memorable Leopoldo Lugones. Consecuente con sus amigos — y con sus enemigos — sincero y eficaz, es en « el mundo », en el comercio social, un intachable elemento. Es solicitado por su ingenio y por sus condiciones de gentleman. Es su amistad un presente de los dioses; no es higiénico el caer del lado de sus antipatías.

El hombre público, el senador, ha recogido en el país entero la cosecha justa que le produjera su siembra de beneficios, sus iniciativas en pro de ciudades y pueblos, sus proyectos numerosos de utilidad, de mejoramientos urbanos y rurales, de instrucción pública, de ferro-carriles, de pensiones á familias de patricios, de estímulo á las letras, á las ciencias, á la agricultura, á la beneficencia, á la glorificación de argentinos beneméritos, á cien cosas más que significan civilización, cultura, engrandecimiento nacional, decoro y alta figuración en el mundo de su patria, de la República Argentina.

Al verificarse el homenaje á que me he re-



(Dibujo de Pesle)

Don Manuel Láinez.

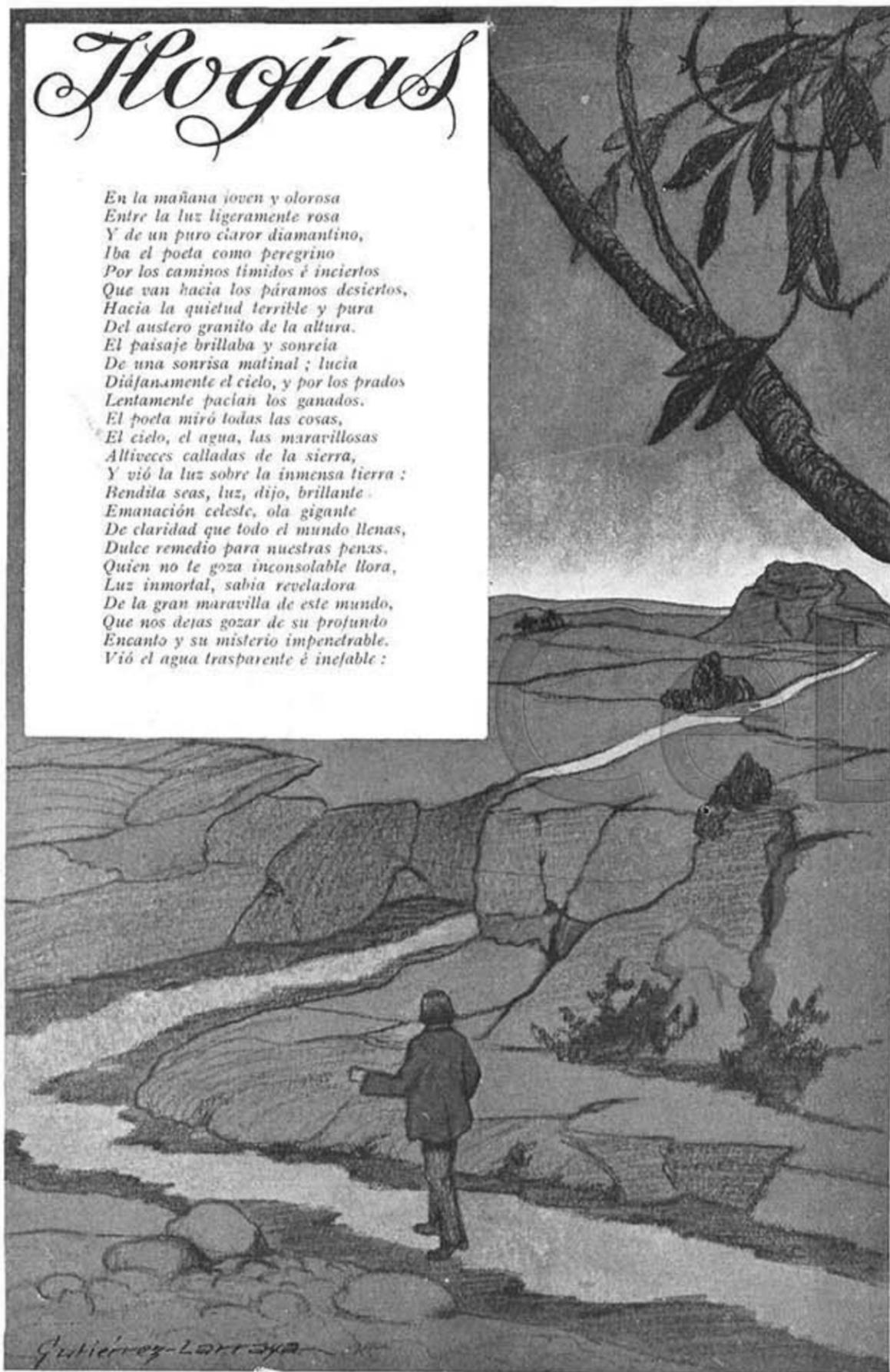
ferido al comienzo de estas líneas, el Gobierno quiso asociarse asimismo, y solicitó al Sr. Láinez para el desempeño de una embajada especial en Francia é Italia. Acertada idea. Representantes como ése son los que acreditan y dan brillo á las naciones que

les envían. El Sr. Láinez, que cuenta ya con amigos ilustres en Europa, encontrará á su paso toda la consideración, el aplauso y la simpatía que le son debidos.

RUBEN DARIO.

Stogias

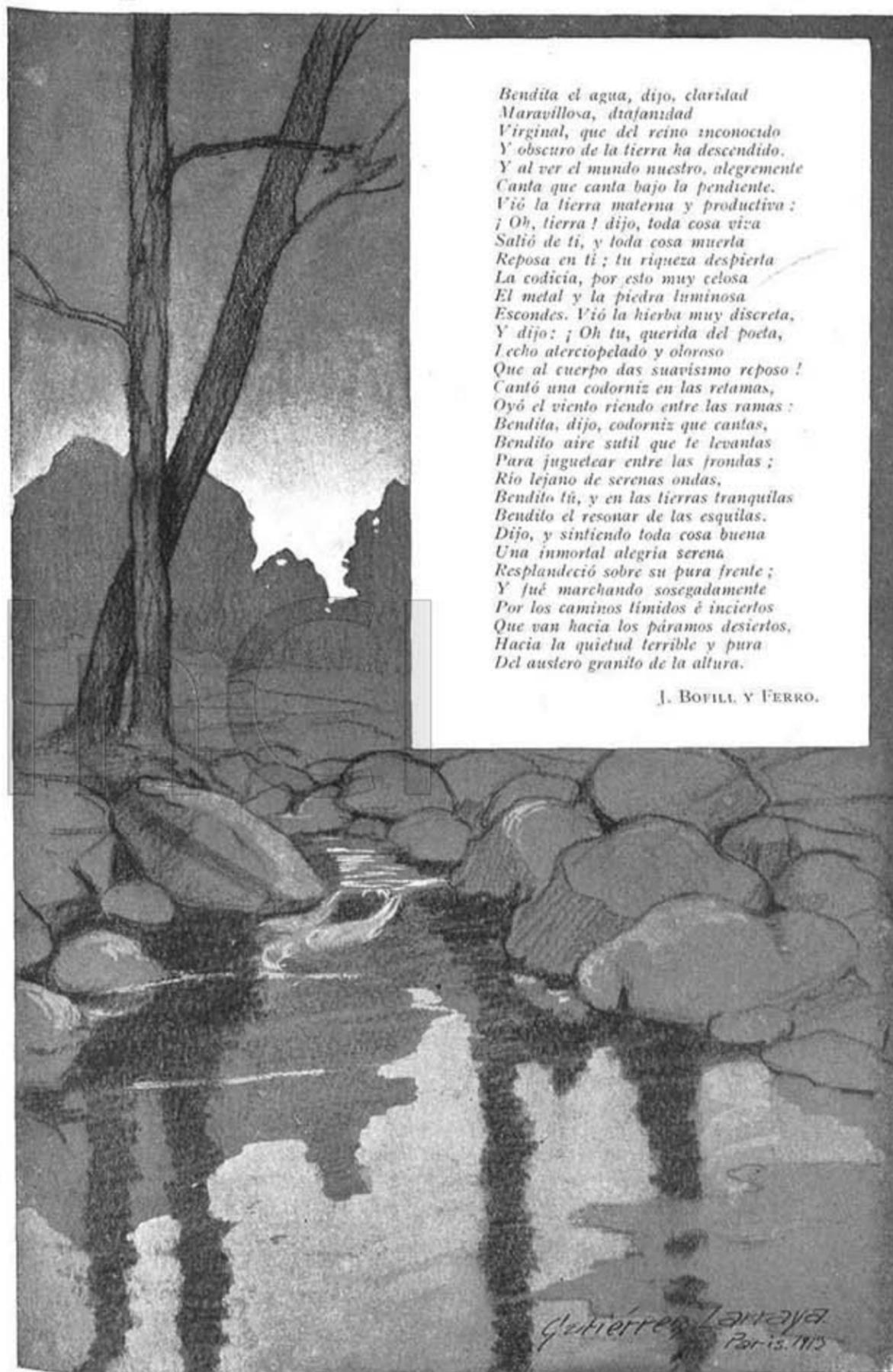
En la mañana joven y olorosa
Entre la luz ligeramente rosa
Y de un puro claror diamantino,
Iba el poeta como peregrino
Por los caminos tímidos é inciertos
Que van hacia los páramos desiertos,
Hacia la quietud terrible y pura
Del austero granito de la altura.
El paisaje brillaba y sonreía
De una sonrisa matinal; lucía
Difusamente el cielo, y por los prados
Lentamente pacían los ganados.
El poeta miró todas las cosas,
El cielo, el agua, las maravillosas
Alliveces calladas de la sierra,
Y vió la luz sobre la inmensa tierra:
Bendita seas, luz, dijo, brillante
Emanación celeste, ola gigante
De claridad que todo el mundo llenas,
Dulce remedio para nuestras penas.
Quien no te goza inconsolable llora,
Luz inmortal, sabia reveladora
De la gran maravilla de este mundo,
Que nos dejas gozar de su profundo
Encanto y su misterio impenetrable.
Vió el agua transparente é inefable:



Gutiérrez-Larraz

Bendita el agua, dijo, claridad
Maravillosa, diáfana
Virginal, que del reino desconocido
Y obscuro de la tierra ha descendido.
Y al ver el mundo nuestro, alegremente
Canta que canta bajo la pendiente.
Vió la tierra materna y productiva:
¡ Oh, tierra! dijo, toda cosa viva
Salió de tí, y toda cosa muerta
Reposa en tí; tu riqueza despierta
La codicia, por esto muy celosa
El metal y la piedra luminosa
Escondes. Vió la hierba muy discreta,
Y dijo: ¡ Oh tu, querida del poeta,
Lecho aterciopelado y oloroso
Que al cuerpo das suavísimo reposo!
Cantó una codorniz en las retamas,
Oyó el viento riendo entre las ramas:
Bendita, dijo, codorniz que cantas,
Bendito aire sutil que te levantas
Para jugar entre las frondas;
Río lejano de serenas ondas,
Bendito tú, y en las tierras tranquilas
Bendito el resonar de las esquilas.
Dijo, y sintiendo toda cosa buena
Una inmortal alegría serena
Resplandeció sobre su pura frente;
Y fué marchando sosegadamente
Por los caminos tímidos é inciertos
Que van hacia los páramos desiertos,
Hacia la quietud terrible y pura
Del austero granito de la altura.

J. BOFILL Y FERRO.



Gutiérrez-Larraz
París 1915



LA LEYENDA DEL IDEAL



I

Fué el angosto y selvático reino de Graal, en lejanos tiempos, el más extraño al par que el más tranquilo de los reinos.

Jamás andariegos conquistadores traspusieron sus lindes señaladas con riscos inaccesibles, cubiertas de bosques impenetrables, apartadas por abismos insondables, y ceñidas por torrentes sombríos que, desde el misterio de sus hondos cauces — cual feroces guardianes de tan hostil frontera — clamaban un pavoroso y bárbaro himno de muerte.

El rey Antán, señor de Graal en época remota, éralo por tanto de las cumbres y vertientes de altísima cordillera, y sus pueblos se aferraban á las cimas como nidos de águila caudal, allá en los nebulosos confines donde se besan los cielos y las tierras.

Nunca los súbditos del rey Antán descendieron hacia los valles tendidos á sus pies, en plácida ostentación de blandas praderas y corrientes mansas. Al amparo de sus alturas, los rústicos miraban con desdén la fácil y serena vida de los llanos distanciados en lo profundo, y de padres á hijos transmitíanse como legado de tradición y herencia de raza el apego á sus quebrados, á sus ventisqueros, y á sus peñascos grises de áspera y desolada traza mal vestida por líquenes y musgos.

Jamás luchas civiles, rencores de bandería ni contiendas de partido, ensangrentaron aquel reino, turbando su monótona calma. Las rebeldías, las audacias, las reformas, todas estas palabras inquietantes eran desconocidas en Graal, y desconocida era su significación. La existencia de aquellos hombres fué siempre igual á la de otros hombres, sus antepasados, y nunca hubo de modificarla sau-

dade alguna de otro vivir. Para labrar el terruño y apacentar los ganados, no usaban los selváticos de un adarme de albedrío: dejábanse arrastrar por el hábito adquirido en transmisión de siglos, al través de cien generaciones... Así, no anhelando nada, desconocían toda voluntad.

En Graal, ni cantó el amor sus melodías, ni rugió sus tragedias.

El gran amor pasional de los sublimes arrebatos, de los tremendos sacrificios, de los furiosos celos, ese amor no agitó sus teas incendiarias sobre aquellos pueblos ni sobre aquellas almas.

Un hombre y una mujer unían sus vidas bajo un techo por ley natural de la existencia. Nacíanles hijos, en periódico retoñar de la especie; pero tal hombre y tal mujer no se amaban. Eran á modo de compañeros asociados por mutua conveniencia; nada más. Ignoraban las infinitas contemplaciones de las almas que, en demanda de amor, se asoman á los ojos... Ignoraban los inmensos contactos de las almas que, en demanda de amor, se prenden en los labios. Y creados en desamor, los hijos de tales padres ni amaban ni eran amados. Cuidábanles sus madres en tanto eran niños, y cuidábanles sólo por costumbre, no por afecto. Crecidos ya, y trocados en mozos, aprendían labores del campo y faenas del pastoreo, recibiendo tales enseñanzas de sus padres, ya que ellos las aprendieran de los suyos en su tiempo, y fuera tradición que nadie osara interrumpir. Luego, llegados á hombres los que fueron niños, y las que fueron niñas á mujeres, unos y otras partían á fundar nuevos hogares, abandonando la choza paterna sin congojas ni afliccio-

nes, porque así lo hacían y lo hicieron todos siempre.

Ajenas á todo amor, éranlo también aquellas gentes á toda estética. En su estrecho criterio, reducíase la naturaleza á la tierra que produce cosechas y mantiene rebaños. Un amanecer no les sorprendía por sus matices: deciales tan sólo que era llegada la hora de volver á la tarea interrumpida. El morir de la tarde no les era pausa misteriosa de inexplicadas nostalgias, sino únicamente, y al cabo de la fatigosa jornada, placentero anuncio de reposo en la noche. Y la noche — fuere sombría, fuere bañada en melancólicas platas lunares — la noche les brindaba el sueño, nunca el ensueño.

En Graal no se hablaba de la belleza de las cosas; en cambio, discutíase siempre su utilidad.

Ningun viajero llegó hasta aquellas cumbres, ni morador alguno de ellas pensó en abandonarlas. De tal manera, y en completo aislamiento, este reino conservó su extraña constitución, indiferente al paso de los siglos, y mientras que en el mundo luchaban los hombres en épicas contiendas de amor y de voluntad, sin amor y sin voluntad los súbditos del rey Antán, á pesar de hallarse tan cerca del cielo, desconocían todo ideal.

Así fué, y así hubiera podido seguir siendo...

II

El rey Antán era el menos mayestático de los reyes. Cúpole la misión más sencilla y rudimentaria que á monarca alguno pudo ser dada. Una vez, en cada año, recorría sus pueblos, y en ellos hacía nuevas particiones de ganados y de tierras, de aperos y de semillas. Y era único objeto de tal distribución el hacerla, con estricta equidad, del esfuerzo necesario para cultivar las menguadas parcelas de las vertientes, y apacentar en las cumbres los inmensos rebaños que constituían la riqueza colectiva, ya que lo producido por tierras y bestias fuere bien común, y de ese bien se mantuvieron todos por igual.

Había de ser la corte de tal rey la menos cortesana de las cortes. No había en ella ministros que desgobernaran el estado; no palacios que esquilmaran el tesoro; no caudillos que, para cosechar propios laureles con ajenos sacrificios, intentaran locas aventuras y contiendas fratricidas.

Y sin chambelanes, urdidores de intrigas, sin inquietas damas tan cortas en recato como en ambición sobradas, sin camarillas, sin conspiraciones, sin maquiavelismos, la

corte de Graal — que al pueblo no costaba una brizna de oro ni una gota de sangre — era, en verdad, la menos cortesana de las cortes.

Una choza más amplia que las otras, tal era el palacio del rey Antán. Cubría el suelo recia piel de oso; ardían, en el hogar, tomillo y mejorana; brindaba la mesa el mejor ciervo, la miel más delicada, el más sazonado madroño de la cumbre, y como en Graal fuere desconocido el vino, escanciaba el rey su yantar con agua, con el agua más pura brotada de los ásperos senos de la montaña.

El rey Antán era el menos mayestático de los reyes, y era su corte la menos cortesana de las cortes...

III

Un día, el rey Antán y su hijo Inar fueron á caza de venados. Persiguiendo huidas piezas, de cañada en cañada, guiados por el latir de la jauría y ciegos en su empeño, llegaron, príncipe y monarca, tan lejos, tan lejos, que traspusieron los límites del reino.

Diéronse cuenta de ello saliendo inesperadamente de las selvas, en las cuales perdieran todo rumbo y camino, y encontrándose, no poco sorprendidos, á mitad de una falda cuyas empinadas praderas alpinas tendían su manto de intenso verdor, desde los últimos y añosos robles del bosque hasta la orilla de ancho y quieto caudal, plácido remanso en el que olvidaba las fatigas de cien rápidos y la gimnasia de mil cascadas, el río.

Al otro lado del cauce, el valle. Sobre el valle, allá por los confines de oriente, aparecían millares de hombres, y refulgían accros, y vibraban clarines, y piafaban corceles.

También por los confines de occidente tremolaban pendones y banderas, y marcaban un ritmo los tambores, y avanzaban, extendiéndose como aguas impetuosas de riada, los escuadrones de jinetes y las cohortes de infantes.

Suspense, el príncipe Inar dijo á su padre, quien, en silencio, contemplaba el valle:

— Padre ¿vendrán contra nosotros esas gentes?...

Mostró el rey á su hijo los riscos inaccesibles y los insondables abismos de la cumbre, y replicó tranquilo:

— ¡No temas! Contra tales barreras nada puede la demencia de esos hombres que emplean, en segar vidas y abrir entrañas, el hierro que habría de servirles para guadañar cosechas, y para abrir en la tierra surcos que fueran cauces de sementeras.

Y añadió el soberano tras de breve pausa

durante la cual volvió hacia la llanura el mirar de sus ojos asombrados :

— ¡ No, hijo, no !... ¡ No temas !... Esas gentes nada intentarán contra nuestras cumbres de paz. Si eligen el valle para encontrarse ha de ser, ó para marchar unidos hacia lejanas empresas, ó para destrozarse en lucha insensata y mortal.

— ¡ Padre — murmuró el príncipe — no acietto á comprender por qué los hombres cometen tal insania !...

El rey Antán hubo de asentir, tristemente :

— ¿ Y quién, hijo, puede hallar razón á los desvarios de los locos ?...

No se encontraron para marchar unidos hacia lejanas empresas, sino para destrozarse en insensata lucha mortal.

Fué un tremendo choque. Fué horrible crujir de rotas armaduras y de astilladas lanzas. Ante el galopar de los caballos se abatían los hombres de á pie, maltrechos por las grandes espadas y las dobles hachas de combate, cuyos filos, rebotando sobre las cotas de malla, tornaban á caer, más certeros, hendiendo yelmos y cráneos.

Iban así, los caballeros de la muerte, sembrándola por doquier. Iban, cual huracán de hierro, altivos, impetuosos, siniestros... hasta que, al fin, traspasadas por cien flechas y heridas por cien aceros, caían las bestias revolcándose en ansias de agonía, y aplastando á los jinetes trabados en la herumbre de sus armaduras.

Del trágico valle desprendiase un vaho de sangre, y entre ese vaho se alzaba densa polvareda : fué bermeja niebla que hubo de cubrirlo todo, dejando tan sólo escuchar remotos lamentos de agonía, y ayes de muerte.

Más tarde se hizo el silencio, y la nube de polvo ensangrentado, como ave gigantesca, tendió sobre la llanura su lento vuelo, descubriendo el campo de batalla donde los muertos y los moribundos quedaban en desolación y abandono. Luego, cuando la nube bermeja fué tenue lumbre que al horizonte encendían las postreras luces de la tarde, el rey Antán y su hijo pudieron contemplar como el resto del ejército, que antes ganara el valle por los confines de Oriente, salía persiguiendo por los de Occidente al enemigo vencido y fugitivo, y señalaba su paso con huella de nuevas víctimas.

Declinaba el sol, y la noche comenzaba á velar con piadoso manto de sombra la hecatombe de horror.

— ¡ Padre — suplicó el príncipe Inar — bajemos al valle !... Anhele contemplar de cerca á tan extrañas gentes...

— ¿ Y qué nos importan esos bárbaros, hijo mío ?...

Instó el príncipe :

— No hallaremos ocasión como ésta, y no serán los que yacen malheridos quienes



El rey Antán era el menos majestático de los reyes, y era su corte la menos cortesana de las cortes...

puedan volver contra nosotros sus armas y su demencia.

El rey Antán y el príncipe Inar descendieron al valle. Fueron por entre los fencidos y agonizantes. Hacia ellos tendían los moribundos sus brazos, y era en vano, porque en Graal se ignoraba toda ciencia y todo amor.

Los cadáveres, amontonados en ruda confusión de contienda, cubrían el suelo. Convulsas, las manos empuñaban las armas. Contraídos por el odio, los rostros guardaban, allende la vida, su gesto de maldición. Y las pupilas, cuajadas por la muerte, entre abiertos é inmóviles párpados, buscaban en la inmensa lejanía del cielo su quimera.

El rey Antán murmuraba :

— ¡ Locos !... ¡ Locos !...

E inclinándose bajo la tenue claridad lunar para ver de cerca los grandes cuerpos, rígidos ya, el príncipe replicó absorto :

— ¡ Padre, cuán bellos son los locos, y cuán bella ha de ser tal locura de muerte !...

Una voz, recia y hostil, clamó entre las sombras :

— ¿ Quién va ?...

Detuviéronse los viajeros, mudos de espanto, y ante ellos se irguió la dura silueta de un guerrero que, con el roto leño de su lanzón trocado en báculo, sustentaba la vacilante fortaleza del cuerpo herido.

Tornó la dura voz hostil á clamar entre las sombras :

— ¿ Quiénes sois, los que llegáis ? ¡ Bienvenidos, si amigos ; y si enemigos, aprestad el ánimo y la espada, que aún guardo bríos capaces de haceros morder la tierra !

— ¡ Ni amigos ni enemigos ! — dijo lentamente el rey Antán. — Extraños somos á tu hueste como á la de tus contrarios, y extraños también á esa bárbara ley de guerra. ¿ Qué insania pudo llevaros de esta manera á matar y á morir ?

— ¿ Insania llamas á una santa causa ? ¿ No sabes que por ella mueren, en los campos de batalla, emperadores y reyes ? ¿ De qué tierra llegáis, ignorando aquello que la fama proclamó de extremo á extremo del mundo ?

— Llegamos de un reino de paz, asentado sobre cumbres demasiado altas, para que las alcancen estos ecos de vuestras contiendas y estos estragos de vuestras armas...

Hubo una larga pausa de silencio... Al fin, el hombre de armas imploró :

— ¡ Estoy solo ! ¡ Estoy herido ! ¡ Tengo hambre y sed ! Ya que no es lejano vuestro hogar, dadme albergue hasta que se cierren mis heridas y tornen mis fuerzas.

Dudó el rey Antán...

— ¡ Jamás extranjero pisó el suelo de Graal !

Suplicó el príncipe :

— ¡ Padre, anhele escuchar de este hombre narraciones de extrañas costumbres y portentosos hechos !

— ¡ Locuras sin cuento, hijo mío, serán sus palabras !

— ¡ Entre nosotros, padre, al par que de sus heridas, sanará de su demencia !

— ¡ Ven, pues !... — concluyó el rey, brindando al extranjero su compañía.

Y con las primeras luces del alba, fuéronse juntos los tres, peñas arriba, camino de las brumosas cumbres donde ignorábase el amor, donde ignorábase la voluntad, donde era desconocido todo ideal, en tanto que por amor, por voluntad, y por ideal, luchaban los hombres en implacables contiendas de muerte, allá en los trágicos valles sangrientos.

IV

Curadas le fueron al extranjero sus heridas, más no su insania, y prestando oído á sus razones, por sinrazones tenidas, el rey y el príncipe distrajeron los ocios en veladas largas del invierno montaraz.

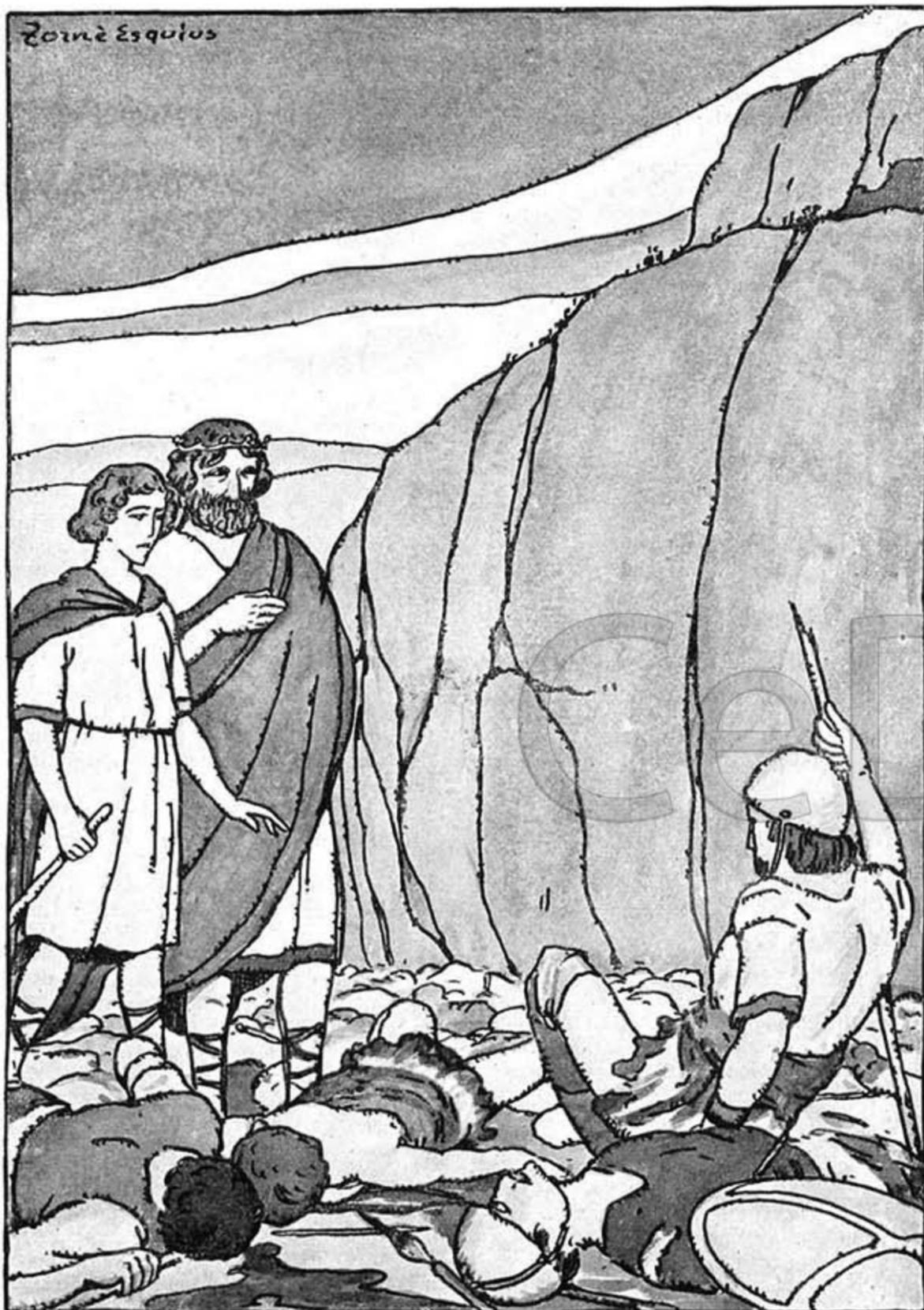
No fueron solos en escuchar tales discursos el monarca y su hijo, ya que al amparo de las fogatas encendidas con tomillo y mejorana, muchos súbditos de Graal atendieron á las raras disquisiciones de aquel hombre, que hablaba de amor y de voluntad á quienes ni amaron ni quisieron nunca.

Los que oyeron tales cosas, repitieronlas por doquier : en caminos, en albergues, en encrucijadas, bajo sus techos, en las callejas del lugar.

De tal modo extendióse por Graal el verbo del lunático decidor... De tal modo fueron inquietados los espíritus antes sosegados en inconsciencia milenaria.

Reprocharon los viejos al monarca tan imprudente acción, cual era dar albergue á un insensato, capaz de torcer el juicio á quien más recto y firme lo tuviera... y aquello que los ancianos juzgaron desdichada temeridad, fué alabado sin reservas por los jóvenes, quienes dieron en llamar cordura á lo que los viejos diputaran por demencia, y en considerar tales y extraños ecos de otro mundo como profecías, como venturoso anuncio de otra y más grata vida.

Unos acusaron al extranjero de perturbador... Otros le acataron como maestro y como mensajero de ventura... Y así, en el reino de Graal hubo de surgir en primer lugar la discordia, eterno pregonero de toda renovación.



Detuviéronse los viajeros, mudos de espanto, y ante ellos se irguió la dura silueta de un guerrero.

Más grave fué el desorden al llegar el tiempo: blando y quedar libres de nieve los caminos.

De poblado en poblado, y peregrino al par que misionero, sembró el Perturbador, sobre el yermo de las almas, su fecunda semilla de Ideal.

Dijo, á cuantos quisieron escucharle, grandes cosas. Dijo el santo amor de la paternidad, que nos da, en cada hijo, un báculo para el áspero camino de la vida; dijo el fuego de las mocedades que es, en ellas, vida de la vida, y más allá lumbre remota cuyo amparo buscan las almas fatigadas, para descansar en el recuerdo; dijo, en fin, el altruismo y la caridad, ternuras vagas en las cuales vienen á dar los reflejos de otros amores más singulares é intensos; luz difusa y blanda de lejana proyección, de suave tibieza consoladora...

Así dijo el Perturbador la voluntad de amar...

Y luego del amor dijo el odio, dijo la lucha contra lo injusto y lo perverso, dijo la rebeldía del pensamiento contra el mal, y contra el mal, el esfuerzo de los brazos cuando el de la razón no basta.

Así dijo el Perturbador la voluntad de odiar...

Pasó, dejando una candente huella de vehemencias, de anhelos, de inquietudes...

¿Qué se hizo la paz? ¿Qué se hizo la tranquilidad de aquellos hombres? ¿Qué, su antes imperturbada calma?

Dieron los padres en amar á sus hijos, y los hijos gustaron de amar á sus padres y á sus hermanos. De tal suerte ocurrió, que al despertar á tan grandes amores los jóvenes, llegado el día de abandonar la choza paterna, hubieron de hacerlo con dolor, y con dolor les vieron partir quienes en ella quedaron.

Dieron los mozos en amar á las mozas, sus elegidas, con un grande amor sentimental, vestido con galas de ilusión y cendales de ensueño; y dieron las niñas, llegadas á mujeres, en no aceptar hogar ni brazos que los brazos y el hogar del amado no fueren.

Estas ternuras abrieron manantiales al cauce del sufrimiento: sufrieron los amadores desdeñados; sufrieron las enamoradas no atendidas; vinieron, de la mano del amor, los desengaños, los celos, las pasiones contrariadas, las pasiones locas, las iras inexorables, los inexorables rencores... Y de la mano del amor llegó también la ambición, ya que los amadores hubieron de anhelar, para aquéllos á quienes amaren, mejor suerte y más clemente vida que las por ellos alcanzadas...

Trabáronse, pues, en Graal las duras luchas del interés y las mezquinas contien-

das de la intriga. Trabáronse opuestas voluntades en recias lides, y en aún más rudos combates midiéronse enconos de pasión.

Mas ¡ ay !... sobre tal dolor de la existencia, pasajero y breve como ella, se alzó, infinito y eterno, el dolor de la muerte, de la muerte que antes no dejaba huella de tristeza — no evocando nostalgias de amor — y que ahora, llevándose á los amados, atormentaba ¡ oh, cuánto y cuán intensamente ! á los inconsolados amadores.

Arrojando semilla de Ideal fuese el Perturbador.

El antes yermo de las almas cubrióse de pasionales amapolas; pero bajo los sangrientos pétalos creció también, rastrera y vivaz, la retama amarga del dolor.

No habituados al sufrimiento, los súbditos del rey Antán juzgaron bárbara esa ley que en íntimo consorcio enlaza desgracia y dicha. Renegaron, pues, al cabo, del extranjero, que en mal hora osó atentar á la paz de las alturas y á la placidez de las existencias libres de Ideal, desiertas de Amor, y huérfanas de Voluntad, enseñando inquietantes doctrinas de ensueño, de pasión, y de albedrío.

Clamó el pueblo atormentado, y sus clamores dieron razón á quienes censuraran la hospitalidad dispensada al lunático por el rey. En vano hicieron muchos causa común con el Predicador; la causa fué perdida, y ante el rey suplicaron los cuitados:

— ¡ Castiga á ese hombre !...

Inquirió el rey:

— ¿Cuál fué su yerro?

Una voz hecha de mil voces acusó:

— ¡ Trájonos dolor ! ¡ Nos enseñó á sufrir !

— ¡ En su disculpa recordad que, siendo mensajero de amor, hubo de mostraros el secreto del placer !

— ¡ Mal haya tal secreto ! Era nuestra ignorancia una gran serenidad... Hoy, en cambio, por una hora de ventura pagamos cien días de tristeza... ¡ Mal haya tal secreto; y ve, señor, que esto es engaño, y que no es merced sino castigo la dicha que tan cara cuesta !

Meditó el rey... murmuraba en tanto la muchedumbre... Tranquilo, aguardaba el acusado su destino.

Alzóse el monarca, y preguntó á su pueblo:

— ¿Cuál será el castigo ?...

Y el pueblo, en voz hecha de mil voces, respondió:

— ¡ La muerte !



Ante él, los rebelados contra el dolor de amar, contra el tormento de anhelar, contra la melancolía de soñar, recogían piedras y leños...

— ¿ La muerte?... — clamó en asombro Antán — ¡ Barbarie es esa que jamás traspasó nuestras fronteras! ¡ Insensatos!... ¿ Quién pudo enseñaros á matar?...

Un anciano designó al Perturbador:

— ¡ El!...

Otro anciano dijo al rey:

— ¿ Ignoras lo que pasa en tu reino? Ha poco, un hombre dió muerte á otro que cortejó á su amada... Ayer, el padre del muerto ahogó entre sus manos al matador.

Inclinóse el monarca en pesadumbre... Concedió:

— ¡ Haced vuestra voluntad!

V

Sujeto por recias ligaduras á un tronco añoso, aquél que fué combatiente en el valle y en las cumbres profeta, dispúsose á morir.

¡ La muerte! ¡ Vana cosa en verdad! Un soplo de violencia, y la llama encendida en nuestro ser vacila, se inclina, desaparece; queda de ella un ascua, reflejo postrero; luego, el ascua pierde su calor y su brillo, se oscurece, se enfría, se apaga...

Sujeto por recias é inútiles ligaduras á un tronco añoso, el Perturbador dispúsose á morir.

Ante él, los rebelados contra el dolor de amar, contra el tormento de anhelar, contra la melancolía de soñar: los necios, los egoístas, los cobardes — eran legión — recogían piedras y leños.

Un energúmeno clamó:

— ¡ Tirad y dadle fin!...

Replicaron otros:

— ¡ Tú, que has hablado, asesta el primer golpe!...

Zumbó un guijarro, hendiendo el aire, y fué á dar en la frente altiva del Predicador.

Brotó la sangre, y corrió de la frente al pecho, y del pecho cayó en raudal sobre las clavellinas del campo en flor... Las clavellinas eran blancas, y tornáronse rojas.

Sobre el condenado llovían los golpes... Fueron pronto incontables sus heridas... Fué pronto su cuerpo una gran llaga palpitante. Caían las carnes desgarradas; crujían los huesos astillados; era horrible el suplicio y bárbara la pena... El rey Antán, que había cubierto sus ojos en espanto, preguntó á su hijo:

— ¿ Muere?

Y el príncipe, con voz lejana, respondió:

— ¡ Sonríe!

Terminada la ejecución lleváronse al muerto. Los ancianos, consejeros del rey, acallaron los escrúpulos que ante lo hecho inquietaran al monarca, prometiéndole que el reino tornaría á su primitiva calma, y que no amando, no deseando, y no soñando, guardaríanse del dolor las fronteras de Graal...

Mas llegada que fué la noche de aquel día, junto al tronco añoso al pie del cual murió el Perturbador, dos amantes confundieron sus lágrimas y sus besos. En prenda de fé, el príncipe Inar, que era el amador, prendió una ensangrentada clavellina sobre el pecho de su amada, y en prenda de ternura la amada del príncipe brindó una ensangrentada clavellina á su amador. Fuéronse luego los enamorados, unidos en voluntad, ilusos en ideal, y hermanados en sufrimiento... Fuéronse, y en lejanía siguieron confundiendo sus lágrimas y sus besos.

En las noches de otros días, otros amantes vinieron á cosechar rojas clavellinas en el bermejo campo en flor... y aunque los prudentes ancianos, consejeros del rey, mandaban segar las flores purpúreas al morir de cada tarde, las clavellinas de amor y de ideal brotaban y florecían en las noches; las clavellinas de amor y de ideal brotaban y florecían en florecimiento de inexorable voluntad...

(Ilustraciones de Torné-Esquius.)

FIN DE LAS LEYENDAS DE LA VOLUNTAD, DEL AMOR, Y DEL IDEAL.

SIESTA DEL TROPICO

Domingo de bochorno, mediodía

De reverberación

Solar. — Un policía,

Como empotrado en un guardacantón,

Durmiendo gravemente. Porquería

De un perro en un pretil. Indigestión

De abad. Cacofonía

Sorda de un cigarrón.

Soledad de necrópolis, severo

Y hosco mutismo. Pero

De pronto en el poblacho

Se rompe la quietud dominical,

Porque grita un borracho

Feroz: — ¡ ¡ Viva el partido liberal! !

Cartagena de Indias.

Luis C. LOPEZ.

EL 2... DE MAYO

Por JOSÉ LOPEZ DE FLORES

RECUERDOS HISTÓRICOS.

Corrían los primeros años del siglo XIX, y mientras que Napoleón triunfaba en el continente, su flota coaligada con la española fueron destruidas en *Trafalgar*, por Nelson, que cayó mortalmente herido en su triunfo (21 octubre 1805).

Después de la batalla de *Iena* (14 octubre 1806) que abrió a los ejércitos franceses las puertas de Berlín, Napoleón, habiendo perdido su marina en *Trafalgar*, y no teniendo otro medio de molestar á su implacable enemiga, la Inglaterra, que impedirle su comercio en el continente, decreto aquél su famoso *bloqueo continental*. Europa entera cerró sus puertos á los buques de la marina británica, á excepción de Portugal que quedó sometido á la influencia inglesa; y para castigar tamaño desafuero, el emperador obtuvo de la corte de España el consentimiento de que sus tropas pasaran los Pireneos, al mando de Junot, para invadir el territorio portugués.

Aprovechándose de las desavenencias que á la sazón existían entre el rey Carlos IV, de triste memoria, y su hijo Fernando, les preparó á ambos, bajo pretexto de arbitraje, una emboscada en Bayona, en donde les retuvo prisioneros, y les obligó á abdicar. Fue entonces, en Mayo de 1808, cuando Napoleón se apoderó de España, engañando al pueblo español y á su soberano por procedimientos desprovistos de toda lealtad.

Esta toma de posesión de España, reveladora de la ambición de Napoleón, suscita la indignación nacional del pueblo, que se apresta á la lucha y que no ha de desarmar hasta el gran día en que, á través de las más trágicas peripecias, recobra su independencia después de poner en vergonzosa fuga al rey intruso, José Bonaparte, que le ha sido impuesto despóticamente.

Hay en todo este drama, de una y otra parte, algo que es conmovedor y grandioso. Desde la jornada del 2 de Mayo, en la que el pueblo de Madrid, con Daoíz y Velarde á su cabeza, se opuso á la marcha de los últimos miembros de la familia real, los infantes Don Antonio y Don Francisco de Borbón, y en la que fué pronunciado en un acceso de legítimo furor el juramento de odio contra Napoleón, hasta el inmortal sitio de Zaragoza que se prodigaron tantas abnegaciones, oscuras en su mayor parte pero todas heroicas, el glorioso drama desborda en episodios sangrientos; y no solamente resalta á la vista la indomable resistencia de los oprimidos, sino también el admirable valor de los soldados que la ambición del opresor sacrificaba á la más injusta de las causas.

No es mi ánimo poner aquí de manifiesto la indignidad de los actores responsables que, fuera del pueblo, contribuyeron á la trágica aventura, pero esto no atenúa en nada la conducta impolítica y reprensible de Napoleón, arrebatando una corona á un soberano, después de hacerlo su prisionero, para trasmitirla á su hermano José, corona cuyo peso debía aplastar algunos años más tarde á sus raptos.

Estos acontecimientos emocionantes que se desarrollaron hace ciento y pico de años en el mediodía de Europa, fueron á despertar el patriotismo español; fueron á abrir en España una tumba no sólo para sus hijos, sino también para los más gloriosos combatientes de las legiones francesas, y, por vía de repercusión, abrir otra tumba en Rusia para los soldados expedicionarios del « Grande Ejército ».

Las tropas francesas que entraron en España, abren las puertas de Madrid á José Bonaparte por la victoria de *Rioseco*, librada



A. PEREZ RUBIO. — El Alcalde de Móstoles. Episodio de la Guerra de la Independencia.

en Julio de 1808. Los Españoles no quieren aceptar bajo ningún concepto la dominación extranjera, y el valor de los soldados del Imperio se estrella contra su fanatismo patriótico y religioso. La capitulación del general Dupont en *Bailén* es la primera derrota de Napoleón. De ella dice un historiador de la época, que: « los cañonazos disparados en Bailén resonaron en todos los gabinetes europeos ».

Al mismo tiempo entra Wellington en Portugal con un ejército inglés, y obliga á Junot á capitular en *Cintra*. El rey José debe evacuar Madrid.

Después de estrechar su alianza con Alejandro en el *Congreso d' Erfurt*, Napoleón vuelve en persona á España, y por las victorias de *Burgos*, *Espinosa*, *Tudela* y *Somo-sierra*, restablece de nuevo á José en Madrid, en tanto que Sault hace retroceder hacia el mar á 30.000 Ingleses que habían desembarcado en las costas de Galicia, en La Coruña.

El emperador parte entonces de España — donde ya no vuelve á poner los pies — dejando el mando á sus lugartenientes que, faltos de unión y de inteligencia mutua, van á empeñar sus fuerzas en pequeños combates y en sitios gloriosos, pero mortíferos, tales como los de *Gerona* y *Zaragoza* (este último, de Julio de 1808 á Febrero de 1809).

En efecto, después de la batalla indecisa librada al rey José en *Talavera*, por Wellington (Julio de 1809) éste se repliega cerca de Lisboa, detrás de las líneas de *Torres-Vedras*, que él defiende obstinadamente y que Mas-

seña no puede forzar (octubre de 1810 á marzo de 1811). Luego, tomando la ofensiva, Wellington bate á Marmont en *Salamanca* (Julio de 1812) y á José en *Vitoria* (Junio de 1813), y franquea el Bidasoa, en 1814, poniendo fin á la guerra de España por su victoria de *Orthez* sobre Sault, en los Bajos Pirineos.

Pálido fuera reseñar en este corto espacio — aparte de los grandes hechos de armas citados — los innumerables actos de abnegación y valentía que, particularmente, tuvieron lugar en consecuencia. Historiadores como Lafuente, escritores como Pérez Galdós, entre otros, los han descrito con todo lujo de detalles y minuciosa imparcialidad; también los poetas se inspiraron, sobresaliendo entre ellos Bernardo López García con sus vibrantes versos: « El 2 de Mayo », personificadores del espíritu fidedigno de la cruenta lucha. He aquí algunos de sus párrafos:

« Oigo, Patria, tu aflicción,
Y escucho el triste concierto
Que forman tocando á muerto
La campana y el cañón.
Sobre tu invicto pendón
Miro flotantes crespones,
Y oigo alzarse á otras regiones,
En estrofas funerarias,
De la iglesia las plegarias
Y del arte las canciones.
Lloras porque te insultaron
Los que su amor te ofrecieron;
A ti á quien siempre temieron

Porque tu gloria admiraron ;
 A ti por quien se inclinaron
 Los mundos de zona á zona ;
 A ti, soberbia matrona,
 Que libre de extraño yugo
 No has tenido más verdugo
 Que el peso de tu corona.

.....
 ¡ Y aún hubo en la tierra un hombre
 Que osó profanar tu manto !
 ¡ Espacio falta á mi canto
 Para maldecir su nombre !
 Sin que el recuerdo me asombre
 Con ansia abriré la historia,
 Presta luz á mi memoria
 Que el mundo y la gloria á coro,
 Oirán el himno sonoro
 De tus recuerdos de gloria.
 Aquel genio de ambición
 Que, en su delirio profundo,
 Cantando guerra, hizo al mundo
 Sepulcro de su nación,
 Hirió al ibero león
 Ansiando á España regir,
 Y no llegó á percibir
 Ebrio de orgullo y poder,
 Que no pudo esclavo ser.

Pueblo que sabe morir.
 ¡ Guerra ! clamó ante al altar
 El sacerdote con ira ;
 ¡ Guerra ! repitió la lira
 Con indómito cantar ;
 ¡ Guerra ! clamó al despertar
 El pueblo que al mundo aterra ;
 Y cuando en hispana tierra
 Pasos extraños se oyeron,
 Hasta las tumbas se abrieron
 Gritando : ¡ Venganza ! ¡ Guerra !
 La virgen, con patrio ardor,
 Ansiosa salta de lecho ;
 El niño bebe en el pecho
 Odio á muerte al invasor ;
 La muerte mata su amor,
 Y cuando calmado está,
 Grita al hijo que se va :
 — ¡ Pues que la patria lo quiere,
 Lánzate al combate y muere...
 Tu madre te vengará ! —
 Y suenan patrias canciones
 Cantando santos deberes ;
 Y van roncadas las mujeres
 Empujando los cañones ;
 Al pie de libres pendones
 El grito de patria zumba,
 El rudo cañón retumba



Goya — Fusilamientos de la Moncloa.



V. PALMAROLI. — El 3 de Mayo de 1808.



J. SOROLLA. — Defensa del Parque de Madrid, 2 Mayo 1808.

Y el vil invasor se aterra,
Y al suelo le falta tierra
Para cubrir tanta tumba.

¡ Mártires de la lealtad,
Que del honor al arrullo
Fuisteis de la Patria orgullo
Y honra de la humanidad,
En la tumba descansad,
Que el valiente pueblo ibero
Jura con rostro altaner,
Que hasta que España sucumba,
No pisará vuestra tumba
La planta del extranjero ! »

Tales fueron, á grandes rasgos, los sucesos sangrientos que originó la desmedida ambición de Napoleón, en su objetivo utópico de querer fundar el gran imperio continental, empresa en la cual España contribuyó no poco, como factor principal, á su fracaso.

Invadiendo el territorio hispano por los procedimientos desleales indicados anteriormente, cometía así, á la vez que una acción que ha dejado una sombra sobre su memoria, juzgada por la historia, la más grande falta de su reinado, falta terrible, fuente de todas

sus desdichas, falta fatídica, falta que, según el fatalismo musulmán, revela por anticipado que ya estaba decretado en el libro del destino su caída final, ocurrida en efecto seis años más tarde, y de la cual fué su causa inicial.

Desde entonces, salvo la expedición de los cien mil hijos de San Luis para restablecer el régimen absolutista en apoyo de los Borbones, las relaciones entre ambos países fueron siempre cordiales; la civilización y el progreso han modificado las conciencias de los hombres, dando al olvido antiguas rencillas y querellas nacionales, para marchar unidos de la mano por la senda de sus comunes aspiraciones; pero, con todo, cada vez que aparece el mes de Mayo en su revolución anual, el alma hispana no puede á menos de recordar con orgullo la imagen de aquellas víctimas heroicas que defendieron el suelo de la patria, el solar de sus mayores; de aquellos infatigables guerrilleros, capitaneados entre otros por Don Juan Martín, *el Empecinado*, merced á los cuales, el pueblo español figurará eternamente en la historia de la humanidad como el apóstol consagrado de la independencia nacional, como el campeón armado de la justicia divina.



RESUMEN DE LOS CAPITULOS PRECEDENTES (1)

Estrazilla, Meñique, y Gil Blas son tres niños abandonados. Estrazilla se llamaba en otro tiempo Cayetano, y por abreviatura « Tanto ».

Vivia feliz entre su padre, el honrado peón de albañil Sebastián Valdemoro, y su madre, Aurora. Un día entró la desgracia en la casa. Aurora no era fiel á Sebastián. Una vez la sorprendió éste con su amante. Los dos hombres lucharon. El padre de Estrazilla fué muerto, la madre huyó y no volvió más, y el niño quedó solo. La « seña » Salvadora, una buena mujer que era vecina de los Valdemoro, recogió al chico. Estrazilla iba con ella por las calles, vendiendo frutas, dulces y azucarillos. Así vivieron, la « seña » Salvadora y su protegido, hasta que, llegado el invierno, la buena anciana murió, cargada de años y de achaques. Estrazilla,

al quedar en completo abandono, conoció la indigencia de los jornadas sin pan y sin hogar. Una mañana en que estuvo á punto de sucumbir, exhausto, trabó conocimiento y amistad con el señor Pepe, apodado « Traga Mirlos », tipo clásico del pajarilero ó vendedor de pájaros. El señor Pepe utiliza los servicios de una banda de pilluelos que ha sentado sus reales en la pradera del Canal, y en cuyas filas acaban de ingresar Estrazilla, Meñique, y Gil Blas. Los chiquillos se aplican en cazar los pájaros y los perdizos que constituyen la base del comercio del « Traga Mirlos », y éste bautiza á la cohorte de sus auxiliares con el pomposo nombre de « La Veterana ». De igual modo que el Traga Mirlos, recurre al auxilio de La Veterana don Ulpiano Covarrubias, fabricante de caretas y de figurones de Carnaval, así como de bustos de personajes célebres. Este don Ulpiano, que es también hombre bondadoso y protector de los niños abandonados, vivió una historia tan compleja como accidentada. Hijo de un cabecilla carlista, quedó huérfano, y fué llevado á Roma por un Obispo amigo de su padre. En Roma, Covarrubias frecuentó los talleres de arte y los estudios de pintor, y agitando en un medio de ideas avanzadas y radicales acabó por adoptar las contrarias de su padre. Aventuras de amor le obligaron á huir de Italia, y á buscar fortuna vanamente en Francia, hasta que recaló en Madrid. Aquí le encontramos, establecido, concurriendo asiduamente á todos los centros y cafés que son punto de reunión para los revolucionarios.

Don Ulpiano Covarrubias ha invitado á almorzar á su amigo don Anacleto de la Redonda. Es éste un maestrillo de escuela, tímido y encogido, que reúne todas las defectos de la más completa fealdad. Terminada la comida, y durante la conversación de sobremesa, el buen don Anacleto da cuenta á don Ulpiano de un conflicto sentimental en que se encuentra: el de hallarse enamorado. Luego, los dos amigos hablan de la inminencia de la Revolución, cuyas alas trágicas se ciernen sobre el trono de los Borbones, y acaban por separarse, al llegar al taller los afitados de La Veterana, y comenzar para Covarrubias la jornada de labor.

Don Ulpiano, « Meñique », « Gil Blas » y « Estrazilla », trabajan durante toda la tarde en la confección de un armamento de corazas, espadas y cascos, que necesita para aquella noche una compañía de cómicos que actúa en el teatro de Price. Al acabar el trabajo, los chicos reciben su modesto salario y se van, pero don Ulpiano retiene á Estrazilla, cuyas buenas cualidades le sorprenden, y le propone quedar á su servicio de un modo permanente.

¿ Te conviene la placita ? Iras á cenar á mi casa y allí harás algún recado. Cuando se te ordene te vendrás al taller, y aquí dormirás en un camijo que te dispondrá la Señora Basiliisa. Si yo almuerzo aquí, irás á buscarme la gallina y participarás de las sobras; y cuando yo no aporte por estos andurriales, mi ama de llaves cuidará de que no te falte á medio día algo con que engañar la gazuza. Tendrás tu

salario de treinta reales al mes. Te vestiré para que no vayas enseñando las carnes, y se te darán unas alpargatas y una gorra. No hará aún dos meses que te conozco, y no sé ni de donde vienes, ni de que nido te has caído, pero tienes buena planta, y me parece que no me has de salir con alguna granujada. Aunque lo peor sería para tí, porque no te ha de ser fácil encontrar amo que te reciba como yo, á prueba y sin fiadores... Conque, ya puedes decir si te gusta la proposición.

Asombrado quedó Estrazilla de lo que oía.

(1) Véase los números de Febrero, Marzo y Abril 1913.

— Señor Ulpiano — dijo — haré lo que V. quiera. No sé si serviré para ello, pero me portaré lo mejor que pueda... Muchas gracias.

— ¿ De modo que te agrada mi oferta ?

— ¡ Loco de contento !

— Pues ya estás en funciones... Piénsalo antes... Tú debes estar acostumbrado á la vida errante, y acaso no te hagas á la sujeción.

— Sí, señor, sí que me haré. Yo sólo quiero trabajo y vivir como viven los hombres, sino que hasta ahora nadie me ha querido emplear... ¡ He pasado tanto !

— ¿ Cuántos años llevas en esa vida ?

— Muchos, no sé. Desde que se murió mi abuela. Cuando se duerme al raso, las noches se confunden con los días y el tiempo pasa, pasa sin que pueda uno medirlo.

— ¿ Y cuántos años tienes ?

— Creo que 14, pero no estoy seguro. Los que vivimos así, somos como los perros de la calle. Para nosotros, los años no tienen número.

— Antes has amenazado á *Gil Blas*, porque dijo algo de tus padres. ¿ Tampoco á mí me concedes el derecho de averiguar tus antecedentes ?

— ¡ A V. sí, señor Ulpiano, porque V. lo querrá saber para mi bien, pero ese ahorcado habla lo que no debe por fastidiarme, por vengarse de los muchos trompis que le tengo arreados. ¡ Es un bribón !

— Pues cuéntamelo todo. No es curiosidad. Es interés por ti. Ya ves que te recibo de criado, y quiero enderezar tu vida.

— V. es muy bueno y me ha quitado el hambre muchas veces ¡ La Virgen le bendiga !

— ¿ Tú te escapaste de tu casa ?... Habrías cometido alguna picardía y huyendo del castigo...

— No, señor; yo no me escapé. Vivía con mi abuela... Es decir, no era mi abuela, era la Señá Salvadora, una vecina de mis padres... Cuando ocurrió... lo que ocurrió, ella me recogió. Estuve con ella, hasta que un día se murió la pobrecita. Entonces me echaron de la guardilla, y como no conocía á nadie, anduve por todo Madrid sin saber á donde iba. Sentía hambre, frío, miedo... Me temblaba el cuerpo y el alma. Era ya de noche, me senté en un rincón de la Plaza de la Paja, y me quedé dormido.

— ¡ Pobre criatura ! ¿ Cómo no habrás perecido bajo tanta desdicha ?... ¡ Pedirías limosna... !

— ¡ Aún no sabía !

— ¡ Aún !... ¿ Luego aprendiste ?

— Sí, señor.

— ¿ Quién te enseñó ?

— ¡ El hambre !... Un día sin probar bocado, me quitó la vergüenza que antes me daba decir : « una limosnita, señora ».

— ¿ Y cómo te has juntado con esa catterva de pilletes ?

— Pues lo que pasa. Me encontraba con unos y con otros. Si iba al Mercado en busca de alguna caridad, allí estaban ellos. En los rincones oscuros donde me escondía para dormir, nunca faltaban otros chicos á quienes le pasaba lo que á mi... Yo quería andar solo, porque aquellos muchachos me daban espanto. A veces me pegaban por divertirse. Una vez que me ofrecí á ayudar en la descarga de un carro de melones en la Plaza del Rastro, me dieron por mi trabajo ocho cuartos. Un chico que lo había visto, me los quiso quitar. Era mucho más alto que yo, pero me defendí. Le tiré una piedra á la cabeza, y le saltó la sangre. Al verle herido, me dió mucha lástima y me eché á llorar. Entonces vinieron otros granujas amigos de aquél, y entre todos me aporrearon y me robaron el dinero. De los golpes y de la rabia me puse malo. Creí que iba á morir de desesperación y de tristeza... Pero no me morí... ¡ A veces es difícil morir !... Comprendí que era preciso vivir con la catterva de chicos que me rodeaba siempre, y comprendí que era necesario meterles miedo... un día me atreví con el más fuerte y le pude. Desde entonces, no se metieron más conmigo.

— Eso pasa en todas partes y en todos los estados sociales ; donde quiera que hay hombres, la fuerza impera. Pero oye, dime algo de tus padres.

— Mi padre murió de mala manera. Le mató otro hombre.

— ¿ Quién ?

— No lo sé.

— ¿ Cómo ?

— Riñendo... Yo era muy pequeño. La Señá Salvadora, la buena mujer que me recogió, no me quería nunca hablar de eso, y cuando yo le preguntaba ella se hacía la desentendida. Atando cabos, pensando en unas cosas y en otras, llegué á adivinar algo.

— ¿ Y cuál fué la causa de la riña en que tu padre murió ?

— ... ¡ Mi madre !...

— ¡ Ah !... No me digas más, no quiero obligarte á más explicaciones. Basta.

Así concluyó aquel diálogo, que tuvo para Cayetano profundas consecuencias. El ser interrogado por un hombre bueno y generoso que le demostraba simpatía, le elevó en la propia estimación, como si la noble curiosidad de Covarrubias fuese un homenaje á su desgracia. Nunca hasta entonces ha-

bia obtenido de los demás, la consideración afectuosa que advertía en el Señor Ulpiano. El desprecio, la burla, la indiferencia, le rodearon siempre, y fueron matando en su alma todos los impulsos que elevan y dignifican. Había creído que no todos los hombres eran iguales, que había castas diversas y que él pertenecía á la inferior, á la que no tiene derecho á nada, á la que los poderosos, los felices, los que llevan dinero en el bolsillo, viven en sus casas y duermen en sus camas, y otorgan con suprema magnanimidad el derecho á buscarse la vida, utilizando lo que por inútil se tira. El perro vagabundo que va de basurero en basurero buscando el duro mendrugo, el hueso y la carroña arrojados de las cocinas, pareciale al muchacho de condición más semejante á la suya que

la de los otros hombres. Y así se había acostumbrado á la denigración y á la ignominia, aceptándolas como naturales condiciones de su existencia. Relámpagos de dignidad habían iluminado rara vez su espíritu ¿ No se puede vivir mejor ? ¿ Será un crimen ó una locura pretenderlo ?... La realidad avasalladora había ido adaptándole á la miseria, y no concebía que fuese posible salir de la situación en que se hallaba. No se le ocurría com-



— Sí, señor, sí que me haré. Yo sólo quiero trabajo y vivir como viven los hombres, sino que hasta ahora nadie me ha querido emplear... ¡ He pasado tanto !

pararse con los que le daban limosna, le insultaban y le perseguían, y no aspiraba á salir de aquella servidumbre de la crueldad, en la que contaba por días venturosos, los en que no había sentido en las entrañas la mordedura del hambre.

Covarrubias, envuelto en la humareda que salía de su pipa, permaneció algunos minutos silencioso, mirando al suelo. Luego dijo:

— Dos preguntas voy á hacerte... Dime la verdad... Cuanto más franco seas, más te estimaré... La necesidad, el ejemplo de los tunantuelos que te rodean ¿ te han inducido á robar alguna vez ?

— ... ¡ Sí, señor !

— ¡ Me lo temía !... ¿ Qué has robado ?

— ¡ Pan !

— ¿ Nada más que pan ?

— Pan sólo... una noche... estaba nevando. No andaba nadie por las calles. A nadie podía pedir limosna... Pasé frente á un puesto de la calle de Ciudad Rodrigo, vi una espuerta llena de roscas... Cogí una y eché á correr...

— ¿ Te persiguieron ?

— Nadie me vió... Pero me daba horror aquello... El *Gil Blas*, el *Gurapo*, el *Tozo*... los que huronean en el Mercado y andan por los paraderos de la calle de Toledo, esperando la ocasión para llevarse algo, cuando se descuidan los criados ó los páparos que vienen de los pueblos, me dan asco.

— ¿ Quién te ha dicho á ti que es malo robar ?

— La Señá Salvadora me lo ha dicho muchas veces... Y un día que fui con el Señor Pepe el *Traga Mirlos* á los prados de San Fernando...

— ¿ Quién es ese personaje que tan pomposo título ostenta ?

— Un hombre que vende pájaros... Yo le acompaño algunas veces, y le ayudo á llevar las jaulas con los reclamos y el bote de la liga, las ballestas y la red... Un día que fuimos á los prados, junto al Jarama, cuando estábamos echados sobre la yerba esperando que entraran los bandos de jilgueros, pasó una pareja de la Guardia Civil, que llevaba atado codo con codo á un joven. El Señor Pepe saludó á los guardias y les dijo: — « Ustedes han cazado sin red. ¡ Buen pájaro ha caído ! »

— Uno de los guardias contestó: — « Este sinvergüenza le ha quitado á una pobre vieja, que estaba lavando en el río, un napoleón que llevaba en la faltriquera, y además la ha herido. Es un canalla. Pero ya lleva lo suyo... »

— « Ahí tienes — me dijo luego el Señor Pepe — lo que les pasa á los hombres malos. Parece que no debe haber nada peor que ser

pobre. Pues aún es mucho más malo ser ladrón, porque el pobre puede dar lástima, pero el que roba sólo produce desprecio... Tenlo presente, Cayetano. Mira qué hermosa está la mañana. Mira cuantas flores hay en la pradera. Aquellos chozos que están junto al río dan una sombra que encanta. ¿ No sientes alegría de estar aquí ? Yo, con mis pajarillos y mis ballestas, sentado sobre el verde, oliendo las yerbas que embalsaman, no me cambio ni por el Obispo de Alcalá... Y luego, cuando llegue medio día, y recojamos las redes, y nos comamos el poquillo de carne con patatas que traigo en la tartera, y empinemos la botella, y encienda yo mi colilla, me sentiré tan á gusto y tan contento... En cambio, para ese que llevan atado no hay flores ni cielo alegre, porque no puede tener nunca tranquila la conciencia... Conque ya lo sabes, chico, lo primero es estar tranquilo uno por dentro... Aquellas palabras, y el ver al ladrón que llevaban amarrado como á un animal dañino, fueron cosas que me llegaron al corazón. Cuando nos pusimos á comer, me acordé de que yo también había robado una noche pan, y el que estaba tragando me supo á acibar...

— ¡ Buen maestro de moral es el Señor Pepe el *Traga Mirlos* ! Lo que me cuentas de él, tiene un perfume de honradez que enamora... No olvides lo que el buen hombre te dijo... y ahora la otra pregunta. ¿ Dónde vivías cuando murió tu padre ?

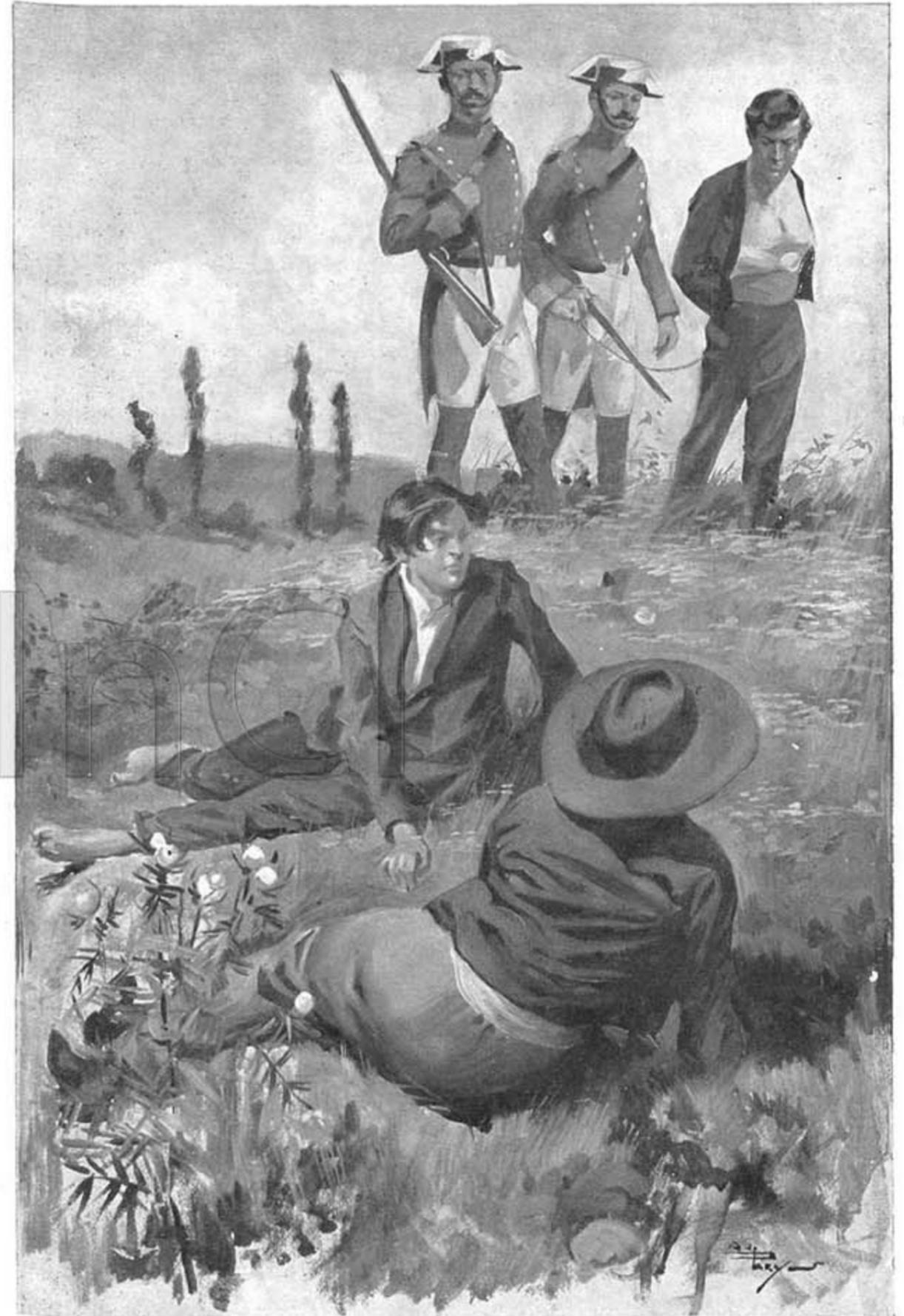
— Pues, en la calle del Calvario, en una guardilla, cerca de la calle de Lavapiés.

— Perfectamente... Se acabaron las preguntas. Ahora nos iremos á mi casa, y después que cenemos te volverás al taller para dormir aquí. Esta noche la pasarás como puedas, en el santo suelo, pero desde mañana dispondrás de un catre tan ancho y cómodo, que tú tampoco tendrás que envidiar al Obispo de Alcalá... Conque, andando, que ya encienden los faroles.

XI

FIGURAS DEL AGORA.

Covarrubias era hombre de ánimo jubiloso, amigo del placer, propenso á la risa, y decidido á sacar del triste capital de su existencia todo el interés de alegría que fuese posible. Su culto de las artes, aunque desordenado y desprovisto de la base de una ilustración seria, era ferviente y apasionado, y le conservaba en esa perenne mocedad espiritual, que da el amor de lo bello á los que son capaces de sentirlo. Sin embargo, en aquellos días, su rostro mostrábase serio y taciturno, como



« Ustedes han cazado sin red. ¡ Buen pájaro ha caído ! »

si una grave preocupación abatiese al modelador de figurones. No disparaba en sus habituales discursos, ni gozaba, como de ordinario, departiendo con los amigos del café. Ni siquiera le inspiraban curiosidad los sucesos políticos que habían adquirido dramática novedad, como que significaban el comienzo de una revolución que se anunciaba amenazadora. Don Anacleto de la Redonda había ido á verle dos veces, pensando contarle, si se atrevía, el feliz curso de sus amores, y no lo hizo, porque halló á su grande y locuaz amigo, silencioso y mal humorado, con pocas ganas de coloquios. La señora Basilisa advirtió que su amo había perdido el apetito, y apenas hacía honor á sus habilidades culinarias, aunque ella se esforzaba por superarlas con invenciones que despertasen el hambre más profundamente dormida. Cuando concluyó Covarrubias los encargos urgentes que le tuvieron varios días en asidua labor, dejó de acudir al taller, y en él se pasaba solitario los días y las noches *Estrazilla*, aburrido y holgachón, sin darse cuenta de si su nueva vida era ó no mejor que la que hasta entonces había llevado. Habíanle hecho cortarse el pelo á punta de tijera y lavarse con jabón y estropajo; habíanle vestido y calzado; habíanle dispuesto en un rincón del taller, detrás de unas tablas que formaban una especie de camarote, un catre con su jerjón y la ropa consiguiente, y no le faltaba el necesario sustento: obra todo ello de la Señora Basilisa, quien había cumplido las órdenes de su señor, añadiendo su buena voluntad por aya caritativa, y porque le era simpático el muchacho. Habíanle prohibido á éste salir del taller, salvo cuando había de ir á casa del señor Ulpiano, y tener relación con los granujillas que habían sido sus amigos y compañeros. El obedecía ciegamente, pero empezaba á cansarse de la soledad y la inacción, sintiendo aquella nostalgia de la libertad que mata á los gorriones enjaulados. Una tarde fué al taller Covarrubias, y dijo á Cayetano:

— Mira. Como estos días no trabajamos, he pensado que vayas un rato por la mañana á la escuela de Don Anacleto, quien te acabará de enseñar á leer. Se lo he dicho y está esperándote. Cuando reanudemos el trabajo suspenderás las lecciones, y volverás á ellas en los días de asueto.

Así lo hizo al día siguiente Cayetano, y encontró al maestro rodeado de chiquillos que, llevando el compás con los pies, marchando sin avanzar, cantaban la tabla pitagórica. « Dos por dos, cuatro; dos por tres, seis... » lección ruidosa con la que, más que matemáticos, parecía que se preparaban coristas.

Mucho le agradó á Cayetano aquella nueva manera de la protección que le dispensaba el señor Ulpiano, y en pocos días avanzó bastante en el dominio del abecedario. Don Anacleto veía con regocijo aquellos progresos, y aprovechó la primera ocasión para decir á Covarrubias.

— El señor de *Estrazilla* une ya las sílabas como un doctor. Muy pronto leerá de corrido.

— ¡ Pobre chico ! — exclamó el señor Ulpiano. — Más vale así.

Y no pudo el maestro prolongar el diálogo, porque su amigo guardó silencio y se quedó abstraído en profunda meditación. Esto ocurría en el sotabanco de la calle de la Parada, donde moraba el pseudo-artista, y en ocasión en que éste comía de prisa para salir con premura, pues tenía una cita de interés, según manifestó al despedir á Don Anacleto, disculpando así el laconismo de sus respuestas. Efectivamente, apenas concluyó la sumaria cena, salió velozmente Don Ulpiano y se dirigió al café del Iris, situado en la calle de Alcalá, frente á la Aduana, que estaba lleno de público, de humo de cigarros y de ruido de conversaciones. Allí le aguardaban ya dos amigos. Ambos tenían aproximadamente la misma edad, de 28 á 30 años; pero, fuera de esta semejanza, en lo demás eran totalmente desparejados. El uno de elevadísima estatura, delgado, con las piernas más largas de lo que cuadraba á la simetría de su figura, con desiguales hombros de los que salía, sobre un cuello cortísimo, una descomunal cabeza que aún parecía mayor, á causa de los quevedescos espejuelos con recia guarnición de concha, y de la pelambriera abundante que, rebelde á peines y cosméticos, se erizaba como el moño de una grulla. Este tal se llamaba Floro Martín Bautista, y era oficial de una Escribanía. El otro, bajito, rechoncho, de nariz chata, pelo liso y aplastado sobre el cráneo, como si acabase de salir del agua, pelo de naufrago recién pescado, según decía Covarrubias, tenía por nombre Galo Ordóñez Urdampilleta, y era agente de policía al servicio del Gobierno Civil. Les conocía y trataba Don Ulpiano desde hacía tiempo, y su amistad se había engendrado en las tertulias de los cafés, lugar donde tienen origen las relaciones de la mayoría de los vecinos de la villa y Corte. Amistad decimos y mejor debiéramos decir conocimiento, pues Covarrubias sabía de sobra que era aquella una pareja de sujetos de cuidado, y no le inspiraban afecto ni estimación de ninguna especie. El uno en los manejos de la curia, y Ordóñez en sus misteriosas funciones de esbirro, iban á la busca

del duro sin reparar en la manera de encontrarlo, y se contaban de ellos hazañas que les daban derecho á un pasaporte para Ceuta. La condición y el oficio les había unido, y solía vérselos juntos siempre que sus ocupaciones se lo consentían. Covarrubias, muy aficionado á poner motes, había encajado á cada uno el suyo, poco grato para la buena fama de los siniestros compadres, pero justificado por cierto sonsonete castizo, en lo que revelaba la constante lectura cervantina. A Floro Martín Bautista apodábale *Florismarte el Ventajista*; á Galo Ordóñez Urdampilleta, *Galaor el Pillete*, mezclando así la solemne pomposidad de los libros de caballería y la chancera burla de las crónicas picarescas. Aunque Galo y Floro se habían enterado de la confirmación, no se daban por enojados. Covarrubias era generoso; convidaba siempre que sus medios se lo permitían, y eso bastaba á que la desparejada pareja aceptase con buen humor la denigratoria chuscada, amén de que no era el puntillo de honor lo que les quitaba el sueño.

— Buenas noches, señores — dijo el artífice — ¿ les he hecho esperar ?

— No — contestó Ordóñez. — No tenemos prisa. Vamos á comer aquí, porque para venir á esta hora á buscar á V., hemos tenido que decir en nuestras casas que no nos esperarían.

Aquello equivalía á obligar al señor Ulpiano á que les convidara.

— Si yo lo hubiera sabido, hubiéramos comido juntos, pero yo vengo de porte pagado. De todos modos, tendré el gusto de obsequiarles.

Y llamando al camarero, le dijo.

— ¡ A ver, que van á tomar estos señores !

No fueron muy exigentes los invitados: tortilla de yerbas, merluza en salsa, bifeak, queso y vino.

Siempre han sido los cafés madrileños las grandes y activas oficinas de la opinión nacional, pero en aquella época en que la política había adquirido la vehemencia de las pasiones desatadas, eran algo más que lugar de diversión y chismorreos: eran como secciones y partes de la gran Agora española, donde todo se discutía y comentaba. Entre sorbos de turbio café y copas de ron y marrasquino, brevaje dulzón, de moda entonces, se pasaba revista á los sucesos y se disertaba sobre el presente y el porvenir. Podía hallarse en aquellos diálogos el eco de todas las opiniones y la representación de todas las especies de la ciudadanía española, mal definida aún. Siempre faltará en las páginas de la historia la reproducción de la vida hablada día á día por el pueblo, el más intere-

sante de los documentos para estudiar los acontecimientos y penetrar en la entraña de ellos. En el ruido de oleaje de las conversaciones del café, en los rostros, gestos y dichos de sus concurrentes se encierra la opinión infalsificable, sin escrutinio posible para apreciar sus rumbos y sus desvarios. Así, el café del Iris presentaba, cuando en él entró Don Ulpiano, un espectáculo curioso, animado, mareante.

Sonaban los vasos y tazas al chocar con el mármol de las mesas, palmadas de consumidores llamando á los camareros, voces que sobresalían de la tonalidad común del conversar, la confusa greguería de una muchedumbre que ejerce la más importante de las funciones públicas: perder el tiempo y meter ruido.

Covarrubias, que no iba entonces al café del Iris para otra cosa que para hablar con *Galaor el Pillete* y *Florismarte el Ventajista*, aprovechó la primera ocasión del coloquio para interrogarles sobre algún encargo que les había dado.

— Vamos á ver ¿ han averiguado Vds. algo ?

— Tenemos todos los datos que V. ha pedido — contestó Floro Martín, sacando del bolsillo de su chaqueta un papel.

En aquel momento, se acercó á la mesa cierto sujeto que, saludándoles en voz baja, dijo:

— ¿ Cómo es posible ? ¿ Covarrubias el rojo con los esbirros ? ¿ Qué significa esto ?

Contestó Galo:

— Puede V. estar tranquilo, Puga. Los esbirros no se meterán con V., ni con ningún revolucionario embolado.

— ¿ Embolado, eh ? Ya veremos si van á parar al tendido Vds. y los que les mandan — replicó el recién llegado, sentándose en una silla, y apoyando sus codos sobre el velador de mármol.

Era el nunca bastante famoso Bernardo Puga, *Marat de Café*, charlatán y vociferante que anunciaba á toda hora el tremendo estallido del furor popular y la trágica explosión del volcán revolucionario. Bajo, achaparrado, de anchisimas espaldas y brazos largos y oscilantes de antropoide, que iban y venían al compás de la marcha, las barbas y la cabellera muy negras y abundosas, la nariz roma, y un ojo lisiado por una herida que sujetaba á la mejilla el párpado con la brida de la cicatriz, y dejando al descubierto la enrojecida y temblona pupila. Su edad no pasaba de los cuarenta. Nadie sabía cual era su oficio, supuesto que tuviera alguno. Iba de café en café y de taberna en taberna, sin hacer consumo de otra cosa que

de la paciencia de mozos y taberneros; aproximábase á los conocidos y, bisbisando, les participaba al oído la noticia gorda. Se le oía como quien oye llover, sin que nadie diese nunca importancia á sus espantables revelaciones; pero Bernardo Puga no se alteraba por el escaso efecto de sus trágicas profecías, se iba á otro grupo, á otra mesa, ó á otro círculo á repetir las, mirando en torno con desconfianza, como si temiese que la policía le cercara, y fuese á descubrir el secreto de que era el poseedor.

Era como cuervo agorero que en cortos vuelos, de piedra en piedra, de mota en mota, iba dando la vuelta á la villa, y sembrando en los surcos sociales la propaganda del terror. En su estilo de arenga cómicamente hinchada, llamaba á la Reina, *Isabelona*; al papa, *Mastai Ferratti*; á González Bravo, *el del Guirigay*; á Narváez, *el Majo de Loja*; y á la Guardia civil, *La Pretoriana*. Incapaz de hacer daño á nadie, él mismo se asustaba de sus trenos y de sus novelas terroríficas, como:

*Esos Fouquier-Thinville de melodrama
Que, al soñar lo que piensan por el día,
Mojan, y no de lágrimas, la cama.*

que dijo Manuel del Palacio. Cuando el Gobernador civil de Madrid, en sus bandos, y el Gobierno en los sueltos de sus periódicos hablaban de « los agitadores de oficio », Puga se creía aludido, y experimentaba el orgullo de ver reconocida su beligerancia por los dictadores, y el temor de que no fuese el diablo á hacer que le tomaran tan en serio, que le mandaran á la cárcel ó á Fernando Poo.

La llegada de Puga contrarió á Covarrubias, que deseaba conversar con el curial y el policíaco; pero tuvo que resignarse á esperar á que hubiera concluido sus vaticinios, que eran recibidos con muestras de chacota por Ordóñez y Martín, los cuales devoraban metódicamente sus almuerzos.

Cuando iniciaba Bernardo Puga su despedida con el anuncio de que, al salir la corte para La Granja, en la semana siguiente, se sublevaría la guarnición de Madrid, presentóse ante Ulpiano el capitán Pérez, César Pérez, del Regimiento Inmemorial del Rey, hombre de unos cincuenta años, de bigote cano recortado, la talla elevada, un hombro más alto que otro, los pies enormes y juanetudos, encerrados en recias botas que relucían como charol, merced á los fieros puños del asistente. La cara redonda, los ojos azules, el pelo rubio tundido á punta de tijera, le daban cierto aspecto alemanesco, y esta im-

presión de exotismo septentrional se acreditaba por la calmada beatitud de los movimientos.

— ¿ Puede uno sentarse con ustedes? — dijo.

— Con mil amores, mi capitán — contestó Covarrubias. — ¿ Quiere V. tomar algo?

— Una copa. Eso siempre cae bien.

— Llega V. á tiempo, señor Don César — exclamó el curial. — Bernardo Puga acaba de anunciarnos que la semana que viene se sublevarán ustedes.

El capitán miró de arriba á bajo á Puga, que ya se había puesto en pie, y volviendo la cara hacia otro lado guardó silencio. Había en el gesto de Pérez tal cantidad de desprecio, que el agorero se alejó silenciosamente en busca de oyentes más benévolos.

— Feliz V., capitán, feliz usted — dijo Covarrubias — que lleva al costado la espada vencedora. Han llegado los días en que las palabras han perdido su eficacia, y hay que emplear el hierro.

— No llevo ahora la espada al cinto, porque voy de paisano, pero es lo mismo. De nada me sirve el asador. A los 17 años era soldado. He batido el cobre en las Ameznas y en Bilbao. Me he pronunciado tres veces. No he conseguido nada. Cerca de medio siglo de vida, tres estrellas en la bocamanga, cuatro chicos con los zapatos rotos en casa, y un montón de papeletas de empeño en la cartera. Vea V. de lo que sirve la espada vencedora.

Dijo estas palabras el capitán con voz suave, despacio, tranquilamente, como si hablara de cosas indiferentes, el rostro serio, el cuerpo inmóvil. Revelábase en aquel hombre un carácter flemático, y una indiferencia absoluta por cuanto pudiera suceder. Había tantas veces tirado su vida por la ventana, jugándose al azar entre el ascenso y la muerte, sin que ni la muerte ni el ascenso llegaran, que á las esperanzas juveniles había seguido una impasibilidad compuesta de tedio y de ira. En la batalla de Montenegro ganó una herida en un brazo y una cruz sencilla. Cuando se sublevó, no acertó nunca con los caudillos victoriosos. La patria le quería tener siempre dispuesto á morir en su servicio, y por eso sin duda procuraba hacerle aborrecible la vida. Su incultura era grande. Creía honradamente que los libros están de más en los cuartos de banderas, y que mejor vence quien más duro pega. Para él, el triunfo era cuestión de valor y musculatura. En medio de su aburrimiento y de su indiferencia sentía, como sus conmlitones, entusiasmo por la libertad. El ejér-



— Vámonos á ver ¿ han averiguado Vds. algo?

cito que había sostenido la causa constitucional y el trono de Isabel, no podía menos de odiar á los carlistas y á la clerecía política. El ansia de ascender del capitán, hacía de él materia propicia para toda revuelta; pero no era el desco de las ventajas materiales lo que movía su espíritu, sino vanidad marcial de subir en jerarquía y mandar en mayor número de soldados. Con aquellas legiones á que pertenecía César Pérez, y que habían estado en Luchana y en África, pudo entonces hacerse un ejército que hubiera engrandecido la patria. Lejos de eso, se las encerró en un convento vacío; y, como los lebreles que no salen al campo á cazar desgastan su braveza mordiendo y desgarrando los muebles de la casa, aquellos soldados nostálgicos de la aventura y de la gloria destrozaban á culatazos los fundamentos de la vida nacional.

De repente, se produjo en la gente que llenaba el café un movimiento extraño. Sonaban en la calle gritos.

— ¡ Hay carreras! — dijo alguien, á tiempo que una avalancha de fugitivos entraba

en el local. A través de las vidrieras se vieron pasar grupos de transeúntes que corrían, y luego varios *Guardias Civiles* de caballería, el sable al aire, los rostros bigotudos echados sobre las flotantes crines de los bridones. Era la escena de todos los días, producida con cualquier motivo, algo como las primeras palpitaciones del terremoto que iba á conmover hombres y ciudades, el trono y el templo.

Entre los que se refugiaban en el salón del Iris se hallaba Don Isidro Barranquero, amigo de Covarrubias y del Capitán Pérez, á cuya tertulia del café concurría algunas tardes. Venía trémulo, nervioso, indignado.

— Esto es insoportable — balbuceó, sentándose. — Si de una vez acabaran con toda esa canalla revolucionaria, no nos veríamos los hombres honrados expuestos todos los días á que nos den un golpe.

— Pero ¿ qué pasa? — preguntó Don Ulpiano.

— Pues que en la calle de Alcalá estaban unos hombres pegando en la pared un pasquín. Un policía ha ido á arrancarlo y á

prender á los que lo habían puesto, se han formado corrillos, ha acudido la Benemérita, ha sonado un « ¡ Viva la libertad ! », y han comenzado las carreras y el vapuleo. ¡ Lo de siempre !

Era Don Isidro Barranquero acomodado labrador de la campiña de Aranjuez. Vivía en Madrid, pero pasaba temporadas en el pueblo cuidando de la hacienda, único estímulo de su existencia. Estudió el Bachillerato en la Escuela Pía de San Fernando y comenzó la carrera de Leyes, pero se cansó presto de Justiniano y de Pisa Pajares, y se enfrascó definitiva y totalmente en el tráfico agrícola, no conservando de su paso por la vida escolar, durante la que moró en sórdidas casas de huéspedes, ninguno de aquellos nobles resabios del libro que suelen imprimir carácter, á quien se sentó en los bancos universitarios. Quedó en su alma, con el convencimiento de no servir para nada, un desprecio matizado de odio á cuantos se afanaban en las labores mentales. Varios aforismos que se aparecían de continuo en su conversación, constituían los prejuicios de su entendimiento y la norma de su conducta. — « ¿ Los políticos ? Todos son ladrones ». El no pertenecía á ningún partido, pero respetaba al que ejercía el mando, más que por amor al principio de autoridad, por rendimiento de pleitesía al que triunfa.

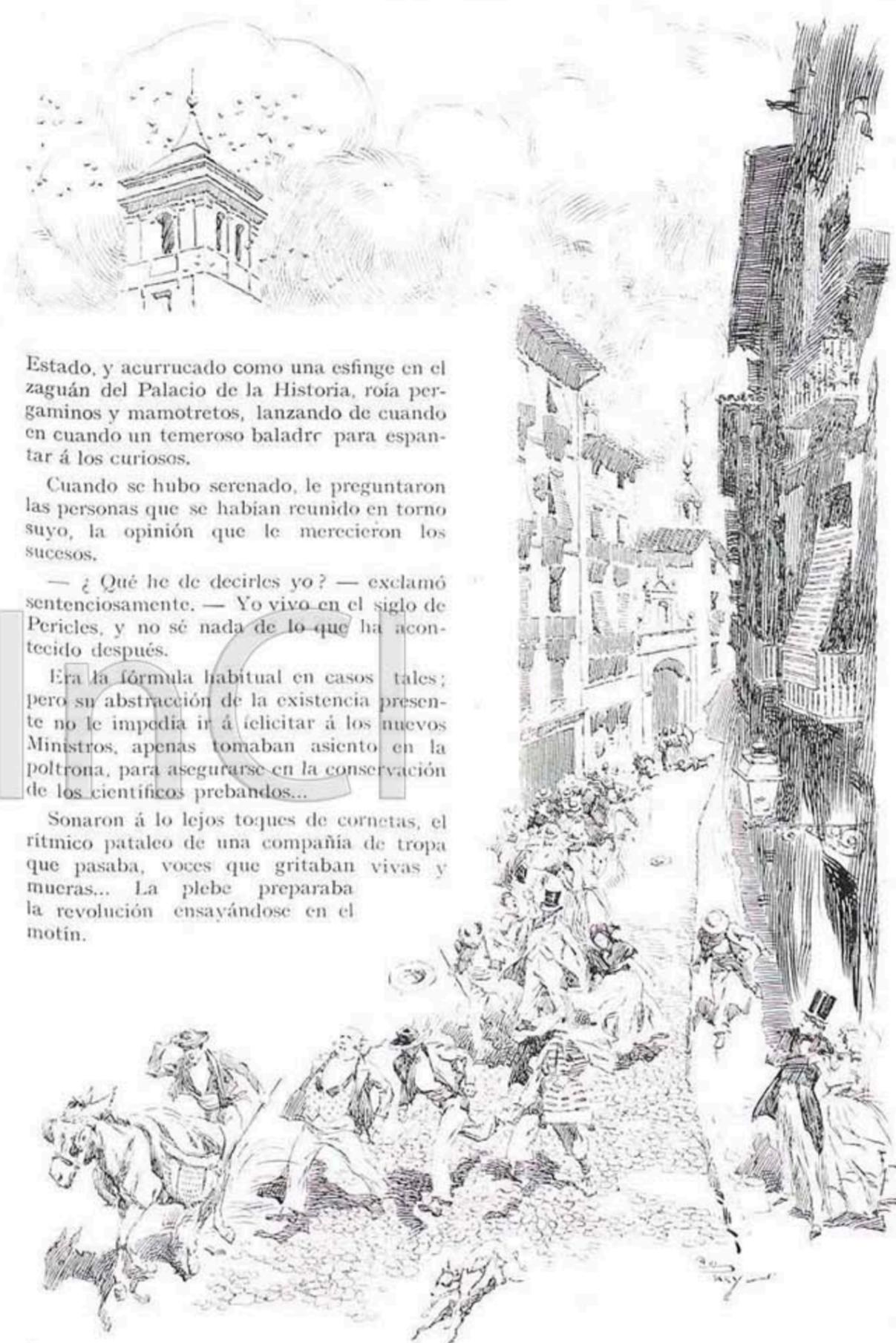
¿ Los escritores, los artistas ?... Gente maleante, caterva de viciosos, calaveras y bohemios de mala especie. No había leído sus obras, ni asistido á las representaciones teatrales, pero sabía y citaba media docena de anécdotas más ó menos ciertas, por las que Zorrilla y Fernández y González no tanto inspiraban admiración como lástima. El había visto una noche completamente ebrio á Pelayo del Castillo, poeta tabernario que ahogó en vino su feliz ingenio de versificador popular, y lo refería como ejemplo de ignominia social aborrecible. Su única pasión era el terruño heredado: « Mi tierrecita ! » — exclamaba, poniendo en sus labios una sonrisa, en que más que la ternura de los bienes propios se revelaba la miserable codicia de la posesión. Para él, lo único sagrado é intangible era la idea de la propiedad, el derecho de usar y abusar de lo suyo. Eso era lo primero: luego seguía la familia, los seres que vivían en su casa, los hijos, la mujer, pero sin delicadezas de amor, y mientras no perturbaran su presupuesto ni alterasen los hábitos de su existencia; la familia, como consagración y afianzamiento de la propiedad, excluyendo la abnegación y el sacrificio. A su hijo mayor, porque le malgastó unos miles de reales, y se jugó en la feria de

Alcalá el precio de dos mulas que había vendido, le obligó á sentar plaza. El no transigía con nada que no fuera correcto. Pensaba que la vida debía ser una serie metódica de actos y trámites, como la rotación anual de las faenas agrícolas. Hoy se siembra, mañana se siega, pasado mañana se vende, y vuelta á empezar. Enemigo de la revolución que se anunciaba, aunque sólo sabía de ella que significaría un cambio de lo estatuido; enemigo de toda reforma, como lo fuera del Ferro-carril que pocos años antes había tendido sus rieles entre Madrid y Aranjuez; enemigo del progreso, que él llamaba perturbación. A Barranquero y á los demás ejemplares de este tipo nacional, debe España su atraso. Almas irias y estériles como los surcos de la estepa castellana donde sólo crece pródigamente la cizaña.

Un nuevo pelotón de gente penetró dando voces en el café. Habían sonado tiros en la Puerta del Sol, el pánico trascendía por la villa y Corte. Fué preciso cerrar las puertas del establecimiento, para evitar los daños que hubiera causado una invasión demasiado numerosa. Trajeron de la calle, casi desmayado de miedo, á un anciano de profusa barba blanca, lentes de oro y colosal sombrero de copa. Era el sabio catedrático Don Juan de Dios Argumiro de la Encinada, el cual salía de dar su explicación de la vecina Escuela de Bellas Artes, cuando las carreras y la carga de los civiles le antecogieron, dando en tierra con su eminentísima persona. Se le prestó socorro. Un vaso de agua con cognac le restituyó á la vida.

— Quiero ir á mi casa cuanto antes — balbuceó, dirigiéndose á dos de sus alumnos que le habían recogido y acompañado.

Hicieronle comprender que era prudente dejar que pasara el turbión, y él se resignó. Era una figura gloriosa de la ciencia española, á lo menos por tal se tenía él, y como tal cobraba una pingüe serie de estipendios, sueldos y comisiones oficiales. Catedrático, académico, explotador de la erudición, empleábase, desde la ya lejana mocedad, en desparramar la ceniza de las cosas muertas sobre los nuevos gérmenes de vida. Sólo estimaba las pasadas grandezas por lo que tenían de ruina y de misterioso, y porque le servían para convertirlas en trinchera que le separaba de los demás hombres, encerrándole en el recinto del vano saber. Sus escritos eran geroglíficos, y se hubiera creído deshonorado si alguien le hubiera entendido. El y otros cuantos, que estaban en el secreto, monopolizaban la ciencia académica, fructífera como el sacerdocio en los pueblos salvajes. Tenía la exclusiva de los archivos del



Estado, y acurrucado como una esfinge en el zaguán del Palacio de la Historia, roía pergaminos y mamotretos, lanzando de cuando en cuando un temeroso baladrre para espantar á los curiosos.

Cuando se hubo serenado, le preguntaron las personas que se habían reunido en torno suyo, la opinión que le merecieron los sucesos.

— ¿ Qué he de decirles yo ? — exclamó sentenciosamente. — Yo vivo en el siglo de Pericles, y no sé nada de lo que ha acontecido después.

Era la fórmula habitual en casos tales; pero su abstracción de la existencia presente no le impedía ir á felicitar á los nuevos Ministros, apenas tomaban asiento en la poltrona, para asegurarse en la conservación de los científicos prebandos...

Sonaron á lo lejos toques de cornetas, el rítmico pateo de una compañía de tropa que pasaba, voces que gritaban vivas y muera... La plebe preparaba la revolución ensayándose en el motín.

Era la escena de todos los días, producida con cualquier motivo...

XII

UN DIA FELIZ.

Al día siguiente era domingo. Don Anacleto de la Redonda se levantó á las 7, y hecho el arreglo de su persona con el mayor esmero, ceñida al cuello una corbata de color de rosa con lunares azules, relucientes las botas, abrochada la desgarradísima y larga chaqueta, y colocado el sombrero con cierta inclinación sobre el lado derecho, lo que en él era una señal cierta de júbilo, de que no se daba cuenta él mismo, salió de su chiribitil hacia la Mala de Francia. Aquel día iba á verificarse el suceso más grato de cuantos pudo imaginar D. Anacleto: iba á ir á misa con su novia, y luego por la tarde á pasear con ella, con la sin par Ernestina Vereca, lo cual significaba que habían dichosamente progresado los anhelos del tímido amador, desde que se los confió á Covarrubias, y las relaciones eran cosa aceptada por la joven y por su padre. ¿Cómo se había atrevido D. Anacleto á revelar á Ernestina su inflamado pensamiento? ¿Cómo había logrado sobreponerse á su encogimiento y á su cortedad? Digámoslo sin reparos y con toda lisura: D. Anacleto de la Redonda no hubiera nunca osado ponerse frente á frente de Ernestina para decirle: « ¡ Te adoro! » Fué el padre de la muchacha, Don Celedonio Vereca, el oficial del Ayuntamiento de Madrid encargado del « negociado de animales muertos », sección de higiene, el que se tomó el trabajo de allanar las dificultades que la timidez del joven ofrecía. Bien advirtió el experimentado Vereca que el maestro amaba á su hija. Parecía bien la condición honrada y humilde de D. Anacleto, y juzgó que no debía desperdiciarse la ocasión de colocar á su hija. El se sentía viejo, y le asustaba la idea de dejar á la mocita sin el amparo de un marido, el día en que le llevasen al cementerio sus colegas del Regimiento de Veteranos Nacionales, en el cajón famoso que es una de las curiosidades del Madrid fúnebre. Así, pues, una tarde, con pretexto de ir á buscar á su hijo Celedonio á la escuela, afrontó la cuestión sin ambages, derrochando el habitual y riquísimo repertorio de lugares comunes de su estilo.

— Yo soy un hombre práctico (esta era su frase característica) y no me ando por las ramas (también repetía frecuentemente ese estribillo). V. es un muchacho de mérito. Quiere V. bien á Ernestina, y no se atreve á declararlo. ¿ Por qué? Partamos de la base de que Dios les ha hecho á Vds. el uno para el otro. Pues ha debido V. decirle á ella y

decirme á mi cuales son sus deseos. Pero yo los he adivinado, é *ipso facto* me he dicho: vamos á estar perdiendo un tiempo precioso. Por eso he resuelto invertir los términos naturales de estos asuntos, y decirle á V.: Señor D. Anacleto de la Redonda, maestro incompleto del barrio del Depósito de las Aguas: ¿ Ama V. á mi hija la señorita Doña Ernestina Vereca y Hernández? Pues si la ama V., sea en buena hora y que el cielo les haga muy felices... ¿ No es esto ir al grano? ¿ No es poner los puntos sobre la íes?

Quedó pasmado el maestro al oír á Don Celedonio. No sabía qué contestar, y una mortal vergüenza agitó todo su ser.

— No: yo diré á V... sí... Es decir... Ella... yo. En fin, V. me perdonará si me he atrevido á pensar...

— ¿ Cómo habla V. de perdones? No sea V. tan cobarde y para poco. Sea V. práctico, sea V. animoso. *Audaces fortuna jubat*, como decimos los latinos. (Don Celedonio tenía la vanidad del latín, que había estudiado y, claro es, que no aprendido en los Escolapios)... Ni una palabra más. Venga V. cuando quiera á casa. Será bien recibido. Y tome V. al pie de la letra mis palabras. Soy enemigo de los vanos discursos, *flatus vocis*, que decimos los...

— Gracias, muchas gracias. Es V. muy bueno para mí... Dispénsame si no sé expresarle lo que siento.

— Sí, ya conozco á V., le falta el ímpetu necesario para afrontar las situaciones. ¡ Ah! si tuviera V. el arranque de su amigo Covarrubias... Por cierto que, según tengo entendido, su amigo de V. exhibe demasiado sus ideas revolucionarias, y eso es peligroso en estos tiempos en que los esbirros están ojo alerta. Yo también soy liberal. ¿ No he de serlo, si mi padre se batió como un león el 7 de Julio? Pero no me arriesgo innecesariamente. ¿ Para qué? Yo soy hombre práctico... Cuando yo era escribiente de Don Pascual Madoz, le decía: « Don Pascual: Hay que ir al vado ó á la puente ». Y él me contestaba con su buen humor proverbial: « Sí, Vereita, sí, vamos á la puente, que es más cómodo ». Y como ese gran hombre nunca dice nada que no sea una sentencia, yo comprendí, después de mucho cavilar, el sentido de su respuesta: no hay que arriesgarse. Hay que ir despacio. *Chi va piano va sano...*

— Tiene V. mucha razón — interrumpió de la Redonda.

— ¿ E va lontano! — añadió Vereca, que no gustaba de omitir ni una sílaba de sus curiosas citas.

(Se continuará en el número próximo.)



Por Jacques MORTANE



El Congreso de Educación Física, reunido en París, ha celebrado sus sesiones desde el 17 al 20 de Marzo.

Con tal motivo, nos fué dado conocer, ó recordar, los diversos métodos en uso, para tal objeto, en los distintos países de Europa, ya que la educación física, que sólo se propone crear individuos sanos y vigorosos, posee innumerables medios de conseguir tal fin.

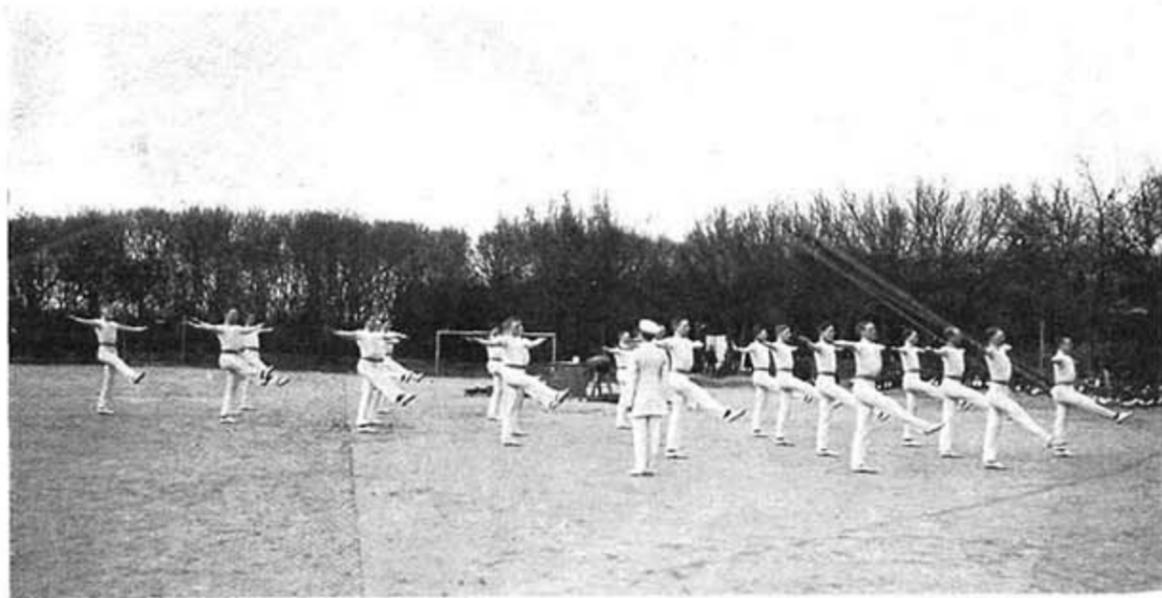
Necesariamente, hay que admitir junto á la existencias de procedimientos eficaces la de sistemas erróneos, y aun contraproducentes, y la gran dificultad estriba en el conocimiento de las ventajas de los unos y de los defectos de los otros.

Hay quien dice que el acarreo de la marcha á pie, cuando se llegan á recorrer cien metros en diez segundos, permite comprobar resultados tangibles é inmediatos, en tanto que los efectos de la Educación Física son mucho más lentos. En realidad, cada profesor tiene la pretensión de haber encontrado el único sistema, merced al cual, los débiles se truecan en robustos y los inútiles en vá-

lidos. Por desgracia, y en la mayoría de los casos, los individuos que estos *creadores de fuerza* nos presentan como muestras de la eficacia de sus métodos, son personas cuya complexión robustísima, hubiérales permitido ser verdaderos atletas sin auxilio de educación física ninguna. En resumen, es harto frecuente el charlatanismo en cuanto al tema de desarrollo físico se refiere, y son muchos los apóstoles que, lejos de enseñar la verdad, tratan únicamente de engañar á sus discípulos. En verdad, no es éste el camino más directo para llegar á la regeneración de la raza.

Precisamente, he llegado á este escepticismo asistiendo á las sesiones del Congreso de París. A él concurrieron Franceses y Dinamarqueses, Suecos é Italianos, Belgas y Alemanes, soldados y marinos, niños y adultos, muchachas y chiquillas. En todos los ejercicios llevados á cabo, traslucióse una completa falta de naturalidad: todo era obligado, sistemático, disciplinado, y más de una improvisación nos pareció improvisada, al cabo de repetidos y concienzudos ensayos.

¿ Puede considerarse esto como verdadera cultura física? ¿ Tales ejercicios acrobáticos,



Los Suecos en el Congreso de Educación Física de París.

ó tales números de programa de Music-Hall, pueden dispensar la salud ó la fuerza? Todo hace suponer lo contrario.

Los Congresistas se burlaban de algunos profesores que presentaban discípulos, cuyo vigor no se acomodaba fácilmente al ritmo de los movimientos calculados y, por decirlo así, teatrales. Sin embargo, estos maestros, que fueron objeto de burlas en el Congreso, eran también los únicos que, teniendo conciencia verdadera de su misión, se habían preocupado más de formar individuos fuertes y sanos, que de acreditar una escuela de equilibrista y de acrobacia.

Si la educación física tiene la ventaja de preparar el cuerpo para que alcance el

máximum de energía, tiene, en cambio, el inconveniente, de que la serie de movimientos y de ejercicios á que obliga, son aburridísimos para quien los ejecuta, y aún más para quien los contempla. En el Congreso de París ocurrió todo lo contrario, y los concurrentes se esforzaron en prestar á estos movimientos la belleza necesaria para convertirlos en un espectáculo grato. Consecuencia de ello fué, el que la educación física apareciera á los ojos de los espectadores como un *deporte*, siendo así que, en realidad, no es sino la preparación necesaria para llegar al ejercicio de los deportes.

En efecto, toda persona que desee practicar el « sport », ha de someterse á un régimen



Los discípulos de la Escuela Militar francesa de Joinville.

previo, de acuerdo con uno de los muchos métodos en boga, como son los del teniente Hébert, los de Démeny, de Dalcroze, ó los seguidos en Suecia y Dinamarca.

Son muy contados los deportes en cuya práctica se ejercitan por igual todos los músculos. Por ello, y atendiendo al debido equilibrio del cuerpo humano, ha de comenzarse por un acarreo bien entendido de todos los órganos. De otro modo, se corre el riesgo de atrofiar algunos, en tanto que otros sufren una verdadera hipertrofia. No es frecuente el ver atletas perfectos, aun entre los campeones del mundo. Nada es tan perjudicial para el cuerpo humano como la especialización. Los hombres constituidos como lo está Bonin, son una excepción, y Bonin no se ha especializado jamás, ya que de igual modo practica la marcha de pista sometida á la medida de tiempo y de espacio, que la marcha indefinida á campo traviesa. Pero, en cambio, el *sprinter* que se contenta con recorrer los 100 metros, ó el andarín que se limita á los 400, no pueden ser considerados como modelos.

A juzgar por todo lo dicho parece deducirse, que el ideal de atleta ha de ser el Indostánico Thorpe, héroe de los Juegos Olímpicos de Estocolmo, vencedor en el Pentathlon y en el Decathlon, es decir, en las dos pruebas que exigen mayor esfuerzo de todos los músculos sin excepción. No hemos de reproducir la lista de sus proezas en ambos Concursos, ya que han sido publicadas anteriormente. En cambio, recordaremos los triunfos ganados por este campeón en América, durante el Concurso de atletismo en

que venció por 7.476 puntos, con ventaja de 1.173, sobre su inmediato contrincante.

100 yardas, en 10 segundos $\frac{3}{5}$.

Lanzamiento de pesas : 14 m. 60.

Salto de altura : 1 m. 87.

880 yardas, marcha : 4 m. 37 s.

Lanzamiento del martillo : 37 m. 70.

110 metros, obstáculos : 16 s. $\frac{2}{5}$.

Lanzamiento de pesas de 56 libras : 7 m. 9 l.

Salto de distancia : 6 m. 43.

1 milla : 5 m. 26 s.

Salto con percha : 3 m. 65.

Todas estas proezas andan cerca del record mundial, y hacen suponer, aunque no le hayamos visto nunca, que Thorpe ha de ser un maravilloso ejemplar de la raza humana, modelo de esos que se encuentran entre los indostánicos y entre los negros, con mucha mayor frecuencia que entre los blancos.

Ignoro el método que haya seguido este atleta prodigioso, para alcanzar el grado de perfección á que ha llegado; pero no cabe duda de que se ha sometido á una educación física ejemplar. Tal vez no haya recurrido nunca á profesores, ni á monitores, ni á tratados — con lo que no ha perdido nada — y en cambio haya adoptado el sistema natural, el de los animales que, hay que reconocerlo, están mejor constituidos que nosotros, y pueden ser nuestros maestros desde el punto de vista de vigor físico y de salud.

No puede negarse que el mejor sistema de cultura física es, sencillamente, el regreso al estado salvaje. El ideal sería vivir desnudos en chozas montaraces, y protegerse de la intemperie con pieles de fieras. Pero este



Los marinos del teniente de navío Hébert (Francés).

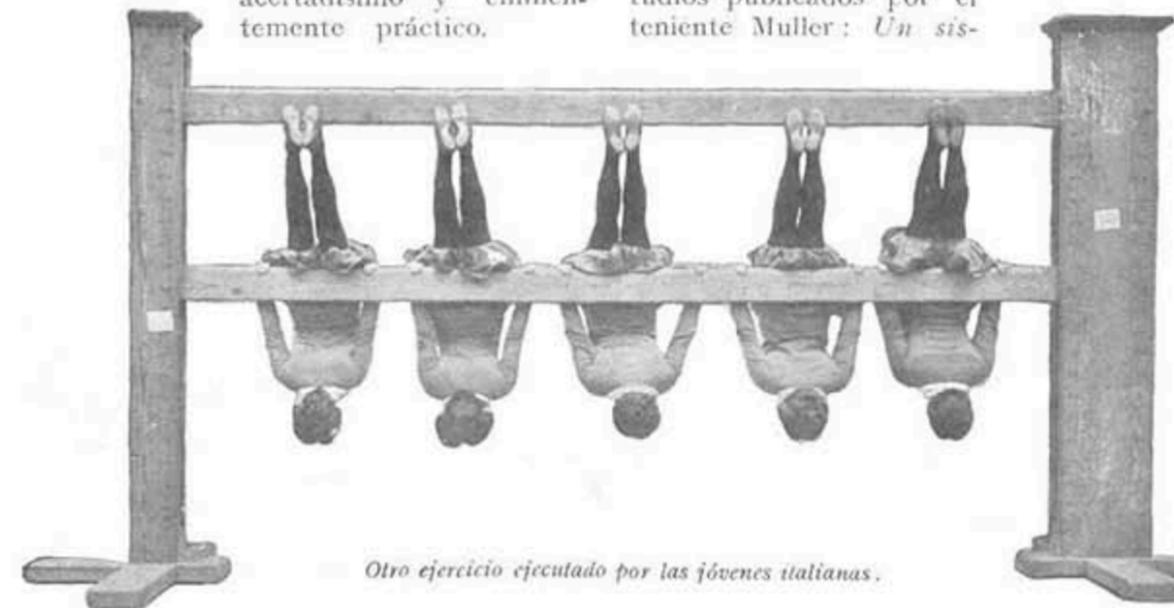


Las jóvenes italianas que tomaron parte en el Congreso de Educación Física de París.

ideal no es de práctica fácil en nuestros días, ni en nuestra existencia ciudadana. Por tanto, hemos de buscar solución que concilie nuestra regeneración física con la índole de nuestra vida moderna.

Existe un método que reúne ambas condiciones, y es el del teniente Hébert. Este distinguido oficial no ha inventado — como alguien lo dice — un procedimiento nuevo. Se ha limitado á la adaptación inteligente de todo un plan de ejercicios, á un método que se titula *Método natural*, y que, en efecto, lo es todo lo posible.

Este sistema consiste en el ejercicio de un gran número de movimientos indispensables al cuerpo humano, y que la civilización moderna nos hizo olvidar. El método Hébert comprende muchas de las prácticas de la gimnasia sueca, y otras de la escuela de Joinville, pero el conjunto resulta acertadísimo y eminentemente práctico.



Otro ejercicio ejecutado por las jóvenes italianas.

Hébert se ha dado cuenta de que el método sueco no es compatible con nuestro temperamento. Este sistema es el mejor para los débiles y los degenerados, ó para los anormales, pero no puede aplicarse en colectividad, ya que cada orden de ejercicios ha de estar en consonancia con las condiciones individuales del discípulo. El profesor, en la aplicación de esta clase de cultura física, más que monitor ha de ser médico, puesto que antes de someter un sujeto á la práctica de la gimnasia, ha de hacer un detenido estudio de sus defectos, ó de sus condiciones físicas.

El método dinamométrico del teniente Muller, célebre autor de « Mi sistema », deriva de los mismos principios y se encamina hacia los mismos fines. Aquellos que deseen realizar por sí mismos su propia educación física, deben leer atentamente los siguientes estudios publicados por el teniente Muller: *Un sis-*



El método helénico de educación física tiene la gracia de los bailes antiguos.

tema para los hombres; un sistema para las mujeres; y un sistema para los niños. Los discípulos de Muller son legión, y han llegado á resultados prodigiosos. Esta y no otra es la verdadera cultura física, preparación racional para el ulterior ejercicio de los deportes, y merced á la cual se consigue el desarrollo simultáneo y proporcional de todos los músculos.

Diez ó quince minutos diarios bastan para la práctica de este sistema, y vale la pena de consagrarlos á un ejercicio que asegura el desarrollo físico y la salud, especialmente para las personas abrumadas por un exceso de trabajo intelectual. Las gentes que viven en el campo, que andan mucho y que hacen mucho ejercicio, no tienen gran necesidad de tales prácticas, ya que en su misma vida normal conceden buena parte de ella á la cultura física natural, la mejor de todas. Pero, en cambio, para quienes viven en las ciudades, privados del aire libre y del ejercicio, la cultura física artificial es un ver-

dadero medicamento del todo necesario.

Las escuelas y los colegios han de ser los lugares á los cuales se ha de prestar mayor atención, en cuanto al tema que tratamos se refiere. Hay que enseñar á los niños los métodos de desarrollo y de vigorización, con tanto cuidado como puede enseñárselos la gramática, ya que si esta última es necesaria para su cultura inte-

lectual, no lo son menos los primeros para su vida física.

De igual modo convendría que en las escuelas se suprimieran los ejercicios colectivos, reemplazándolos por ejercicios individuales enseñados por los maestros, teniendo en cuenta las condiciones físicas de cada individuo. Los niños deben realizar estas prácticas por la mañana, al levantarse, y por las noches al acostarse, cuidando de dejar abierta la ventana de su habitación, con objeto de que respiren aire puro, y despojándose de todas ó de casi todas sus ro-



Un ejercicio ejecutado por los Suecos que tomaron parte en el Congreso de Educación Física celebrado en París.

pas, á fin de prestar mayor libertad y naturalidad á los movimientos.

Este es el único medio de que los pequeños alcancen un perfecto desarrollo de su musculatura, al mismo tiempo que robustecen su organismo, poniéndole al amparo de las enfermedades.

Profesores hay que ofrecen sistemas, cuyos resultados son tan rápidos como sorprendentes. Aumento de diez centímetros de pecho en dos meses; de cinco centímetros de cuello en igual tiempo; de ocho centímetros de bíceps con semejante facilidad. Conviene desconfiar de tales charlatanes. Nada es tan fácil como obtener medidas engañosas y defraudar á las gentes ingenuas, haciéndoles perder el tiempo y el dinero.

Por muy perfecto que un método sea, la educación física no puede dar músculos á quien carece de ellos. Se obtiene mayor salud y más agilidad, pero nunca un individuo de constitución débil se convierte en un atleta.

Los músculos existentes, sometidos á un ejercicio metódico, llegan al máximo de su flexibilidad y de su fuerza; pero no por ello se crean músculos nuevos. Las personas obesas consiguen adelgazar, porque la grasa es un tejido sobrante y parásito; pero los individuos delgados no conseguirán engordar; bastará con que adquieran robustez y salud, y no es pequeño el resultado.

Para lograr este objeto, no son necesarias ninguna de las habilidades acrobáticas que hubimos de admirar en el Congreso de París; suficiente es una labor obstinada y metódica. Ambas condiciones de orden y perseverancia son indispensables, porque hay que convenir

en que la cultura física carece de encantos propios.

El Congreso de París ha tenido un resultado satisfactorio.

Los alardes académicos de fuerza que hicieron los Suecos, los Belgas, los Dinamarqueses, los Italianos y los Alemanes; las evoluciones de los discípulos de Joinville, y de los soldados y grumetes del teniente Hébert; y los ejercicios rítmicos, llenos de encanto, llevados á cabo por las muchachas discípulas del profesor Démeny, han despertado sincero entusiasmo en favor de la educación física, y han propagado, seguramente, la afición á tan provechosas y trascendentales prácticas.

Pero no debemos recomendar estos métodos á quienes deseen un desarrollo real y natural.

Sé que esta manera de pensar ha de hacerme considerar como un revolucionario en tales materias, ya que desdeño teorías aceptadas por individuos que pretenden tener una autoridad indiscutible en cuestiones de cultura física, y que, por otro lado, tienen todo interés en que esa autoridad, que para ellos es fuente de ingresos, no se desvanezca.

Quizás, también, estas ideas más tarden algún tiempo en abrirse camino, pero seguro estoy de que han de triunfar, al fin, y al menos tendré la satisfacción de haber sustentado un criterio propio, sin dejarme arrastrar por la corriente de la opinión.

Creo representar á los verdaderos defensores de la cultura física. Si por ello me consideran como enemigo los charlatanes que comercian en músculos, tanto peor para ellos, y tanto mejor para mí.



La chronofotografía del salto. Esta fotografía muestra las posiciones sucesivas del saltador.



COMO en el siglo XVIII, hay actualmente en Francia un «Escándalo de los venenos». Esta vez no se trata de una marquesa de Brinvilliers, secundada por una bruja, La Voisin, que envenenó á las personas que pretenden heredar, y que, por amor al arte, inicien á las mujeres de la corte, incluso á una Montespan, en los placeres de los asesinatos lentos y alevosos. El actual escándalo de los venenos tiene muy diferente aspecto. El envenenador se ha escogido á sí mismo por víctima.

En efecto: los que en los comienzos probaron, por capricho ó por fuerza, por orden del médico, alguna droga funesta, van continuamente en busca del « indefinible placer fugitivo y angustioso de la *cocaína*, adormecedor y acariciador del *opio*, esa lágrima de la adormidera, y de su derivado la *morfina*; enervante, trepidante y maligno del *haschich*; turbulento y lleno de visiones del éter... Esta manera de clasificar los efectos de tales sustancias, es debida, como se adivinará, á un toxicómano.

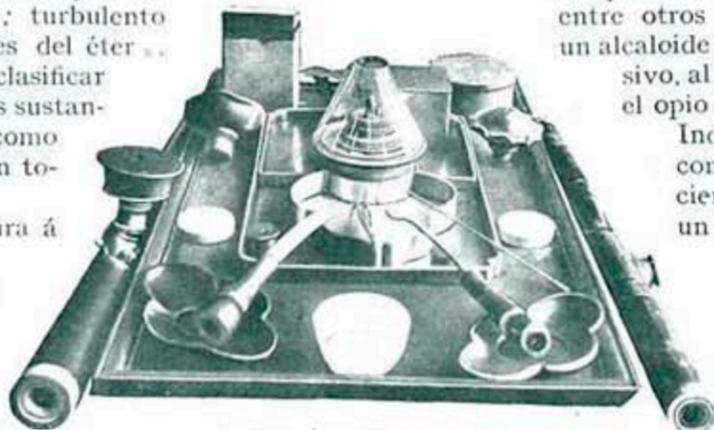
¿ Es por ventura á Tomas de Quincey, bebedor de *laúdano*, que él llamaba *lodonero*, y que escribió un libro curioso: las *Con-*

lesiones de un masticador de opio, ó al poeta Carlos Baudelaire, traductor de Edgardo Allan Poe, haschischómano de ocasión, pero que cantó las delicias que encontrara en los Paraísos artificiales, que se debe que haya en Europa solamente más de dos millones de seres humanos intoxicados? No lo creo.

Desde muchos siglos ha, los chinos se abandonan á los placeres... y á los tormentos del opio. Ya algunos escritores de la antigüedad, Dioscorido y Plinio el Viejo entre ellos, escribieron sobre el opio y el meconio. Pero es Claudio Bernard, no obstante, quien primero ha hecho un profundo estudio sobre las propiedades hipnóticas del opio. Sabemos que ya Andriomaco calmaba las crisis epilépticas del emperador Nerón, con infusiones de hojas de adormidera; con ellas, Galeno curaba las enfermedades nerviosas de Julia Maesa, de Julia Domna y de sus cortesanos. En los primeros años del siglo XIX,

el químico Sertüner aisló, de entre otros álcalis orgánicos, un alcaloide sedativo y convulsivo, al propio tiempo, que el opio de Esmirna, de la

India ó del Egipto contiene en un 10 por ciento. A no tardar, un médico utilizó el descubrimiento del acetato de morfina, enviándolo al otro mundo á uno de sus colegas que el día anterior, por



El ajuar de un morfímano.

azar, se había asegurado la vida. No obstante, sólo más tarde debía la ciencia utilizar el clorhidrato de morfina, denominado vulgarmente *morfina*. (C¹⁷ H¹⁹ AZO).

Para entrar, en vida, en los Paraísos artificiales, no era sino necesario una pequeña jeringa, elegante, minúscula como una joya: Pravaz la inventó. Los médicos, de los que hay aún muchos que son ignorantes como en tiempos de Molière, quedaron maravillados de este descubrimiento fabuloso que calmaba los estertores y los dolores del paciente, anegándolo en un verdadero Leteo. Al principio usaron de él; ahora abusan. Y abusan tanto, que como muchos de ellos, en proporción exorbitante, son morfinómanos, ejercen un proselitismo desesperante (el morfinómano es por sí, tan forzosamente como inconscientemente, prosélito de su pasión) proselitismo que se extiende á todos los tóxicos. Desgraciadamente, la morfina, como también la cocaína, no solamente causan terribles estragos en el organismo, sino que también lo ponen tiránicamente en la obligación cotidiana de intoxicarse, so pena de morir ó de sufrir atrocemente.

Por eso, todos los intoxicados, al cabo de algún tiempo, no viven sino con el único deseo de procurarse el veneno, del cual aumentan la dosis hasta tal punto, que se da el caso de que un enfermo absorba por día, por la vía hipodérmica, de seis á diez gramos de morfina ó de cocaína — algunas veces, los dos venenos mezclados — es decir, cantidad suficiente para matar medio regimiento (la dosis, al pasar de 4 centigramos, es mortal).

No es eso todo, no. El intoxicado, que vive como si dijéramos ligado á la muerte, y principalmente el morfinómano, empieza por ser mentiroso, después ladrón, y acaba sumer-



Baudelaire, morfinómano empedernido.

gido en todas las abyecciones. Eso no le importa, pues vive en otro mundo, mundo en el que está como prisionero. Miente al principio para engañar á sus parientes y procurarse el veneno favorito; después miente por mentir; también roba primero por necesidad, pues su pasión le cuesta plata; después roba por el placer de robar.

Una señora del gran mundo, morfinómana, que fué sorprendida en un gran almacén en el momento en que robaba un objeto, confesó que había vendido una gran parte de la biblioteca de su marido y el bastón de mariscal de su abuelo, para poder comprar morfina; otra señora tenía la manía de robar... esponjas. Como no había medio de que desistiera de ello, un criado la seguía y pagaba. Cuando esta desgraciada murió, se encontraron en su casa esponjas en tal cantidad, que había para cargar dos carros enteros. Una condesa, detenida últimamente, robaba corbatas de caballero, y hubo una marquesita que sólo se sentía tentada ante las pieles de lujo. Inútil decir que á medida que la inteligencia de esos seres disminuye, el sentido moral desaparece. El enfermo ya no ama á los suyos; la vida de familia le es imposible y se encuentra abúlico, es decir, desprovisto de voluntad.

Tener morfina: he aquí su única preocupación, su obsesión de todos los instantes. Todo otro deseo ó sentimiento desaparece. La mujer, por coqueta que haya sido, ya no se peina ni se cuida, ni cura de sus vestidos ni de sus joyas.

Nos vemos en el caso de reconocer, por desgracia, que lejos de poner trabas á tan malhadadas pasiones, muchos farmacéuticos — drogueros que saben un poco de latín, y de los cuales hay muchos morfinómanos y

cocainómanos — contribuyen de buena voluntad á satisfacer á esos sus equívocos clientes. Por la mañana, á la puerta de las farmacias, desgraciadas mujeres esperan que el despacho se abra. Y algunas de ellas, tan pronto como reciben el veneno, lo vierten en el frasco de agua destilada y, sin esperar llegar á casa, hunden á través de las faldas la traidora jeringa, hasta haber agujereado la piel para proyectar al organismo la morfina, pues privarse de ella equivaldría á la muerte.

Actualmente, parece ser que París se haya convertido en el centro de la Europa intoxicada. Dos de sus barrios, los más alegres y trasnochadores, Montmartre y el de las Escuelas, sufren particularmente de este mal. De noche, es cosa corriente encontrar mujeres que aspiran éter; mujeres de ojos perdidos, insensibles, enloquecidas, cocainómanas; mujeres titubeantes, que viven aún como envueltas por una humareda de opio, ó bajo el dominio del haschich. En todas las tabernas de noche se expenden los venenos malditos. El mozo del establecimiento tiene un repuesto... de farmacia. En su defecto, es un gentleman elegante quien, á cambio de una moneda de plata ó de oro, proporciona el pequeño « pavé » blanco ó el polvo delirante: la cocaína. Por la noche, el éter alcanza precios fabulosos. Hase visto á dueños de cabarets de poca monta, negar alcohol á consumidores en estado de embriaguez, pero jamás se ha visto á farmacéuticos « marrons », negar la botella de éter á los borrachos que se embriagan con él. Estos farmacéuticos sorprenden nuestra buena fé. La mayor parte



Los "Morfinómanos" — Última obra del escultor Zanza-Briano.

de ellos aceptan por verdaderas, recetas de médicos que ellos saben que son falsas... aunque haya algunos médicos que no ponen ninguna dificultad para expedir recetas.

Hay actualmente en Francia cerca de 100.000 intoxicados, de los cuales 200.000 son eterómanos alcohólicos; los otros 200.000 los son por la morfina, la cocaína, la heroína y el opio. Y no se crea que sólo se observe esta plaga entre la gente rica, no; el mal ha llegado al pueblo. Hay mujeres de obreros que se pinchan y toman éter; muchos trabajadores, después de salir del hospital, donde se abusa de la morfina, continúan aplicándose ese veneno.

Añadamos que la morfina y el opio han diezmado terriblemente á médicos, farmacéuticos, practicantes y enfermeros, y en general entre los profesionales que tienen contacto con la medicina. El médico intoxicado es un peligro social. El farmacéutico intoxicado es también un peligro social, pues médicos y farmacéuticos intoxicados son irresponsables. Incluso la ley es impotente para ese mal, puesto que ha asimilado el abuso de esos venenos á la embriaguez. Hace algún tiempo, existía un médico que tomaba dos grandes dosis de morfina al día, y que ejercía su carrera. Un farmacéutico de Burdeos preparaba las recetas de los médicos al azar, al tun-tún. Su esposa advirtió al prefecto, y éste le repuso que la ley no incluía á los intoxicados entre el número de los alienados; la autoridad era impotente para cesar aquel estado de cosas.

En el mundo político francés hubo y hay

aún, ciertamente, muchos morfinómanos y opiómanos. El doctor Louveau, en 1837, en el momento del « affaire » Schnœblé, certifica haber visto, en los jardines del Eliseo, al general Boulanger usando la jeringa de Pravaz. Por diversos documentos que se han descubierto recientemente se puede colegir, que fué sólo por temor de ir á la cárcel y de verse privado de morfina, que el general Boulanger no tentó el golpe de estado á que tantos franceses le empujaban.

Hay que notar, de paso, que la mayoría de las maletas diplomáticas procedentes de Oriente, y que no pasan por la aduana, contienen, mezcladas con documentos protocolares, grandes cantidades de opio.

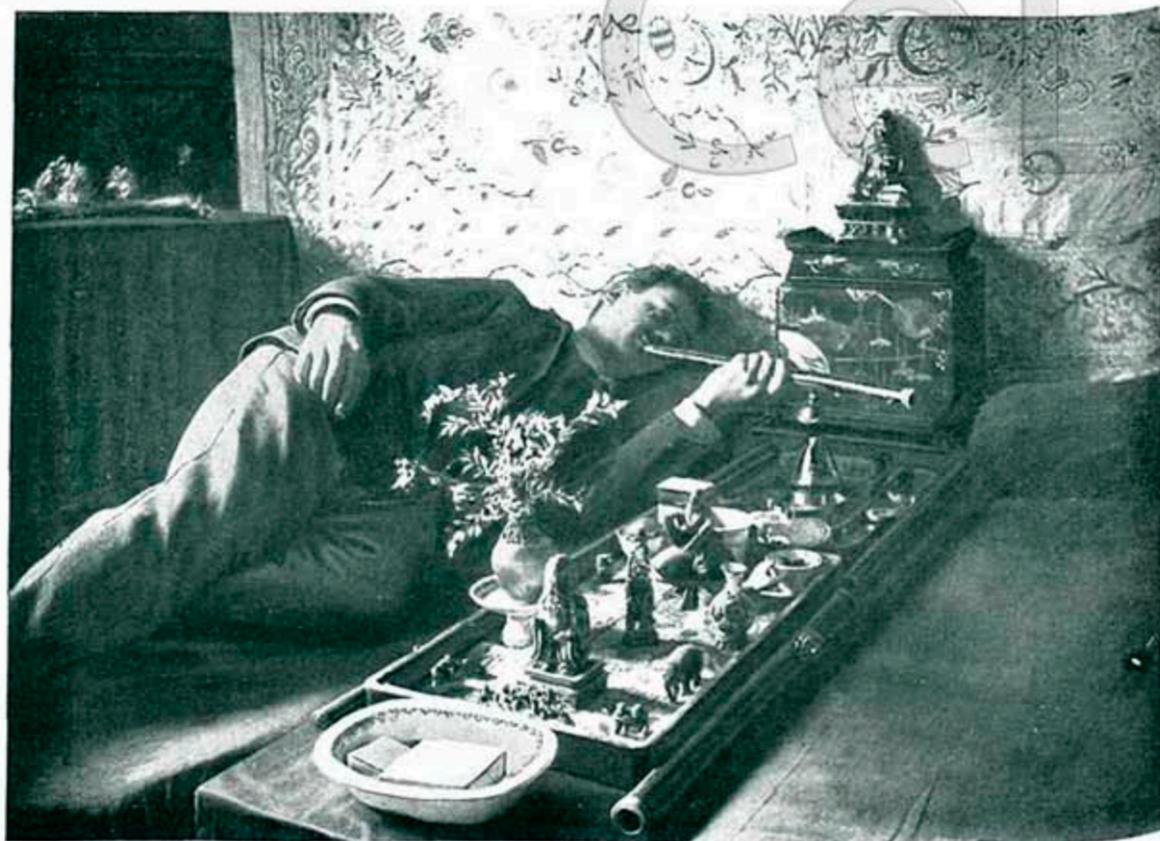
El príncipe de Bismark, que sufría de una neuralgia facial — para lo que el profesor J. A. Sicard acaba de encontrar un eficaz remedio — no hablaba en el Reichstag sino después de haberse dado una inyección de morfina. Y tanto se acostumbró á ella, que murió en estado de morfinomanía, ya que usó de este veneno, en sus últimos tiempos, con un poco de largueza.

Los actores Marais y Damala eran grandes morfinómanos. Marais murió loco á consecuencia de ello, creyéndose Miguel Strogoff. En la literatura actual, en Francia, hay

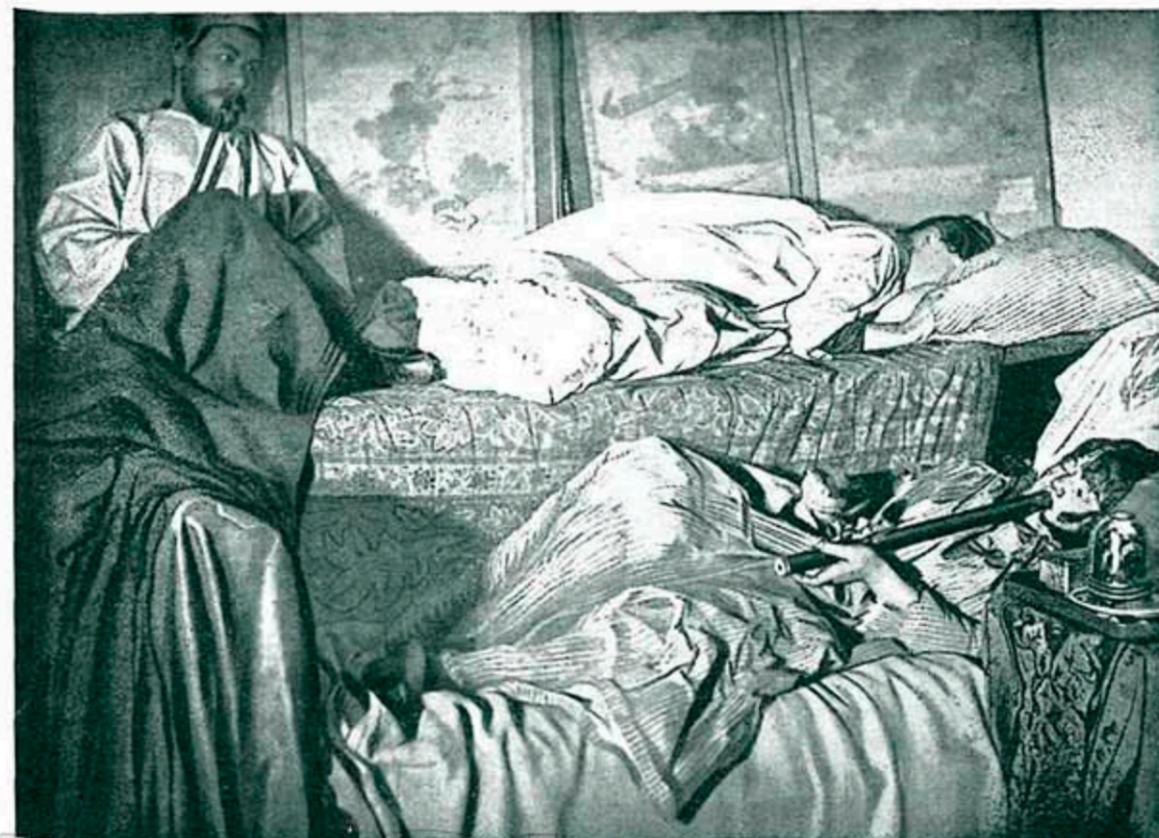
muchos morfinómanos... Pero nos ocuparemos sólo de los muertos, puesto que los que viven son un poco susceptibles. Guy de Maupassant, morfino-étero-cocainómano, combinaba las divagaciones de vesania general con las delicias tóxicas, en la casa de salud donde acabó miserablemente. Stanislas de Guaita, Dubus y tantos otros murieron intoxicados. El mismo Alfonso Daudet, sumido en el lecho por los dolores fulgurantes del tabés, se vió obligado á recurrir á la morfina. El profesor Pabinski inyectaba todos los días algunos centigramos de morfina al profesor Charcot, que en los últimos meses de su vida sufrió un lumbago dolorosísimo.

Pero ni Daudet ni Charcot, heridos por cruel enfermedad, pueden considerarse como viciosos morfinómanos. « La morfina, dice muy justamente el profesor Sicard, es por ventura el último recurso de todos los cancerosos, atáxicos y tuberculosos agonizantes... y es también el remedio maravilloso de los campos de batalla ».

Existen en París unas doscientas « fumeries » de opio. Hay algunas conocidas, como clubs y círculos muy cerrados. Pero la mayor parte son nómadas, es decir, que nacen y desaparecen con asombrosa rapidez, para renacer en otra parte. Su instalación es poco cos-



¡ El opio está servido !...



Las víctimas.

tosa: unos manteles, unas almohadas y... los utensilios necesarios á los fumadores. Los « masticadores de opio », llamados *theriakis* ó *afiudji*, se encuentran, aunque algunos digan lo contrario, en Londres, en los Estados Unidos y, naturalmente, en los países mahometanos. Estos llaman al opio « Mash Allah », es decir, « regalo de Dios », y lo usan para estimular la actividad y adquirir fuerzas. En los estados otomanos, la costumbre de masticar opio es muy común, y no es raro ver que el árabe se reparta la porción de opio con su propio caballo. Los Persas, los habitantes de la isla de la Sonda, los malayos y los negros de África son masticadores de opio. La acción excitante del opio llega á producir la locura. Los javaneses, bajo la influencia del opio, enloquecen furiosamente. Adquieren fuerzas momentáneas y, cuando están dominados por el efecto de la droga, no solamente persiguen á quienes odian, sino que se lanzan por calles y plazas y matan á cuantos encuentran, hasta que les logran detener. El capitán Beekmann cuenta, que un javanés que corría así por las calles de Batavia, mató diferentes personas de momento; un soldado le encontró y le hirió con su lanza. Pero el loco estaba tan desesperado, que se avanzó él mismo hasta el fierro pun-

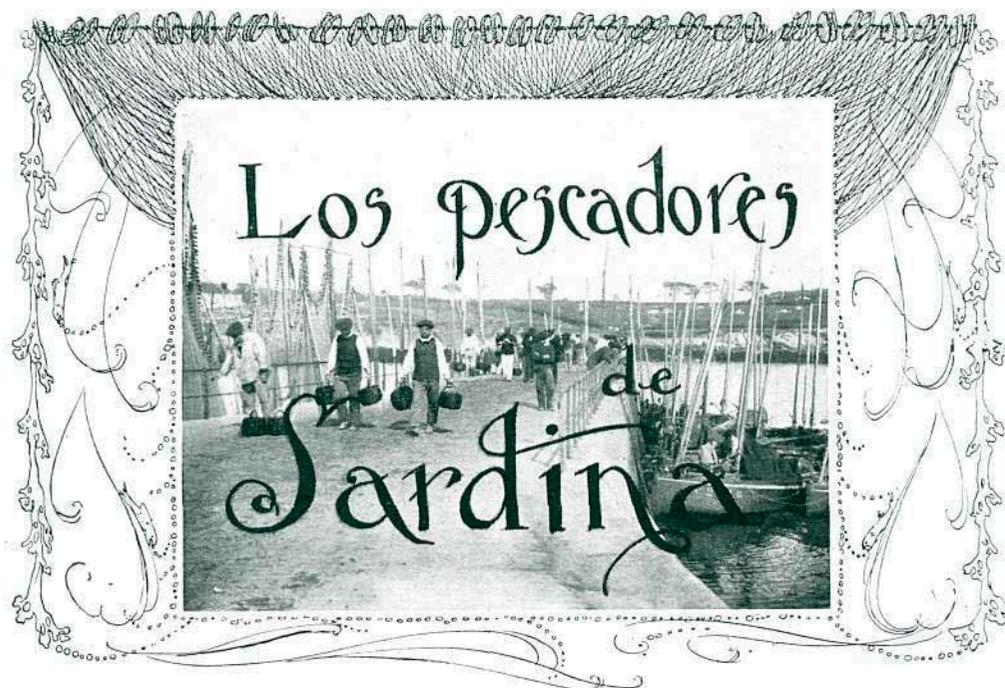
tiagudo, con tanta fuerza, que consiguió alcanzar al soldado, hiriéndole con su puñal. Para impedir tales espectáculos, las autoridades cuidan de colocar á la puerta de cada establecimiento guardias armados de largas picas, terminadas por una especie de alfange susceptible de envolver el cuerpo entero de un hombre. Y cuando uno de esos furiosos se lanza á la calle, los guardias le acorralan contra la pared, sin correr ningún peligro, y así el loco puede fácilmente desarmarse, atarse y ser transportado á un sitio donde no cause daño.

Estos pobres seres, cuando la muerte no les sorprende después de una inyección ó de una intoxicación, pagan muy caro el corto viaje á los paraísos artificiales. La desintoxicación es quizás la tortura más cruel que se les puede infligir.

Acercáronse al reino del ensueño, llenos de fé en el paraíso, y he aquí que éste era sólo un miraje; pues al despertar se han encontrado en el peor de los gehenas, en los gehenas del ensueño, donde incluso el ensueño es ilusorio.

¡ Y pensar que las víctimas de esos paraísos engañosos son por centenares de miles en Francia, por millones en Europa y por casi un millar en el mundo entero !

ANDRÉ IBELS.



La sardina emigró de las costas francesas del Atlántico. La escasez de pescado y en consecuencia su carestía, motivaron una crisis angustiosa que padecen los pueblos costaneros. Es oportuna, en tales circunstancias, una breve evocación de la dura e incierta vida de los pescadores.



En la quietud de la alta noche, sobre la tierra, todo es silencio y es paz.

Las menguadas casuchas blancas del puerto, aferradas al suelo y unidas unas á otras en apretada hilera, semejan ateridos náufragos que escuchan, en pavor de pretérita contienda, la canción misteriosa y solemne del Océano: esa canción que al apagarse el rugir homicida de la tormenta, parece decir, con voz de eternidades, el infinito abandono de aquéllos que tienen por sepultura el mar.

Frente al maldón, plegado el velamen y recogidos los remos, aguardan las traineras á sus tripulantes, y en tanto, leves é in-

quietas, las frágiles embarcaciones se estremecen, tascando con sus proas el freno de las amarras que las sujetan al muelle, y que crujen y se retuercen al luchar contra el arrastre de la marea vaciante.

Pero el alba es próxima... La canturía melancólica del viejo pregonero repercute de calleja en calleja y de puerta en puerta:

— ¡ Muchachos, á la mar! ...

Y es como un eco doliente de la dura sentencia de Jehová, del Jehová rencoroso y cruel:

— ¡ Ganarás el pan! ...

Los pescadores despiertan, arrancados al sueño intenso de la fatiga. Cinco minutos para vestir las ropas de agua; un instante para decir á la mujer un « hasta luego », que puede ser un definitivo « adiós »; otro instante para dejar en las frentes de los hijos dormidos un beso, que puede ser el último, y ¡ al muelle!



Suspendidas entre dos infinitos, las traineras resbalan



Frente al maldón, plegado el velamen y recogidos los remos, aguardan las traineras á sus tripulantes...

Sobre las losas de la calle solitaria, los pasos de las duras botas marcan un ritmo lento de perezoso andar. Una tras de otra, las hercúleas siluetas de los marinos van poblando el maldón é invadiendo las traineras.

— ¡ Buen día nos dé Dios! ...

— ¡ La Virgen del mar nos acompañe!

Los saludos, entre la brava gente, son votos, y son oraciones, que si todos los hombres van hacia lo desconocido en las jornadas de su vida, aquéllos cuya suerte está ligada á un antojo del viento ó á un capricho de la ola, al ir hacia su destino van con harta frecuencia hacia la muerte.

La flotilla parte.

A impulso de sus remos, las traineras se deslizan sobre las aguas ensombrecidas del puerto, y así llegan á la barra, tras de la cual brinda

su inmensidad el mar. Las primeras claridades del día, allá por el Oriente, truecan en oro fundido los cielos, en plata líquida las aguas, y en sangrienta púrpura las tierras.

Alzase la brisa mañanera. Despréndense los remos de sus escálamos, y las velas dan al viento su turgente albura.

La flotilla vuela.

Atrás va dejando el puerto, la barra, el faro, los hogares, los amores, los recuerdos: la vida.

Pronto las líneas se desdibujan; el paisaje lejano se esfuma; la tierra va tornándose en sombra que, poco á poco, se deslíe en la luz de la mañana, y al fin quedan, tan sólo, arriba lo infinito del cielo, y abajo lo infinito del mar.

Suspendidas entre dos infinitos, las traineras resbalan, breves y leves, dóciles al impulso de sus grandes velas blancas, que en el azul parecen evocar un desfile de gigantes gaviotas.



Las grandes velas blancas evocan, en el azul, un vuelo de gaviotas...



Después de presenciar una tragedia del mar, se piensa siempre que el pescado nunca es bastante caro...

Sobre alta mar, sin tierra á la vista, sin carta marina, sin brújula ni punto alguno de referencia, un patrón, jefe de trainera, os dice :

— Esta es la mar de Quejo.

Y más allá :

— Esta es la de Mouro...

Y así sucesivamente.

Los patrones han dividido la región pesquera en zonas, verdaderos departamentos, y cada uno de ellos lleva un nombre y tiene, en la calidad de su producto, en sus riesgos, ó en sus venturas, un carácter propio y exclusivo.

¿ Cómo logran los viejos pescadores distinguir en la inmensa llanura monótona una región de otra idéntica ? ¿ Quién lo sabe ?

Pero la flotilla llega al término del viaje. Tendidos los aparejos, el azar decidirá del provecho del día. Fueron tiempos en los cuales, prendidas en las mallas de la red, como argénteos abalorios palpitanes, las sardinas entraban á bordo en avalancha, y abarrotaban las calas : era el milagro del Tiberiades, y era en los hogares la abundancia, y en las bocas satisfechas la sonrisa. Fueron, en cambio, otras jornadas ingratas, y durante ellas, los bancales de sardina emigraron, ya huyendo de los delfines, eternos

enemigos, ya en busca de nuevos pastos sobre las inmensas praderas submarinas. Y entonces, ante el triste avatar, las redes emergieron sin más paramento que el de las gotas de agua temblorosas y amargas como llanto de miseria.

Tendidos los aparejos, el azar ha decidido del provecho del día. Con el contento de la labor aprovechada, ó con el desaliento del esfuerzo perdido, los pescadores vuelven, y dando al viento de la tarde la albura turgente de sus velas, las traineras hacen ruta en demanda del puerto... ¡ El puerto !... Puede ser, al regreso, juego de niños el ganarlo ; puede ser también empresa de gigantes... Con mar bella, todo se reduce á una sabia guiñada del timón, al embocar la barra, y hay patrón para quien es tema de amor propio el describir, con la estela, la más airosa, ceñida, y rápida de las curvas, al escurrirse la trainera entre el desfiladero de rocas firmes y de ocultos escollos, sorteando al par los bancos de arena.

Pero en los días en que al paso de las lanchas sale, airada y traicionera, la tormenta, en esos días la entrada del puerto, *la barra*, truécase en hervidero de rompientes que furibundas se estrellan sobre los peñascos, y que caen como arietes de titán sobre las arenas de la quebranta, triturando, sepultando,

aniquilando cuanto encuentran ó cuanto arrastran.

Y en semejantes horas, cruzar sobre tal infierno, no es cosa fácil... Diganlo si no mis recuerdos de antaño :

Fué en el Cantábico, y bajo una galerna que corrí á bordo de la mejor trainera, mandada por el mejor patrón de Santander. Llegaron todas las lanchas hasta el abra del puerto, y allí, al amparo del Cabo Mayor, fueron, una tras de otra, intentando el paso de la barra con la ola propicia. Era cuestión de suerte y de acierto... Un error de un segundo en el cálculo del tiempo, una remada perdida, una vacilación en las manos de los patrones, y esas mismas olas sobre cuyas crestas rugidoras se habían de salvar las rompientes, harían trizas las embarcaciones sobre las arenas de la quebranta, y arrastrarían, mar afuera, á los hombres, que perecerían á la vista del puerto, escuchando sobre ellos los lamentos desesperados de sus mujeres, de sus madres, y de sus hijos.

Una tras de otra, las traineras fueron lanzándose á la tremenda aventura... El viento y los mares impedían oír y ver el drama, pero allá, sobre la costa, las mujeres sollozaban, y los hombres, inútilmente, arrojaban cabos salvavidas... Era indudable que nuestros compañeros sucumbían.

Al fin, los últimos, entramos en la barra... Fué un instante... Pasamos sobre la cólera del mar y bajo la ira del huracán, en lo alto de la ola gigantesca que parecía alzarnos hasta el cielo... Yo sólo vi, abajo, en la negrura del abismo, cadáveres y tablas que flotaban, y enfrente, á pocos metros de la proa, el hervidero de los mares al estrellarse sobre la quebranta... Cerré los ojos... Oí la voz del patrón que clamaba :

— ¡ Adentro, muchachos !...

Escuché, inmediatos, el estertor de veinte pechos en el supremo esfuerzo de cuarenta brazos...

Luego, el silencio... Abrí los párpados... Estábamos en el puerto, sobre la bahía en calma... Los remos colgaban de los escálamos, inmóviles... Los hombres, sudorosos y desencajados, reían y lloraban. El patrón, de hinojos sobre la cubierta, á popa, rezaba á la Virgen del Mar.

Tal fué la tragedia, allá sobre los mares airados del Cantábico, y desde entonces, á buen seguro, en todas las contiendas en que se discute el precio que los pescadores exigen por su labor, yo pienso siempre, invariablemente, que el pescado nunca es bastante caro.

BLAY.



Aquéllos cuya suerte está ligada á un antojo del viento ó á un capricho de la ola, al ir hacia su destino, van con harta frecuencia hacia la muerte.

LAS FEMINISTAS CONTRA EL AMOR,
por MABEL LUCIE ATTWEL.



CUPIDO, meditando : ¡Son tan feas, que ni siquiera puedo defenderme con mis flechas..!

(The Tatler.)



AL es el dilema planteado acerca de los célebres y extraños buscadores de manantiales.

¿Tienen sus prácticas una base científica, ó por el contrario son hijas de una superstición casi tan antigua como el mundo?...

Hace más de dos siglos, que la Academia de Ciencias de Londres se propuso dilucidar este tema que hoy es de actualidad para la Academia de Ciencias de París, y que preocupa intensamente á los modernos científicos de Alemania.

« Descubridores de fuentes », « bacilógiros », « rbdománticos », á quienes la fantasía popular concedió un poder sobrehumano y una ciencia oculta y misteriosa, son personajes de otros tiempos que viven en los nuestros, de sabiduría y de prosa, y que son únicos en continuar la tradición de un sortilegio.

Estos brujos van por montes, por llanos y por valles, atentos á la inspiración de su cetro mágico, que no es sino una vara de avellano bifucada en forma de horquilla. Las inclinaciones leves, á modo de estremecimientos, que al decir de los bacilógiros experimenta esta varilla en la proximidad de un manantial á flor de tierra, ó de un depósito de agua subterránea, sirven de indicación á los buscadores, quienes aciertan á encontrarla guiados de esta manera por la vara prodigiosa.

Pero los rbdománticos llevaron sus proezas de adivinación á más alto punto, y, no sa-

tisfechos con descubrir manantiales, aplicaron las virtudes misteriosas de sus palos de avellano para inquirir los lugares en que, bajo tierra, se ocultaban tesoros escondidos por los hombres, ó riquezas brindadas por yacimientos naturales de mineral.

Aún se llegó más allá, en el arte cabalístico del manejo de la horquilla, y merced á él surgió, á mediados del siglo XVII, el primer tipo de policía sorprendente, padre de todos los modernos Scherlock-Holmes, que no tienen más valor que el de un plagio.

Los esbirros del rey buscaban la pista de dos temibles asesinos; pero aquella primitiva policía acostumbraba, como la nuestra contemporánea, á encaminar sus pesquisas en sentido exactamente opuesto á la dirección de los culpables fugitivos. En tales circunstancias, presentóse un aldeano que pretendió acertar con el paradero de los malhechores, dejándose guiar por las indicaciones de su varilla encantada. El aldeano cumplió su promesa, y el relato de la hazaña cundió por toda Europa, sirviendo de pedestal á las inquietantes figuras de los rbdománticos.

Pero al correr de los siglos, la incredulidad humana fué creciendo, y poco á poco, olvidada la leyenda, dieron las gentes en no prestar gran crédito al poder de estos magos campesinos, en lo que al descubrimiento de riquezas y de delincuentes se refiere, concediéndoles, á lo más, la rara habilidad de encontrar ignorados manantiales, ú ocultos depósitos de agua.

No es pequeña ni baladí, sin embargo, tal virtud, que en muchos casos puede ser clave de fertilidad para los campos, y fórmula de vi-

da para las gentes; de aquí la excepcional curiosidad que las prácticas de los bacilógiros despiertan, y el deseo de comprobar definitivamente sus razones científicas aún desconocidas.

Como ya queda indicado, la Academia de Ciencias de Londres inició tales investigaciones hace doscientos cuarenta y siete años.

La fecha no es de ayer, pero á pesar de su antigüedad y de los esfuerzos posteriores de la Academia Francesa, que en 1853 designó á una comisión, en la que figuraba Boussingault, nada menos, para el esclarecimiento de este misterio, el misterio subsiste en 1913.

Contra la posibilidad de que las prácticas de los buscadores de manantiales tengan fundamento científico, se alza el testimonio de un hombre, que dedicó su vida entera á esa misma labor de descubrir fuentes y pozos. Este hombre, que era un sabio y un experto, fué el abate Paramelle.



Entre este "rabiomántico" de hace varios siglos...

Los sacerdotes de aldea se preocuparon siempre de esta necesidad del agua, tan íntimamente ligada con la vida de los campos, necesidad que ignoran los ciudadanos dueños de grifo á domicilio, pero que fué la gran obsesión de las civilizaciones á través de las épocas, desde que el primer rabiomántico conocido, Moisés, hizo brotar un manantial de los peñascos inclementes del desierto.

Así, el abate Paramelle consagró todos sus esfuerzos á tal labor, pero poco inclinado á utilizar medios empíricos, en los que no tenía ninguna fé, sirvióse únicamente de sus estudios de ciencia y de sus observaciones personales, llegando al increíble resultado de descubrir 10.000 manantiales.

Este sabio llevó á cabo repetidas experiencias, en compañía de los bacilógiros de su tiempo, y de ellas no obtuvo resultado instructivo alguno como no fuera un absoluto escepticismo, en cuanto hace al secreto



...y este otro de nuestros días han pasado centenares de años, sin que se haya puesto en claro el secreto de la varilla mágica.



La "rabiomancia" no es exclusiva de los hombres, y el feminismo ha conquistado para las mujeres el arte empírico de los "bacilógiros".

poder de la famosa varilla de avellano, de que los bacilógiros — cuya sensibilidad No obstante, los científicos de hoy son excepcional les convierte en verdaderos higroscopios vivos — llevan en sí mismos, y no en sus mágicas varas de avellano, la facultad de orientarse hacia los lugares en que se oculta el agua.

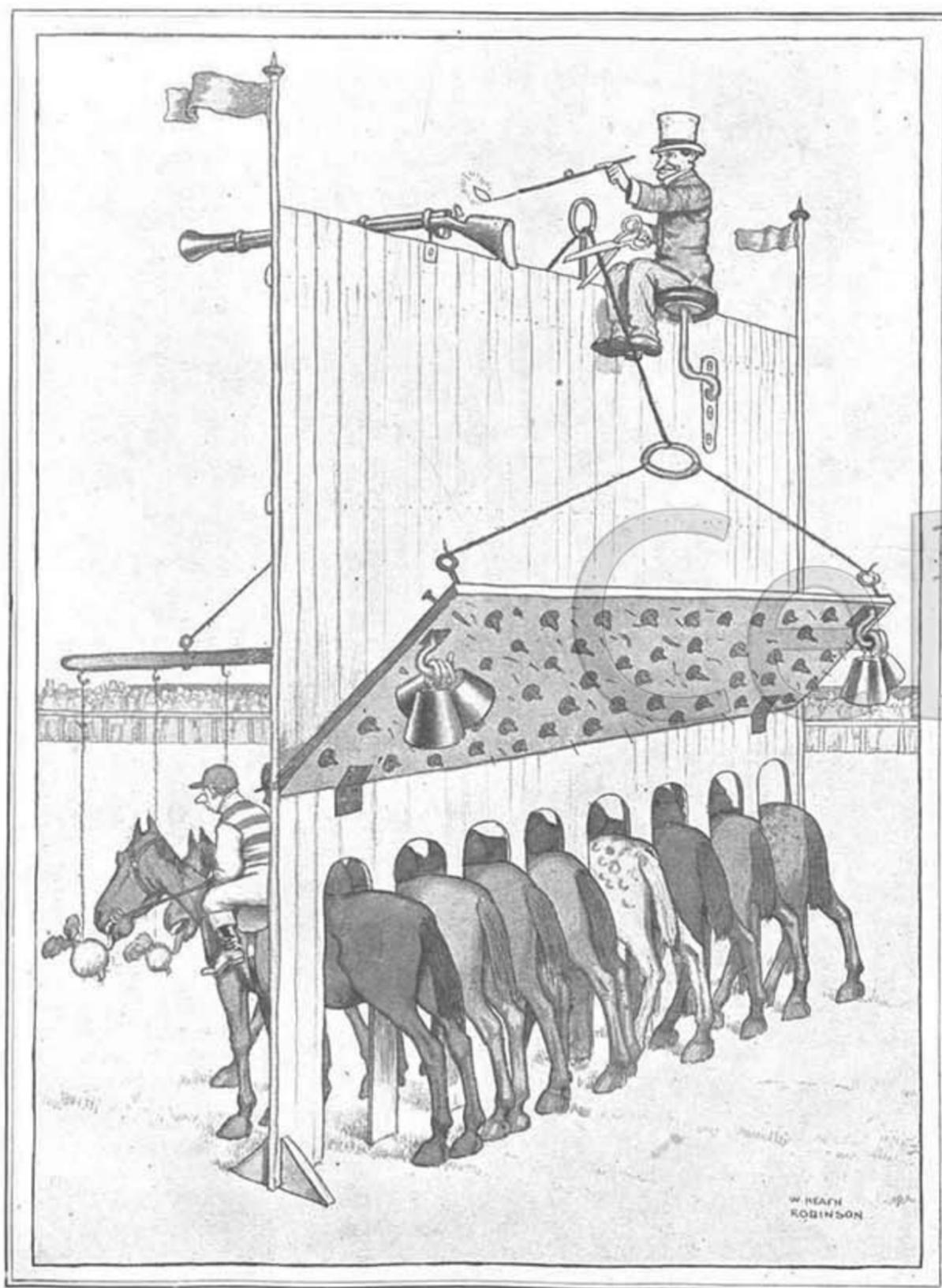
Peró como hace dos siglos y medio que á los sabios desvela este asunto, todo hace suponer que aún no han dicho, acerca de él, su última palabra.



MAX.

Lo único lamentable es el que los "bacilógiros" contemporáneos no sigan vistiendo este traje pintoresco, muy en armonía con su misterioso poder...

CONTRA PEREZA...
por W. HEATH ROBINSON.



La señal de salida inventada últimamente, que se practica en las carreras de caballos perezosos.

(The Sketch.)

EL TEATRO EN PARÍS

Por E. GOMEZ CARRILLO



HELENE ARDOUIN

DE ALFRED CAPUS.

LE SECRET

DE HENRY BERNSTEIN.

LA SEMAINE FOLLE

DE ABEL HERMANT.

LA BELLE CIGARIÈRE, DE QUINTO VALVERDE.



Por primera vez, quizás, desde el día ya lejano del estreno triunfal de « La Veine », Alfred Capus acaba de tener, no diré un fracaso, ya que la palabra es demasiado fuerte, pero sí una desilusión. Su nueva comedia no ha gustado, ó por lo menos no ha gustado tanto como las anteriores. ¿ Quiere significar esto que la manera del afortunado dramaturgo haya cambiado? No. ¿ Es siquiera *Hélène Ardouin* inferior á *Les Deux Ecoles*, y aún á la misma *Veine*? Tampoco. Lo que pasa es que París, cansado de las eternas obras en las cuales no hay sino frivolidad, diálogos ligeros, trajes suntuosos y psicología superficial, comienza á mostrarse severo para con sus ídolos de ayer. La culpa la tienen los poetas fuertes y los fuertes creadores. Viendo los dramas de Bernstein, en los cuales palpita una vida desaforada de pasiones hondas y de hondos conflictos morales; viendo las tragedias de Henry Bataille, que ocultan entre flores una intensa sensibilidad poética; viendo las comedias de Porto Riche tan profundas en su perfección armoniosa, tan bellas en su desesperada melancolía, la gente ha llegado á desdeñar á los que sólo saben sonreír.

Y Capus sonríe siempre.

Desde la primera hasta la última escena, todo, en sus comedias, es ligera sonrisa. El

amor sonríe; los celos sonríen; el vicio sonríe; el malhumor sonríe; y hasta la misma gravedad, encarnada en grandes banqueros ó en majestuosos consejeros de estado, sonríe... La sonrisa es constante. Además, es bonachona y picaresca. Es la sonrisa del hombre feliz. En nuestra época no existe otra sonrisa como ésta. ¡ Hay tanta amargura en los corazones contemporáneos!... En el teatro, sobre todo, los que sonríen, parecen que quisieran llorar. Ved á los héroes de Paul Hervieu, y decidme si sus sonrisas no son muecas dolorosas y profundas. Ved á los de Jules Lemaitre, y en el acto notaréis el desencanto que amarga sus labios. Ved á los de Abel Hermant, y os espantaréis ante el rictus de sus rostros. Ved á los de Mirbeau, y no podréis explicaros que haya tanta tragedia en una simple contracción de músculos. Ved á los Maurice Donnay, en fin, tan enternecedores, tan poéticos, tan ardientes, y descubriréis que sus lágrimas resbalan hasta el borde de sus bocas. En cambio, ved á los de Capus, y os parecerá que es la sonrisa la que sube hasta las lágrimas, que es la sonrisa la que penetra hasta el dolor, que es la sonrisa la que llega hasta los celos. Es vez de crear primero seres y de hacerles luego sonreír, el autor de « La Veine » crea sonrisas, y después las obliga á encarnarse en seres que aman ó detestan, que sufren ó gozan, que gritan ó murmuran. Y cuando algunos de esos seres, olvidando su esencia, trata de escaparse de la suavidad sonriente para precipitarse en la desesperación, ó en la exaltación, su creador le contiene,

explicándole la gran filosofía de la vida moderna. Porque este literato es, á su modo, un filósofo, y posee un sistema que puede resumirse en una sola frase, á saber: « No hay que profundizar ». A todas horas, en todos los franceses, en todos los casos, esas palabras son el « leit motiv » latente y palpitante del buen apóstol. Helo aquí ante una mujer que está á punto de ser desgraciada, porque su marido la engaña. « Calmate — la dice — calmate y reflexiona, pero no reflexiones mucho. Todo lo que se exagera es malo. Una esposa que quiere vivir sin llorar, no debe nunca tratar de saber lo que hace su marido. Los hombres no merecen que las mujeres lloren por ellos ». En seguida, si es un hombre el que se prepara á sufrir, con sólo cambiarle la última frase, el mismo consejo le sirve. « Las mujeres no merecen que los hombres lloren por ellas ». En realidad, nada de lo que pasa en el mundo vale la pena de ser tomado en trágico. El esfuerzo es vano.

Pero por lo mismo que Capus es, entre los autores parisinos, el que sonríe sin amargura y sin crispaciones, la gente parece fatigarse de su gracia optimista.

— La vida no es así, desgraciadamente — dicen todos.

En *Hélène Ardouin*, el autor, tal vez por limpiarse de esta censura, ha querido, haciendo al final morir á su heroína, mostrarse más trágico que de costumbre. Pero, la verdad sea dicha, cuando se llega á ese desenlace ha pasado uno por tantas risas y tantas sonrisas, por tantas escenas caricaturescas y tantas situaciones grotescas, que ni el mismo gesto de la muerte le conmueve.

Hélène Ardouin está casada con un hombre que la desprecia. Un día, ese hombre la abandona, y abandona á su hija, para ir á vivir al lado de una mujer indigna. En ese mismo momento, un ingeniero que fué novio de Hélène se presenta. « Te souvient-il de notre

extase ancienne ? ». Y las manos se juntan. Y pasan los años. Y la abandonada, que se ha hecho una nueva existencia, vive feliz. Pero de pronto, el marido, lleno de arrepentimiento, vuelve á su hogar. ¿ Qué hacer ? Si ella se niega á recibirle, la ley está ahí. La ley es implacable. Un proceso bastaría para obtener que separaran á la hija de la madre. Entonces, Hélène, viendo su dicha rota, viendo su sueño destruido, cae enferma, y muere.

Con esta anécdota, Henry Bataille habría hecho un poema tierno y vibrante. Capus ha hecho una obra que comienza en farsa, con tipos grotescos como el empresario Cabaniés, y que termina en melodrama damelascameliesco. Por eso el público, muy finamente, ha dicho:

— « Assez ».

Esta desilusión de un autor de gran mérito no debe, empero, apenarnos mucho. Con su talento y con su habilidad, Capus comprenderá al fin que es preciso cambiar de rumbo, y sus obras futuras serán, sin duda,

menos risueñas, menos parisenses, pero más sobrias y más hondas que las anteriores. La ley que ordena « renovarse ó morir », está hecha para los hombres superiores.

Esa misma ley es la que ha dictado á Henry Bernstein su última obra, tan admirable y tan admirada. Porque Bernstein también estaba en peligro de desagradar al público. Su sequedad temblorosa, su brusca concepción de los conflictos, su perpetuo deseo de hacer aparecer el interés material en medio de sus idilios, comenzaba á irritar á algunos de sus más fervientes amigos. Era, pues, preciso renovarse. Y con una energía digna de los mayores elogios, el robusto dramaturgo puso en la aridez de su jardín algunas gotas de rocío. Sus nuevos personajes ya no sólo saben rugir. Saben también hablar á media voz. El amor ya no es para



M. Rosenberg y Mlle. Sergine, en "Hélène Hardouin."

él, como para los poetas de la antología, un dios devorador de corazones. Es asimismo un suave consejero de piedad.

Gabriela y Jeannelot están casados hace diez años, y se adoran. El es la bondad hecha hombre. Ella la gracia hecha mujer. El está separado de su hermana, que le ha intentado un proceso inicuo. Ella le consuela. En el primer acto, una amiga de la casa, Henriette, confía á la heroína de la obra que ama á un joven y que el joven la ama. « Pero — agrega — es un hombre celoso, y si conociera mi vida no se casaría conmigo. Por fortuna, sólo tú sabes lo que pasó entre Charlie y yo ». La dulce Gabriela la tranquiliza. « No temas nada — dícela — yo le hablaré á tu novio Denis, que ya me ha confiado su amor por ti, y os uniréis santamente ». El casamiento, en efecto, se realiza. En el acto siguiente encontramos á Jeannelot, á Gabriela, á Denis y á Henriette en un castillo, disfrutando de las delicias del otoño. Todo respira allí la dicha. Es el castillo encantado de la ventura durmiente. Y, sin embargo, algo se nota de inquietud, de zozobra, de congoja. Un personaje que aparece, nos hace comprender lo que sucede. Este personaje es Charlie, el que fué amante de Henriette. ¿ Cómo está en aquel lugar donde su presencia es inaudita ? Nadie lo explica. Una tía vieja, según parece, lo ha invitado. Naturalmente, Henriette que adora á su marido, y que querría borrar las huellas de su falta pasada, hace lo que puede por alejarle. Un

día dice á su amiga: « Dile por Dios que se marche ». Gabriela le contesta: « Ya se lo he dicho, pero él no quiere irse si tú no le concedes una entrevista de media hora. Desea explicarte algo ». No sabiendo qué hacer, la incauta acepta la cita. « Aquí mismo — exclama — le espero ». Apenas hace unos minutos que Charlie se halla al lado de ella, cuando Denis, lívido, aparece. De sus labios brotan los reproches. « Infame — dice — infame, me has engañado ». Entonces, la pobre mujer confiesa su falta pasada. Ante esta catástrofe, Jeannelot trata de saber el misterio de lo que ha pasado. ¿ Quién invitó á Charlie ? Su mujer, llorando, le confiesa que fué ella. Fué ella, en efecto. Y esto no es todo. Ella fué también quien le enemistó con su hermana. Ella es un monstruo. Ella no puede ver la ventura ajena sin sufrir. Ella necesita destruir la dicha de los demás.

— Un monstruo — exclama Jeannelot, pensando alejarse para siempre de su hogar.

Pero descubre tanto sufrimiento en aquella mujer que, aunque malvada, lo ama, que acaba por abrirle sus brazos perdonándola.

El éxito de este drama ha sido inmenso. El público, que ha admirado siempre en Bernstein al fuerte, al recio, al rudo constructor de intrigas pasionales, ha admirado en *Le Secret* todas las cualidades que antes lo subyugaran en *La Griffre*, en el *Detour*, en el *Volteur*, con más una ternura nueva, y una nueva nota de melancólica piedad.



M. V. Boucher, Mlle. Lély, Mme. Simone y M. Garry, en "Le Secret".

Abel Hermant, como Capus, es un dramaturgo esencialmente parisiense. En sus obras, los trajes tienen tanta importancia como los caracteres, y las alusiones á los escándalos del momento llaman tanto la atención como los diálogos. « Sacadlo de París y no le comprenderá nadie » — dice un crítico. Yo digo más. Fuera del Bulevar, ya su gracia pierde la mitad de su atractivo. ¿Cómo hacer sentir, en efecto, á un público que no está en los secretos de la vida parisina refinada, los más delicados matices de ésta ironía cruel y fría? ¿Cómo hacer comprender á gente que vive lejos de la Opera y de la Magdalena, las nimiedades encantadoras de estos conflictos galantes? Aun en las obras que más universales parecen por su cosmopolitismo pintoresco, el fondo es de esta ciudad. Así, ved la *Semaine Folle*, estrenada últimamente en el Athéné. La escena se desarrolla en Venecia. Entre sus personajes los hay rusos, italianos, ingleses y argentinos. No obstante, el conjunto es esencialmente parisiense.

Un joven ruso, millonario y soñador, seduce á la dama de compañía de su madre y, obedeciendo á la voluntad de su familia, se casa luego con ella. Apenas casado, comienza á sufrir. Aquella mujer — piensa — no se ha dejado seducir sino por cálculo. Lo que quería, era su nombre, su fortuna, su rango social. Y como su alma esclava es violenta, abandona la mitad de sus riquezas á madame, y se marcha á vivir solo. La pobre Fedosia, que ama apasionadamente á su marido, busca un medio de atraerle de nuevo. ¿Cartas apasionadas? No. Eso se queda para las costureras. ¿Amenazas? Tampoco, eso no sirve para nada. Al fin, adoptando las teorías de los cuentistas del siglo XVIII, se decide á inspirarle celos. Se marcha, pues, á Venecia, donde el ruso se ha refugiado, y co-

mienza á frecuentar los salones elegantes. En todos ellos se encuentra con su esposo, y hace como que no le ve. Encambio, se complace en dejarse cortejar por un parisiense llamado Mauvieres. Al notar esto, el ruso cae en la red tendida. Su mujercita le encanta, ahora que parece tener otro amor. Un día, viendo entrar á Mauvieres en casa de Fedosia, no puede contenerse. Llama á la puerta. No le reciben ó le reciben mal. Poco



Mlle. Ventura y M. A. Brulé, en "La Semaine folle".

después, encontrando al mismo hombre con su mujer, precipitase contra él lleno de ira. Pero en ese momento aparecen algunos amigos, y la riña no se lleva á cabo. Cuando los amigos se van, el ruso y Fedosia se quedan solos. Se explican. Vuelven juntos al hotel, jurándose amor. Al verles, Mauvieres que está locamente enamorado, dispara un tiro contra el ruso, sin herirle. Los esposos no hacen caso de aquel acto de desesperación. ¿Para qué? Amándose, lo comprenden todo y lo perdonan todo. Enlazados entran, y el matrimonio, antes mal unido, se convierte en una pareja modelo.

Ya veis, pues, si hay cosas cosmopolitas

aquí. Pero con esto del cosmopolitismo, pasa como con el españolismo. Es un producto de París. Lo que los hacedores de pantomimas ven en las panderetas, los autores de comedias lo descubren en las novelas rusas. Y una vez el descubrimiento hecho lo transforman de tal modo, que nadie, no siendo boulevardero, lo comprende.

En todo caso, la obra de Abel Hermant tiene tal animación, y está tan llena de alegría, de voluptuosidad y de ingenio, que bien se le puede perdonar lo que en su psicología hay de convencional.



— ¿Qué piensa V. de la nueva obra de Quinito Valverde? — me preguntó alguien.

— Que es admirable — contestéle.

— ¡Por Dios santo!... ¡Cómo puede V. decir eso!... Entre todas las españolerías inventadas por París, no ha habido nunca una tan loca y tan falsa como ésta. Otros se han contentado con pintar cuadros sevillanos, granadinos ó gaditanos, exagerando los cuomos de las cajas de pasas y de las panderetas. La « Maison des Danses », de Reboux, es una comedia llena de falsedades. « La Femme et le Pantin », de Pierre Lonys, también es falsa. Pero en una y otra hay un encanto de amor frenético, de poesía cálida, de belleza exótica que seduce. Y si me dice V. que no hay que comparar una obra seria con una zarzuela, le citaré diez, doce, veinte *espagnolades* de café concierto, que tienen su sabor agradable y casi verosímil. Recuerde V. la « Rosa de Granada », del mismo Quinito. Y es que en Andalucía, el color violento no choca. Pero esta « Bella Cigarrera » de ahora no tiene como fondo un paisaje del sur, sino una vista de Barcelona. ¡Qué enormidad! ¡Barcelona, la bella trabajadora, Barcelona, la hermana de Génova y de Marsella, vestida de andrajos! Con sólo recordar algunas escenas, hay para morir de risa ó de indignación. El director de la Fábrica de Tabacos aparece como un bandolero de folletín, y su hija como una gitana de

romance de ciegos. Ese director, vestido de bohemio, hace contrabando llevando á su sobrino disfrazado de oso, á su mujer de bruja, y á su hija de mendiga. Luego, los alcaldes y los carabineros, y todo el mundo, en suma, aparecen cual si estuvieran en un baile de máscaras de Lavapiés. No, verdaderamente, V. no puede encontrar ese libreto admirable.

— Es cierto — contestéle — el libreto es una farsa algo grotesca. Pero esa no es obra de Quinito sino de Benjamin Rabier, el alegre caricaturista. Lo de Quinito es la música, y eso sí es admirable. Recuerde V. la gracia ligera y retozona de los aires que cantan y bailan los personajes. No hay nada más español y más regocijado. Es la armonía de las guitarras y de las panderetas, es el ritmo del pueblo, es la animación de la raza. Los bailes, sobre todo, son deliciosos. Vamos, no lo niegue V., esto es innegable. Desde el principio hasta el fin, las notas se estremecen en un febril aleteo de castañuelas que hacen vibrar el alma y el cuerpo. Cada acto es un florilegio de aires populares. Quinito es un admirable nitzcheano, adorador del baile por el baile. En su ardor dionisiaco, á todo el mundo hace bailar. El alcalde como el carabincero, el gitano como el funcionario, todos ondulan, todos palpitan, todos se retuercen. Para contar y definir los pasos de la « Bella cigarrera », sería necesaria la ciencia de un maestro Otero y la paciencia de un René Maizeroy. Peteneras, sevillanas, manchegas, marianas, farrucas, tangos, panaderos, vitos, soleares, guajiras, jotas; todo está ahí mezclado, confundido, enmarañado. Y como todo eso es la delicia de las delicias y la maravilla de las maravillas, al concluir el espectáculo, no le queda á uno sino el recuerdo vibrante de haber visto piruetas admirables, animadas por una admirable música.

— Es cierto... Pero la letra... la obra... el argumento... Yo, en nombre de la noble Barcelona, protesto.

— Proteste V... Quinito le contestará, que sólo es responsable de la música.

(Dibujos inéditos de Marevéry).



Un Caricaturista Argentino



DESDE los tiempos de *Demócrito*, pseudónimo usual de aquel célebre humorista que ilustró, con sus intencionados dibujos, las páginas del *Don Quijote*, muchos han sido los caricaturistas que, en la República del Plata, llegaron hasta una fama merecida. Julio Santiago es, en la actualidad, uno de los más originales satíricos del lápiz y del pincel.

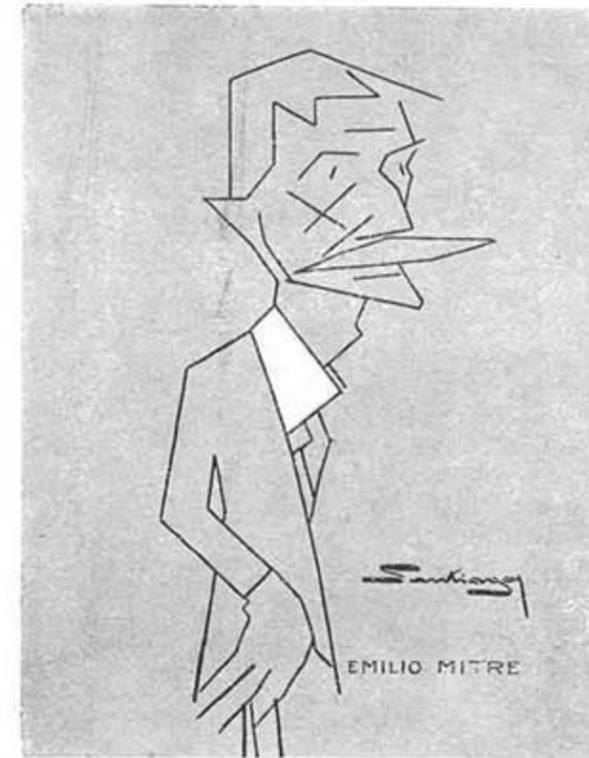
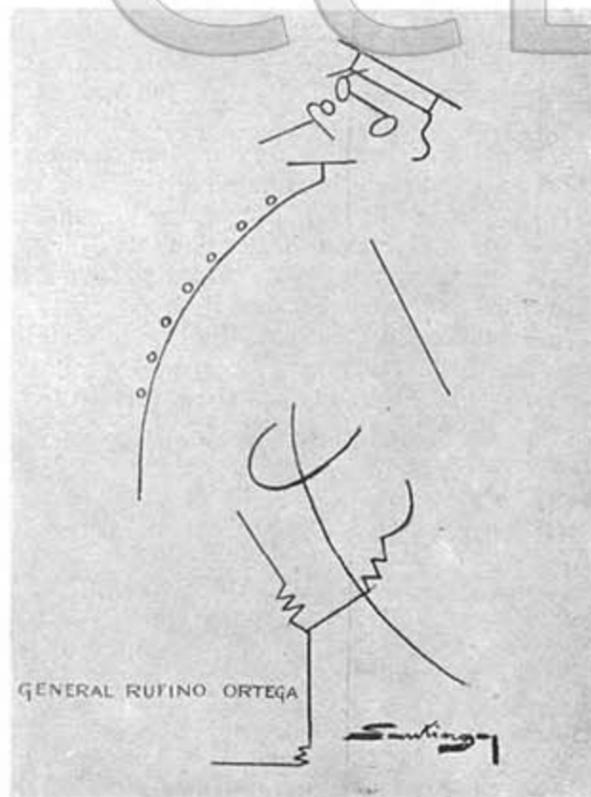
Este notable artista, que ha logrado la popularidad de que hoy goza merced á una larga y á veces ingrata lucha, se esfuerza en conseguir, para el arte de la caricatura, una verdadera renovación.

De los primeros en abandonar la rutina que consistía en reducir la caricatura á una exageración grotesca de los rasgos fisionómicos, y de los primeros también en orientar su arte por los derroteros de la caricatura de *expresión*, Santiago ha llegado á especia-

lizarse en la sobriedad del trazo, unida al máximun de intensidad expresiva.

La sencillez de la factura y el atrevimiento del conjunto — nuevo y sorprendente por su verismo y su vida — he aquí los rasgos característicos de este artista, en cuya obra se encuentra un notorio parentesco espiritual con la de Gulbrasson, el ilustre dibujante alemán que dirige la revista *Simplicissimus*.

Pero Santiago no es solamente un original como caricaturista, sino que también lo es como hombre. Prefiere al trabajo artístico, preparado con la prisa y la intranquilidad á que someten las necesidades de la vida, el trabajo sereno é independiente; pero como es preciso por otro lado vivir, y Santiago no es rico, este artista de voluntad y de talento ha sabido disciplinarse y dividir su vida en dos ambientes, que corresponden á dos círculos casi opuestos: el comercial, por decirlo así, y el de alta labor de arte. Merced á su labor *comercial*, Santiago consigue una posición desahogada, y ella le permite conservar,



para las horas de labor propia, la libertad de trabajo, de elección de los asuntos, y de tiempo indefinido que pueda consagrar á cada una de tales obras.

Y así, en el taller de este artista encontramos, junto á los apuntes pictóricos, ensayos de escultura seria y de escultura grotesca que son otros tantos aciertos. Cortaplumas en mano, Santiago labra, en trozos de madera blanda, las mismas caricaturas especialísimas que bocetan sus pinceles; terminada la escultura, complétase el humor de los muñecos con el de algunas oportunas notas de color, que dan al leño esculpido mayor carácter y nueva vida.

El caso de Santiago debe ser imitado por buena parte de sus colegas. La mayoría de los artistas de nuestra metrópoli están sujetos á una labor periodística absorbente y

anuladora de su talento, de tal modo que, al cabo de algunos años de semejante vida, se agostan las esperanzas más firmes y fundamentadas.

Santiago, entendiendo la vida de otra y más acertada manera, sabe atender á sus necesidades, recabando al mismo tiempo á su vida la libertad y la independencia que exige el desarrollo de sus proyectos de arte.

De la sencillez, más aparente que cierta, que se advierte como nota característica en los trabajos de Santiago, puede decirse justamente lo de la difícil facilidad con que hubo de definirse el estilo de Campoamor.

Santiago comienza su labor ahora, y todo hace por lo tanto esperar, que nuevas y brillantes jornadas suyas nos reserven gratas sorpresas.

E. M.



NUESTRO CONCURSO LITERARIO

Como lo anunciábamos ya en nuestro número anterior — correspondiente al mes de Marzo — el Jurado á cuya indiscutible autoridad hemos de someter los trabajos presentados al Concurso Literario de *Mundial* y *Elegancias*, queda constituido en la siguiente forma:



E. Gómez-Carrillo.

Presidente:

D. RUBEN DARIO.

Vocales:

D. ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

D. RICARDO LEON.

MR. E. MARTINENCHE.

D. AMADO NERVO.

Secretario:

D. CARLOS LESCA.



Ricardo León.



Rubén Darío.

Siendo muy grande el número de originales recibidos, la labor de este Jurado, que ha de ser excepcionalmente concienzuda, será también, por ende, muy lenta. De ahí que no nos sea posible conceder nueva prórroga para la admisión de trabajos, y que el plazo se cierre definitivamente en fin del corriente mes de Abril, para las comedias, cuentos y poesías. Las novelas serán recibidas hasta el día 31 del próximo Julio.

Por última vez, recordamos á cuantos autores deseen aún tomar parte en nuestro Certamen, aquéllas de sus condiciones que son

esenciales:

Los temas son libres, pero no será aceptado ningún trabajo en que, por el tema ó la expresión, se ofenda la moralidad de los hogares en que *Mundial* y *Elegancias* son leídas.

El autor de la mejor novela



E. Martineché.

El mejor cuento será premiado con mil francos (frs. 1.000). Los cuentos que sigan en mérito se publicarán en las condiciones más arriba expresadas.

La poesía, que ha de ser de regular extensión, tendrá un premio de 500 francos. Las otras poesías juzgadas dignas de publicación aparecerán en las revistas, para lo cual se entrará en arreglo con los autores.



Amado Nervo.

á juicio del Jurado, recibirá un premio de cuatro mil francos (frs. 4.000).

Los autores de las novelas que sigan en mérito, recibirán proposiciones de la administración, para publicarlas en *Mundial* ó *Elegancias*.

La mejor comedia recibirá un premio de mil francos (frs. 1.000).

Elegancias Masculinas

En el número anterior de *Mundial* hablábamos de la « jaquette », y de su moderna evolución hacia la forma de origen; reanudemos en esta página la conversación pasando al examen de otras prendas, y comencemos por la levita.

En tiempos pasados, la levita era de formas amplísimas y constituía un elemento del vestido, que reunía dos defectos capitales: la falta de elegancia y la incomodidad.

Hoy, la levita, luego de sufrir modificaciones radicales, se ha convertido en una prenda ligera y de fácil porte. Completada generalmente con un chaleco de fantasía, es la « tenue » indispensable en todas las solemnidades y ceremonias oficiales del día.

El abrigo, ó sobretodo, es una prenda cuyas formas son innumerables, ya que se ha llegado á fijar un modelo para cada hora del día, ó poco menos.

El abrigo de « sport », dispuesto especialmente para los paseos á caballo, se hace muy corto, de forma un poco imprecisa, y se procura que oculte lo menos posible el traje que se lleva debajo de él.

Para el « tennis » se usan dos clases de abrigos: uno corto, para la calle, ó sea para llegar hasta el campo de juego, y otro muy largo, generalmente de franela espesa, que se utiliza durante los intermedios del juego para evitar los enfriamientos. Otro tanto puede decirse de la moda para el « golf », para el « foot-ball », y para el « cricket ».

El abrigo para las carreteras se confecciona también

conforme á dos modelos generales: el de invierno y el de verano.

Para invierno, el abrigo ha de ser fuerte, y abrochado muy alto. Para verano, por el contrario, ha de ser ligero, de color claro, abrochado muy bajo, y guarnecido con vueltas de seda.

La cazadora ó americana constituye una prenda muy cómoda para la mañana, cuyas horas se dedican generalmente al trabajo y á los negocios. Pero en general, este vestido es el indicado para las personas de posición modesta. Por muy bien cortada que esté, una cazadora no puede considerarse nunca como prenda de vestir.

En cambio, la cazadora es la prenda indicada para los deportes, excepción hecha del de la caza, para el cual se lleva mucho la « jaquette » d'Orsay, de que hablábamos en el número precedente de *Mundial*, y que recuerda un poco los vistosos trajes de la caza con jaurías. Para tal empleo, la « jaquette » se confecciona preferentemente con tejido *homespun*, á grandes cuadros, de colores muy variados. El chaleco se lleva de la misma tela, haciendo juego con la « jaquette ».

El pantalón corto, indispensable para los deportes, se lleva de formas muy variadas, según la clase de « sport » á que se dedica. Ocio tanto ocurre con las cazadoras, y de tal modo puede asegurarse, que cada clase de deporte exige de un verdadero elegante la confección de un traje especial.

Datos facilitados por la casa Kriegck, 23, rue Royale, Paris.



Ultimo modelo de la casa Kriegck, 23, rue Royale, Paris.

JOAQUIN LEMOINE



El señor Joaquín Lemoine, cónsul general de Bolivia en Bélgica, es una de las personalidades más salientes de la América del Sur, y uno de los representantes más distinguidos de la intelectualidad sudamericana en Europa.

De abolengo boliviano, Joaquín Lemoine pertenece a una familia patricia, cuyo árbol genealógico se remonta a épocas muy anteriores a aquella en la cual se declaró independiente separándose de la madre Patria, y se constituyó en Estado, la antigua colonia española.

Con su sangre y con su hacienda, la familia de los Lemoine contribuyó al establecimiento del régimen democrático en Bolivia. Este descendiente de tan preclaros próceres no ha desmentido nunca su origen, y nunca como en él llegó a más la historia de los suyos. Testimonio de esta afirmación es la misma vida de Joaquín Lemoine, pródiga en labor y en fecundos esfuerzos.

Dotado de una inteligencia prematura, Lemoine había conseguido ya su título de abogado en Chile, cuando aún no había salido casi de la adolescencia. En igual época, y en el mismo país, se inició en la carrera diplomática como agregado de Legación.

En tanto que esto ocurría, Lemoine, dotado de facultades sobresalientes para el cultivo de la Literatura, comenzó a colaborar en las revistas y en los diarios chilenos, publicando una serie de poesías que le valieron pronta y merecida reputación de escritor delicado y emotivo.

La guerra entre Chile y Bolivia vino a interrumpir esta serie de éxitos del Sr. Lemoine, quien durante la contienda se retiró a Montevideo, dirigiendo allí varios periódicos.

Más tarde, fué llamado por su gobierno para ocupar el puesto de Prefecto, y al hacerse cargo de su mandato fué grande la sorpresa que entre la sociedad boliviana

causó la gran juventud de Lemoine; pero pronto esta sorpresa se trocó en admiración, ante los alardes de energía y de poderosísima inteligencia de que hizo gala el señor Lemoine, quien comenzó la vida política y literaria por el escalón altísimo por el cual otros la terminan.

Posteriormente, completó sus conocimientos y su práctica diplomática como primer agregado y como secretario de Legación, y luego como Encargado de Negocios. Recibió distinciones honoríficas de los gobiernos Argentino, Peruano, Ecuatoriano y Venezolano.

Desde hace diez años, el Sr. Lemoine desempeña brillantemente el puesto de Encargado de Negocios de Bolivia en Bélgica.

De esperar es que el pueblo Boliviano no dé al olvido los méritos extraordinarios de Lemoine, y que tenga en cuenta que, sólo a sus escritos y a su acendrada propaganda, se debe el que Europa se inclinara en favor de Bolivia durante el litigio reciente surgido entre Bolivia y el Perú, y promovido por la sentencia arbitral de la Argentina.

Una de las últimas obras del Sr. Lemoine, de carácter enciclopédico, titulada *Diamantes sudamericanos*, ha constituido un acontecimiento editorial de repercusión notoria y mundial; actualmente, está en vísperas de aparecer un libro nuevo de Lemoine: colección de poesías que su autor titula *Primores*, y que son frutos verdes de su adolescencia literaria y de la primavera de su vida.

En prensa tiene este publicista distinguido otro trabajo acerca del *Feminismo Mundial*; otro tomo de poesías que se titula *Auras Matinales*, de gran originalidad, como todas sus obras; y cuatro volúmenes más, entre los que hay uno cuyo, sugestivo título de *Perlas del Nuevo Mundo* ha de asegurarle un excepcional éxito de librería y de prensa.

El Senado Nacional de Bolivia acaba de conceder al Sr. Lemoine, por ley especial, la honorífica distinción de una medalla de oro.



Don Joaquín Lemoine



LIBRES DEL TRUST

SU VENTA ES SUPERIOR EN UN 20% A LA DE TODAS LAS DEMÁS MARCAS REUNIDAS

Piccardo y Cía.

Casa central y fábrica: Defensa 1278
Buenos Aires.



Floración cruenta, poesías por J. Brú y Solá, «l'Avenç», Barcelona, 1913.

Aun cuando haya habido y haya poetas que para mantener el fuego de la inspiración, se hayan valido y se valgan del comercio activo con los grandes maestros, ya leyéndolos con método, ya traduciéndolos como Maragall, existe una verdad de gran bulto, por lo axiomática que es, en aquella sentencia popular según la cual « el poeta nace, pero no se hace ». Tal es, en mi sentir, el caso de Brú y Solá, que ha nacido poeta, por cuanto deja translucir la espontaneidad lírica de su inspiración y el vuelo de su verso. Hay, empero, mucha inexperiencia juvenil en la forma de sus poemas, hay poca selección en los temas que poetiza. Cae á menudo en el romanticismo, no en el de la mejor ley, sino en el de trasnochado cuño. Tiene también en su disfavor la altisonancia. Lunares son éstos, no obstante, que desaparecerán con el tiempo, mediante la cultura que el poeta, para integrarse, adquirirá sin duda. A mí, este poeta me gusta más en catalán, dado que, en su lengua materna, resulta más fino, delicado y lleno de emoción que en castellano, idioma cuyas sutilezas verbales no domina bastante para hacerlo brillar con su poesía.

A. DE V.

Biblioteca azul y rosa.

Este es el título de la nueva biblioteca que acaba de poner á la venta la conocida casa editorial Hijos de Santiago Rodríguez, de Burgos (España).

En tan notable y lujosa biblioteca figurarán obras originales y otras ya conocidas, pero todas de interesante y amena lectura.

Se han publicado dos tomos, cuyos títulos son :

El hijo del capitán Nemo, por Enrique Bedito, sugestiva y atrayente novela que contiene descripciones de atrevidas empresas, de sorprendentes viajes, escrita en ameno estilo y desarrollada con todas las galas del ingenio.

Flor de aventuras, interesantísimas y emocionantes novelas debidas á los reputados literatos Héctor Malot y A. Puschkin, traducidas con todo esmero al castellano.

Obras muy á propósito para la juventud, y de lectura interesante para todo el mundo.

Forma cada tomo un magnífico volumen presentado con todo lujo, tamaño 25 x 17 centímetros, de unas 400 á 500 páginas, ilustrados con infinidad de artísticos dibujos, y encuadernados con alegórica cubierta al cromo y oro.

Precio de cada tomo 5 pesetas.

Pídanse en todas las buenas librerías.

CASA de COMPRAS en PARIS y LONDRES

Sombrerería y Camisería

Humbert & Cia

Artículos de Viaje

Novedades para Hombres

AVENIDA 18 DE JULIO Y ARAPEY MONTEVIDEO



LAS PERFUMERIAS DE GABILLA

EL SUEÑO DE GABILLA • LA ROSA DE GABILLA
LA PASION LOCA • TODA LA PRIMAVERA
LOS JUEGOS Y LAS RISAS • LA VIRGEN LOCA
EL RAMO DE GABILLA

EXTRACTOS • POLVOS • ARROZ • LOCIONES

23, B' POISSONNIERE - PARIS

DETALLE EN TODAS LAS MEJORES CASAS DE NOVEDADES

ILLUSTRACION PHOTO

i sereis bellas!

J. F. Rimerin

Los productos de Belleza **EPIDERMIA** hermocean sin pintar

Bozongles en un minuto da á las uñas el brillo esplendido de la ágata; quita las envidias, se emplea sin pulidor, resiste 8 dias al lavarse, al jabón y al alcohol.

El Secreto de J.-F. RIMERIN

Os quita las PECAS
RESULTADO GARANTIZADO

KISS-ME. colorete natural para los labios.
Permanece un dia completo.

BELPO Polvos de arroz liquidos, insuperables **DUVET D'AMOUR**

MOUSSE - PRINTEMPS

Nieve imponderable y divinamente perfumada. Fija los polvos sin formar parches

De venta en los buenos almacenes de novedades, perfumerías, droguerías, farmacias de España y del Extranjero, en los cuales se hacen aplicaciones y pruebas gratuitas.

Pedir nuestro folleto gratuito: "Sereis bellas", por J.-F. RIMERIN

Depositorio en España: Eug. SARRA, 7, Ronda de San Pedro, BARCELONA
Depósito general: EPIDERMIA, seccion E, 134, Rue Saint-Maur, PARIS

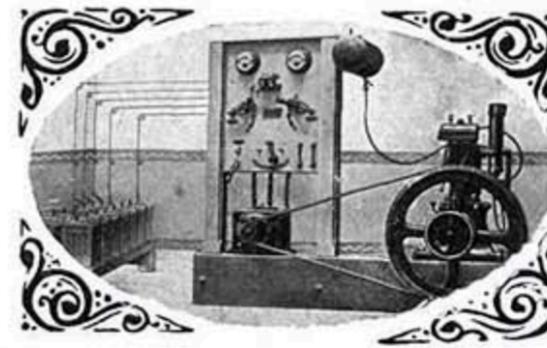
GRANDES VINOS DE CHAMPAGNE

R. DE VESLUD*Reims*

P. CHEVRIER SUCESOR



AGENTE GENERAL PARA LA EXPORTACION
M. DUBLANCHET - 24, Rue Traversière - Paris



GRUPOS ELECTROGENOS

EL
**ALUMBRADO
ELECTRICO**

ECONOMICO y PRACTICO
en la campiña

POR LOS

GRUPOS ELECTROGENOS**L. HAMM & C^{ie}**

23, RUE DE PONTHEIU, 23
PARIS

60 á 70 0/0 de *Economía*
sobre los otros sistemas

**DISTRIBUCION AUTOMATICA
DEL AGUA BAJO PRESION**

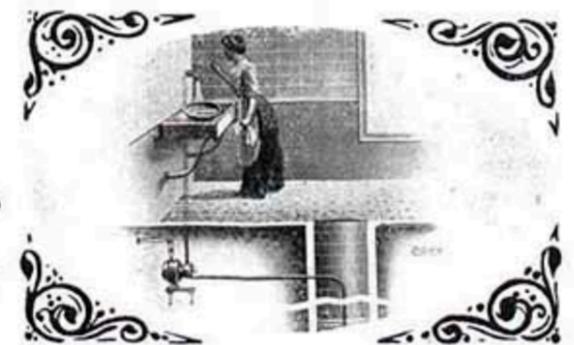
POR LA POLEA-BOMBA
(Sist. *DISPOT.*)

POLEA BOMBA

SUPRESION DE DEPOSITOS
EN ELEVACION

TRASVASAMIENTOS Y RIEGOS

Pedir el catálogo especial
Nº 19.



Hotel-Pensión LILIANA

CLARENS-MONTREUX (Suiza)

Habitaciones enteramente nuevas é instaladas con todo el confort moderno.

COCINA FRANCESA

DEPORTES DIVERSOS

SITUADO CERCA DEL LAGO LEMAN



(Pedir informes detallados y precios.)

ALIMENTACION .. YODADA ..

(Garantida sin yodismo)

Por el **Regenerador de la vida, del Abate Sébire**

Antiguo Limosnero del Hotel - Dieu de Abbeville.

¡ 20 VECES MAS NUTRITIVO QUE LA CARNE !

Crea carnes, huesos, músculos, nervios, y substancia gris (Cerebro).

Este producto es el que con mayor eficacia sirve de base alimenticia á todos los enfermos sin excepción.

Es también un preventivo que conserva la salud.

Contiene: Algas y zoosteras marinas alimenticias en proporción de 20%, y leguminosas masticadas en la de 80%.

¡ ES LA SALVACION DE LOS DESESPERADOS !

Hace engordar á los Tuberculosos que, mediante él, ganan de 3 á 5 kilos por mes.

Tiene gusto exquisito, y sólo cuesta 0 fr. 10 céntimos cada potaje, sustituyendo: al pescado, á la carne, al aceite de hígado de bacalao, á los huevos, y á todos los reconstituyentes conocidos á los cuales aventaja.

Gratis y franco: Muestra para tres potajes, con explicación del método del Abate Sébire, y numerosos testimonios que demuestran su eficacia sin igual, ESCRIBIR á M. le Dr. de Laboratoires Marins á Enghien-les Bains (S.-et-O.) Francia, Teléfono: 171.

NOTA: Se desean agentes en todas partes, ofrecen los mejores condiciones ventajosísimas, que se detallarán al responder á toda solicitud que se nos dirija.

"EROS-CREMA-ROBERT"

El Secreto de la Belleza

Suprime, sin que reaparezcan, las arrugas, puntos negros, mejillas caídas y todos los defectos de la cara.

"La EROS-CREMA" no es un aceite ó pintura de la tez, pues su aplicación se saca después muy fácilmente por un simple lavado. Sólo subsiste un rostro deslumbrador.

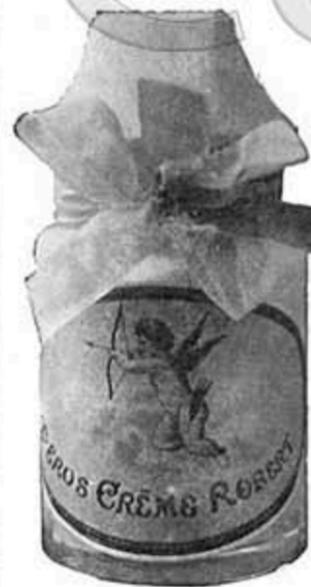
Productos de Belleza:

MOUSSE-NEIGE

POLVOS

"LA MERVEILLE"

PANOCHES PERFUMES



Perfumería EROS-ROBERT

4, RUE DE SÈZE — PARIS

CORDIALEMENT A MESSIEURS ALFRED ET ARMAND GUIDO

MUNDIAL DANCE

MARCHE ONE-STEP
POUR PIANO
PAR ANTONIO PARERA



EDITIONS EDOUARD SALABERT

(FRANCIS SALABERT)

22, Rue Chauchat, 22

PARIS

PRIX NET 2 FR^s

F. DUNAT

GRAN EXITO PARA PIANO

Dirigir los pedidos á : Editions Edouard Salabert
22, Rue Chauchat, PARIS.

Envío por correo contra remesa de 2.50 fcos.



Perfumeria A. EUZIERE

PARIS USINE A GRASSE
89 RUE D'HAUTEVILLE (ALPES MARITIMES)



Especialidades para Reclamos



TARJETAS
POSTALES
Y
TARJETAS
ARTISTICAS
EN HELIOGRABADO



Crómos á recortar
Muñecas - Construcciones.

Calendarios para bolsillo

Textos en
FRANCES, INGLES, ESPAÑOL Y PORTUGUES

Ch. DUFFIT

62, Boulevard de Strasbourg, PARIS

TELEFONO 451-97

Artículos para Reclamo.

A. & L. BEAUDET Frères

Cosecheros de Vinos de todas clases

BEAUNE, COTE-D'OR (Francia)



Château de la Tour au Clos de Vougeot

IMPORTANTES PROPIEDADES en la COTE-D'OR y en BEAUJOLAIS

AGENTE GENERAL PARA LA EXPORTACION
M. DUBLANCHET — 24, rue Traversière — PARIS

MVSEVM

REVISTA MENSUAL
DE ARTE ESPAÑOL
ANTIGUO Y MODERNO Y DE
LA VIDA ARTISTICA CONTEM-
PORANEA



III AÑO:

1912

NÚM 5

MVSEVM es la única revista puramente artística en lengua española, que se publica en Europa y América.

MVSEVM es la mejor publicación de arte que ve la luz en los países de origen latino, según lo atestigua la prensa competente de Europa

MVSEVM manda gratuitamente números de muestra á las personas que lo soliciten

MVSEVM publica informaciones é investigaciones sobre pintura, escultura, arquitectura, arqueología, cerámica, vidriería, numismática, orfebrería, xilografía, arte industrial, tapices, bordados, decoración de interiores, etc., etc.

MVSEVM publica dos ediciones, una en castellano y otra en francés.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

| | |
|--|-------------|
| España, un año. | 20 pesetas. |
| Extranjero | 25 francos. |
| Número suelto | 2 pesetas. |
| Número suelto en el extranjero | 2 fr. 50. |

Administración. c. Mallorca, 291. — Barcelona — (España)

HOTEL DE FRANCIA

VILLA DE LAS FLORES II, Rue Vineuse (Trocadero), Paris
HOTEL PARTICULAR - PENSION DE FAMILIA Confort moderno. Gran Jardin. Cocina exquisita y de régimen. Reunión de Hispano-Americanos.

HOTEL DE INGLATERRA

ST. JAMES PALACE HOTEL

AND RESTAURANT, Burg street. St James, London S. W.

Recientemente construido, con los adelantos más modernos, en el barrio más selecto. Cocina y Servicio sin igual. Tarifa módica. Dirección Telefónica: "Suppings London". Teléfono: 5500 y 5501. Mayfair T. R. - Sartori, Gerente.

HOTEL DE ITALIA

CAPRI — Marina grande.

Hotel Continental

CASA DE PRIMER ORDEN: Gran terraza con un magnífico panorama dominando el golfo de Nápoles y el Vesubio. Cocina y bodegas renombradas. Precios moderados.

C. FADDA, propietario

GENOVA

GRAND HOTEL DE GENES
RESTAURANT FRANCES

GENOVA

EDEN PALACE HOTEL

En un magnífico jardín.

GENOVA

HOTEL EXCELSIOR

Via Carlo Felice, 4. — Posición central.

STA. MARGHERITA LIG.

HOTEL MIRAMARE

MUY RECOMENDABLE - CUARTOS CON BAÑOS

SAN REMO

ROYAL-HOTEL BERTOLINI

De primer orden. — Magnífico jardín. — Garage.

NAPOLIS BERTOLINI'S PALACE HOTEL
De primer orden. — Abierto todo el año. — Parque y jardines. — El mejor panorama del mundo. — Arreglos para temporadas.
Dir. Tel. BERTOLINI-NAPOLIS.

HOTEL DE SUIZA

LUGANO

EL GRAND HOTEL y LUGANO-PALACE

Confort moderno. — Prop.: BUCHER-DURRER — A orillas del lago

CLARENS - MONTREUX

GRAND HOTEL DE CLARENS

Casa de familia de primer orden.

MONTREUX

GRAND HOTEL EXCELSIOR

Casa de familia de primer orden. — Cuartos con baños.

ZURICH

HOTEL BAUR AU LAC

Confort moderno — A orillas del lago

ZURICH

SAVOY HOTEL

— Confort moderno —

ZURICH

GRAND HOTEL VICTORIA

Frente a la estación central

CAUX (Cerca de Montreux)

PALACE-HOTEL

CONFORT MODERNO

THE
London and River Plate Bank Ltd

Fundado en 1862

PRINCES STREET, LONDON, E. C.

Fundado en 1862

Capital suscrito...£3.000.000 | Capital realizado.£1.800.000 | Fondo de reserva.£2.000.000

CONSEJO DE ADMINISTRACION

Presidente: M. E. Ross Duffield — Administrador-delegado: M. R. A. Thurburn

JOHN G. GRIFFITHS :: :: DAVID SIMSON :: :: KENNETH MATHIESON :: ::
Hon HUGO BARING :: :: HERMAN B. SIM :: :: WILLIAM THOMAS BRAND.

SUCURSALES

| | | | |
|---|---|--|--|
| Paris Anvers Buenos-Aires Barracas al Norte Boca del Riachuelo Once de Setiembre | Calle Santa Fé Calle B. de Irigoyen Mendoza Rosario Bahía Blanca Concordia | Córdoba Tucumán Paraná Montevideo Rio-de-Janeiro Pernambuco | Pará Santos Curityba Victoria Sao Paulo Bahía Valparaíso |
|---|---|--|--|

AGENCIAS: Paysandú, Salto (Uruguay), New-York, Manaos (Brasil).

Emisión de cartas de crédito, letras, transferencias telegráficas, adelantos, cobranzas y compra de letras de cambio. Cobro de valores y cupones de la República Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, etc. — Depositos a plazo fijo.

SUCURSAL DE PARIS: 16, RUE HALÉVY

Dirección telegráfica: PAMPAS, PARIS

BANCO ITALIANO del URUGUAY

MONTEVIDEO (Uruguay)

207, Calle Cerrito, 207

SUCURSALES EN PAYSANDU Y MERCEDES

DIRECTORIO

Presidente: J. A. CRISPO BRANDIS — Vice-Presidente: DON BUENAVENTURA CAVIGLIA — Secretario: LUIS GAMINARA
Director-Gerente: DON ALEJANDRO TALICE — Vocales: DON CARLOS ANSELMI, HECTOR TRABUCATI, DON VICENTE COSTA

| | |
|-------------------------------------|-----------------|
| Capital autorizado | \$ 5.000.000 00 |
| Capital suscrito y realizado.. .. . | \$ 3.000.000 00 |
| Fondo de reserva. | \$ 850.000 00 |
| Fondo de previsión | \$ 150.000 00 |

Corresponsal especial de la Banca d'Italia y Banco di Napoli.

Para remesas y Giros Postales sobre todas las ciudades y pueblos de Italia.

El Banco emite: Cartas de Crédito, transferencias telegráficas, letras de cambio, a la vista y a plazo sobre los principales Bancos y banqueros de Italia, Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Bélgica, España, Portugal, Estados Unidos de América, República Argentina y Brasil, etc., y da giros postales sobre todos los pueblos de Italia, España, Francia y sus respectivas colonias.

Se ocupa en general de todas las demás operaciones de Banco.

Para comodidad de los trabajadores, el Banco está abierto todos los domingos de 10 a 11 a. m., para el servicio de Caja de Ahorros y giros sobre Italia y exterior.

TASA DE INTERESES

Hasta nuevo aviso:

| | |
|---|------------|
| Paga. — Por depósitos en cuenta corriente | |
| a la vista | 1 % al año |
| A retirar 30 días de aviso | 1 1/2 % |
| A plazo fijo de 3 meses | 3 % |
| Id id de 6 meses | 4 % |

CAJA DE AHORROS

Recibe cualquier cantidad y paga los intereses siguientes:

| | |
|--|--------------|
| Sobre depósitos a la vista, después de 30 días | |
| cumplidos | 1 % al año |
| Sobre depósitos a 3 meses | 3 % |
| Id id de 6 meses | 4 % |
| Cobro. — Anticipos en cuenta corriente | Convencional |

ADMINISTRACION DE PROPIEDADES

El Banco, desde hace tiempo, se ocupa de la Administración de Propiedades, mediante una módica comisión, teniendo instalada una oficina especial, la que se encarga además del cobro de alquileres y remesa de fondos a cualquier punto de la República y el Extranjero, a indicación de los interesados.

DEUDA ITALIANA

El Banco compra y vende por cuenta de terceros dichos títulos, y hace el servicio de intereses en el Río de la Plata, de acuerdo con la Banca d'Italia del Reino Italiano.

CAJA DE SEGURIDAD

El Banco alquila al público, a precios módicos, cajas de seguridad de varios tamaños, instaladas en el subsuelo de su propio local, de absoluta seguridad, contra incendio, robo, etc.

COMPTOIR NATIONAL d'ESCOMPTE DE PARIS

CAPITAL : 200 MILLONES DE FRANCOS

CASA CENTRAL : Rue Bergère, 14
SUCURSAL : 2, place de l'Opéra, Paris

Presidente del Consejo de Administración :
M. Alexis ROSTANG, C. *
Vice-Presidente Director : M. E. ULLMANN, O. *
Administrador Director : M. P. BOYER, *

OPERACIONES DEL COMPTOIR

Bonos á plazo fijo. Descuento y cobros negociación de cheques. Compra y venta de monedas extranjeras. Cartas de crédito, Ordenes de bolsa. Préstamos sobre Títulos, Cheques, Letras. Envios de fondos á Provincias y Extranjero. Suscripciones. Custodia de títulos. Préstamos marítimos hipotecarios. Garantía contra los riesgos de reembolso á la par. Pago de cupones, etc.

AGENCIAS

41 Agencias en Paris.
16 id. en los alrededores.
180 id. en provincias.
11 Agencias en las colonias y países de protectorado.
12 Agencias en el extranjero.

ALQUILER DE CAJAS PARA CAUDALES

El Comptoir tiene un servicio de cajas para caudales á la disposición del público, 14, rue Bergère; 2, place de l'Opéra; 147, boulevard St-Germain; 49, avenue des Champs-Élysées, y en las principales agencias.

GARANTIA Y SEGURIDAD
ABSOLUTAS



COMPARTIMIENTOS DESDE
5 FCOS AL MES

BONOS A PLAZO FIJO

Intereses pagados sobre las sumas depositadas
De 6 á 11 meses. 1 1/2 0/0 | De 1 á 2 años..... 2 0/0
De 2 á 4 años..... 3 0/0

ESTACIONES BALNEARIAS

El COMPTOIR NATIONAL tiene agencias en las principales estaciones balnearias; estas agencias tratan todas las operaciones como la casa central y las demás agencias, de manera que los extranjeros, los turistas y los bañistas, pueden continuar ocupándose de negocios durante sus viajes.

CARTAS DE CREDITO PARA VIAJES

El COMPTOIR NATIONAL d'ESCOMPTE, expende Cartas de Crédito circulares pagaderas en el mundo entero por sus agencias y corresponsales; estas cartas de crédito van acompañadas de un cuaderno de identidad y de indicaciones, ofreciendo á los viajeros las mayores comodidades, al propio tiempo que una seguridad incontestable.

Salones Administración central, 14, rue Bergère.
para los acreditados Sucursal, 2, place de l'Opéra.

Las operaciones que trata el Comptoir con el Extranjero están centralizadas en un Departamento especial, que hace la correspondencia en los principales idiomas del mundo.

Para CATÁLOGOS ANUNCIOS TARJETAS ARTISTICAS

Dirigirse
à
KOSSUTH & C^o
74
Rue de l'Acqueduc
PARIS

TELÉFONO 418-37

TODO LO CONCERNIENTE
Á PUBLICIDAD.

J. BORGHANS

PARIS # 32, rue d'Hauteville, 32 # PARIS
AGENCIA GENERAL MARITIMA

Tránsito, Seguros, Transportes á destajo.

Dirección teleg. general : "BORGHANS"

CASAS EN LE HAVRE, 51, quai d'Orléans.
AMBERES, 2, rue Jan Van Lier.
HAMBURGO, Dovenhof.

AGENTES EN BURDEOS, DUNKERQUE,
MARSELLA, LIVERPOOL,
LA PALLICE, GENOVA

SERVICIO ESPECIAL PARA LA AMÉRICA DEL SUR
Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, etc.

Recepción á domicilio de las mercaderías, agrupamiento, embalaje, reexpedición, seguro y despacho de aduana, con facultad de pago á la llegada de las mismas.

¡Nueva Colección!

BIBLIOTECA ECONOMICA
DE CLASICOS
UNIVERSALES

Precio : En rústica .. 2 francos.
— En pasta flexible. 2 fr. 75

Acaban de publicarse :
(Seis volúmenes)

HOMERO

LA ODISEA

Un volumen.

VALMIKI

EL RAMAYANA

Un volumen.

Luciano DE SAMOSATA

Díálogos Morales

Un volumen.

JULIO CESAR

LOS COMENTARIOS DE LA GUERRA DE LAS GALIAS

Un volumen.

VIRGILIO

LA ENEIDA | Tratado de los deberes

Un volumen.

CICERON

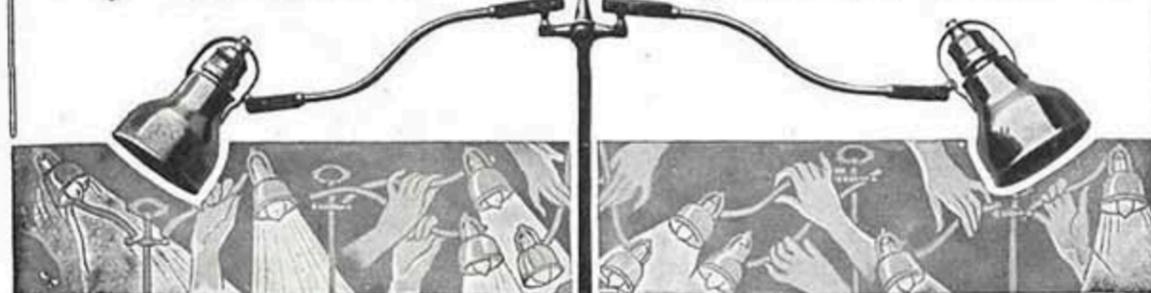
Un volumen.

50 volúmenes más, en curso de publicación, aparecerán enseguida. Esta colección es absolutamente indispensable á las personas cultas y á las que aspiran á instruirse, porque los autores que la integran son los que ha consagrado la humanidad y forman la base de la cultura general.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS Y EN LA SOCIEDAD DE EDICIONES

LOUIS-MICHAUD 168, Boul^d Saint-Germain, PARIS
2065, Calle Estados Unidos, BUENOS AIRES

APARATOS ELECTRICOS VICE O VERSA



Articulación
automática
universal

Indispensables
para todo
trabajo

Adaptables
á toda clase
de mesas



Para
despachos
talleres
almacenes
máquinas
de escribir
dibujantes
etc.



GOURDON

fabricante

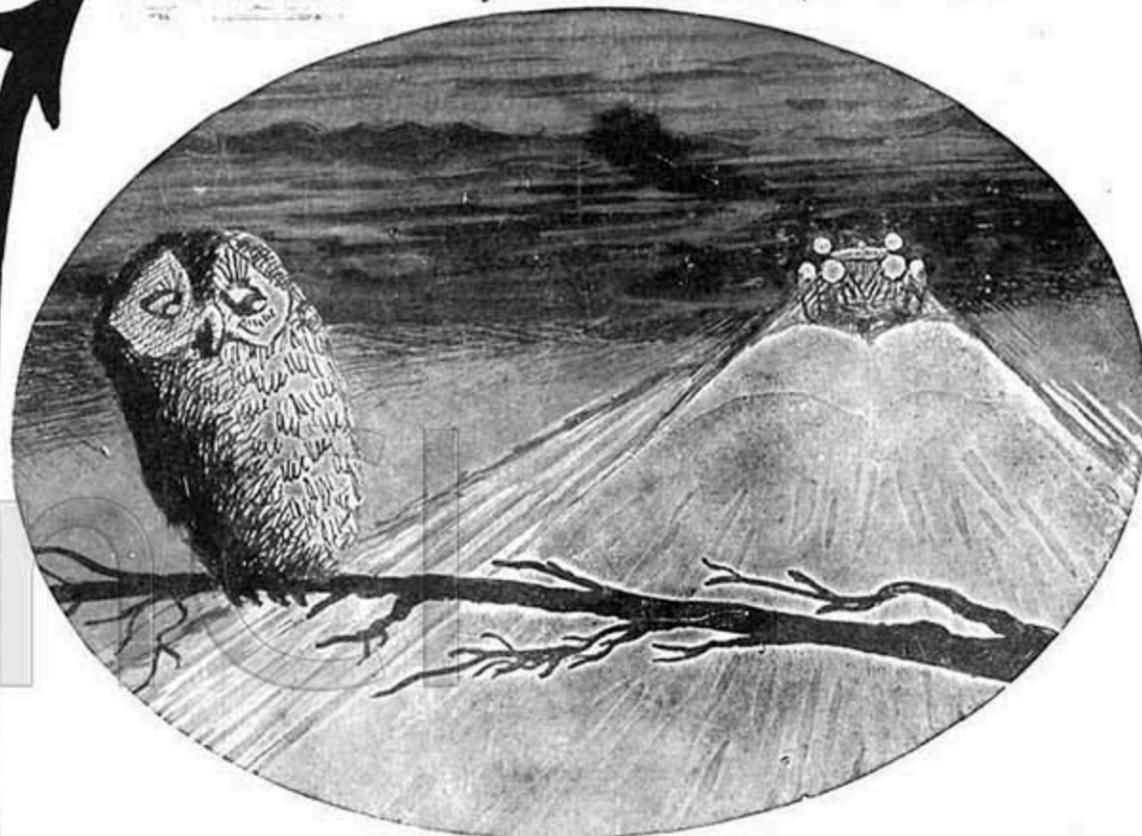
34, RUE ALEXANDRE DUMAS - PARIS
ENVIO DEL CATALOGO GRATIS



DINAMO MIRA-MESTRE 12 volts.

ALUMBRADO ELECTRICO

COMPLETO para CARRUAJES
y CANOAS AUTOMOVILES



!!! Cómo !!! ¡ Tan pronto de día !

POR EL

DINAMO "MIRA-MESTRE"

DINAMO 12 volts, cuadro de Distribución, Batería de acumuladores, proyectores, linternas, alambres y accesorios para montaje. Precio 950 frs.

PRECIOS Y PRESUPUESTOS DE INSTALACION SOBRE PEDIDO

Pídanse informes á

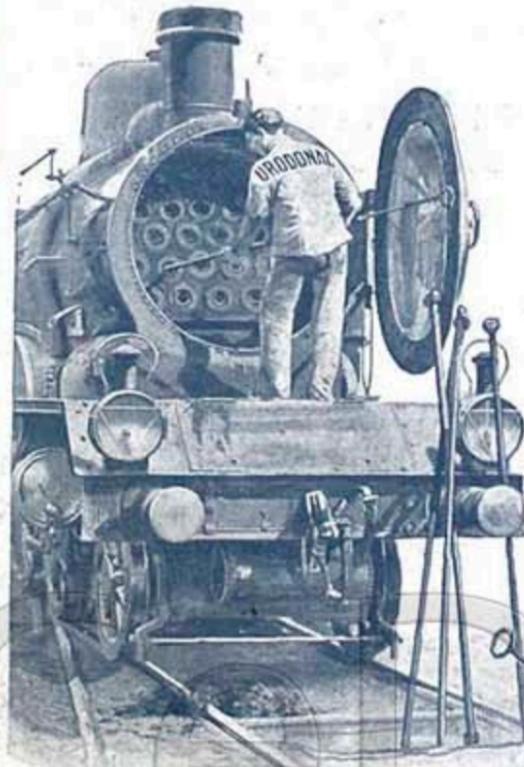
MESTRE & BLATGÉ

46, Avenue de la Grande-Armée, PARIS — 5, 7, 18, rue Brunel.

La casa más importante del mundo para accesorios de automóviles.

EL URODONAL

*rejuvenece el Corazón
y las Arterias,*



las limpia de grasa y de esclerosis, y las libra de todas las escorias y depósitos uráticos y calcáreos, que producen lesiones y petrificaciones en los tabiques arteriales.

Este lavado general es para el organismo humano, lo que es la limpieza de los tubos y de las calderas para una locomotora, que indefectiblemente, llegaría á no funcionar, si dejáramos acumularse en su mecanismo los residuos de combustión, de engrasamiento y de polvo, que acabarían por ser obstáculo para el juego de las distintas piezas mecánicas.

Lo mismo ocurre con el motor humano.



**REUMATISMOS
GOTA
MAL DE PIEDRA
CALCULOS
NEURALGIAS
JAQUECAS
CIATICAS
ARTERIO-
ESCLEROSIS
OBESIDAD**

Encuétrase el Urodonal en todas las buenas farmacias, y en los Establecimientos Chatelain, 207, boulevard Pereire, Paris. El frasco, franco, por correo, 7 frs. Los 3 frs. (cura integral) franco, 20 frs.

El organismo humano puede compararse con una locomotora, ya que las oxidaciones intercelulares que en él se verifican de modo permanente, y constituyen la vida, son — Lavoisier lo demostró — combustiones reales. Por tanto, el organismo, á semejanza de la locomotora, se ensucia, es decir, que en él tienen lugar combustiones incompletas ó, traduciendo literalmente, digestiones defectuosas.

Las consecuencias de este ensuciamiento del organismo son las mismas que las del de la locomotora, sin más diferencia que la de ser el residuo de la combustión incompleta del ácido úrico, en lugar de hollín.

Normalmente, cuando todo funciona bien, los residuos de las combustiones vitales, que son ácido carbónico, vapor de agua, y la urea (producto azoado soluble), no estorban al organismo, ya que son eliminadas y expulsadas por los riñones, los pulmones, el intestino y la piel. Pero cuando por una causa cualquiera, la nutrición se hace lenta ó defectuosa, la urea, incompletamente quemada, subsiste en forma de ácido úrico y se extiende por los más remotos puntos de las vísceras y de los músculos, ensuciando la sangre, obstruyendo el juego de las articulaciones, y provocando la polución y la anquilosis. Los riñones, la vejiga y el corazón sufren de estos efectos. Las arterias, petrificadas, se transforman en otros tantos tubos rígidos y quebradizos. La piel misma, influida por la acción interna, adquiere un color malsano.

No hay que buscar otra explicación al reumatismo, al mal de piedra, á la gota, á la arterio-esclerosis, á la mayoría de las enfermedades de la piel, á algunas de las del corazón, á la diabetes y á la obesidad.

Lo malo es lo difícil que es encontrar remedio para todos estos graves inconvenientes.

Al igual del hollín de la locomotora, el ácido úrico es también *insoluble*. ¡Pensad en que para disolverlo, se necesitan diez y ocho mil veces su peso de agua fría; y quince mil veces su peso de agua hirviendo!

Para eliminarlo, sería preciso encontrar medio de disolverlo, y las aguas minerales que contienen litina lo disuelven, pero muy imperfectamente.

Nuestros lectores no ignoran que el Urodonal, treinta y siete veces más activo que la litina, y además, completamente inofensivo, disuelve el ácido úrico como el agua disuelve el azúcar.

De aquí, como consecuencia, que el ensuciamiento de la máquina humana tenga ya fácil remedio.

D^r DAURIAN.

El Urodonal disuelve el ácido úrico, limpia los riñones, lava el hígado y las articulaciones, limpia las arterias, y evita la obesidad.